

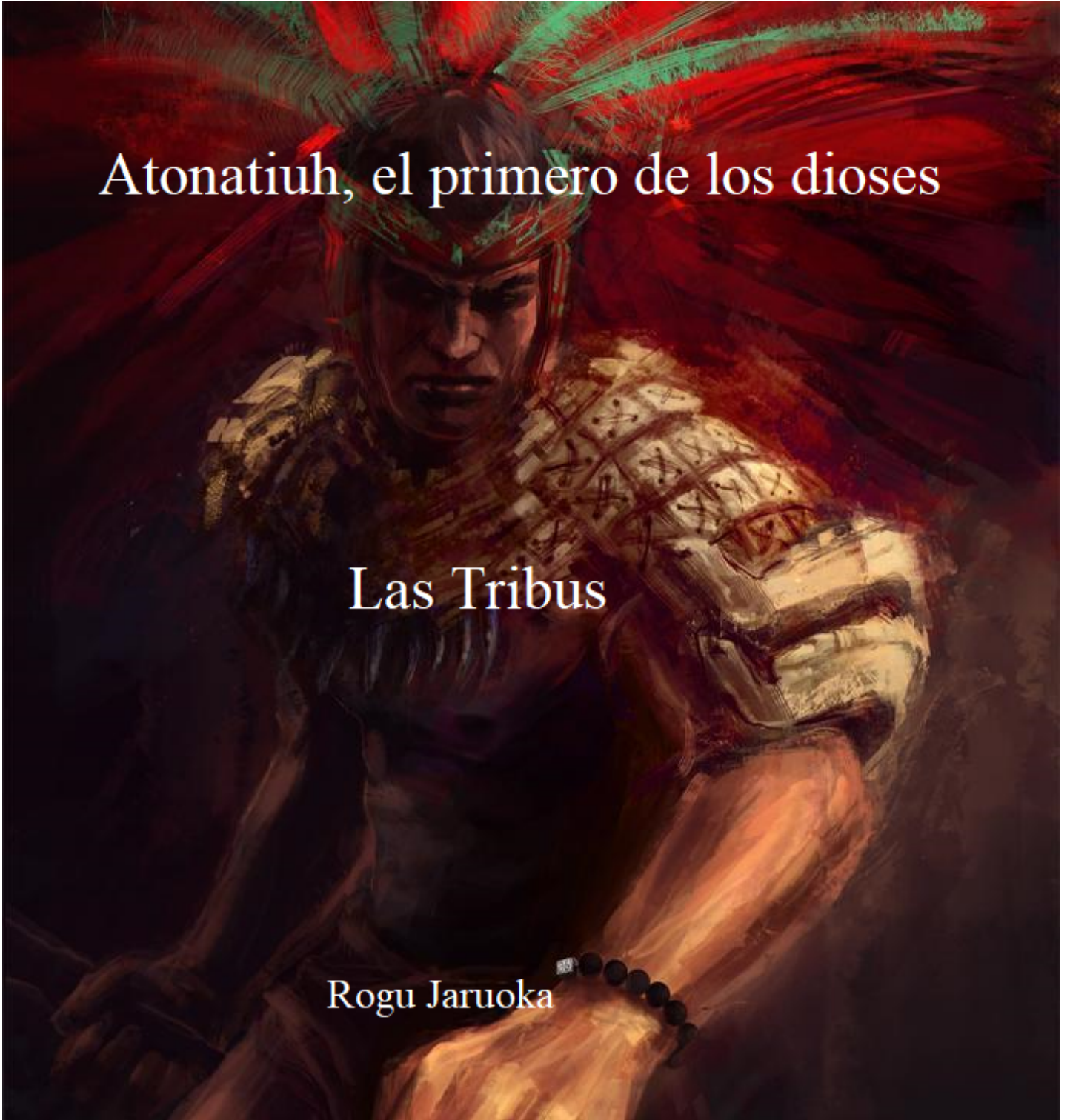
Atonatiuh, el primero de los dioses. Las Tribus.

Rogu Jaruoka

Atonatiuh, el primero de los dioses

Las Tribus

Rogu Jaruoka



Capítulo 1

Introducción

La niebla rodeaba el enorme edificio que en la penumbra de la noche parecía abandonado, la poca luz de la luna permitía ver lo suficiente para no tropezar y el silencio escandalizaba la paz del lugar. Una mujer morena, de cabello negro, lacio y tan largo que le llegaba a los muslos andaba con ligeros pasos decididos. Sus pisadas descalzas rompían la tranquilidad pese al suave andar de su prisa. Tenía una mandíbula fuerte equilibrando sus labios, poseía unos ojos negros, hermosos cual noche y una nariz altiva. Con su andar elegante caminó entre pasillos silenciosos hasta llegar a la cima. Un hombre aguardaba ahí, no parecía haberse dado cuenta de la llegada de la chica, pues no dejaba de mirar hacia las estrellas en absoluto.

Las estrellas habían hablado, ambos lo sabían, pero ella lo confirmó. La dulce voz que él conocía tan perfectamente había confirmado sus temores. Él la miró de soslayo, asintió levemente reconociendo que escuchaba el grito de las estrellas, su clamor. Ambos guardaron silencio largo tiempo, si las estrellas gemían era porque el tiempo estaba cerca. La hora había llegado. Ella se arrodilló frente aquella silueta, mirando hacia abajo para que su acompañante no notara la pequeña lagrima que se asomaba por sus ojos y empezaba a acariciar su mejilla.

El Gran Maestro que entre los mortales había sido escogido para proteger ese lugar del mundo moderno -en donde ya no existía nada de lo que conocían, en donde su historia solo se había convertido en leyenda escuchada por unos cuantos-, se hincó frente a ella y acarició la cabeza de la fémina con ternura incalculable, como si fuese lo más valioso que jamás pudiera tener en sus manos. En el silencio de la noche le dijo la confirmación de su temor: El agua, el fuego, la tierra y el viento anunciaban la llegada de mortales desconocidos.

Si esos cuatro elementos hablaban, si confirmaban -como hacían- el clamor de las estrellas, era porque las Tribus estaban en peligro inminente de ser despertadas. Aquellas Tribus que habían jurado protegerlos y que su despertar significaba el fin, pues el caos habría regresado. Ella se sobresaltó al escuchar de las Tribus, la última vez que despertaron fueron para vencer al Tirano. El mismo Atontihuh, primer gobernante de ese lugar, había luchado en esa guerra hace ya tantas lunas. El Gran Maestro la sintió temblar, sabía que tenía temor de los desconocidos que se avecinaban, podrían acabar con todo lo que conocían si es que elegían hacerlo. Ya era suficiente con la guerra que tenían con *Ahavil A`ak`abil* - Reino de la Oscuridad- y ahora, de la nada, las estrellas y los elementos

concordaban con la llegada de extraños.

Ella le alertó sus planes de enviar a cuanto guerrero digno se presentase para ir en busca de las Tribus y así, de un solo golpe, vencer a cualquier enemigo. Sin embargo el Gran Maestro, el gobernante de ese lugar, negó mientras miraba sus ojos. Con su sabiduría le calmó, reconociendo que si bien los extraños serían enemigos, también podrían ser aliados. Ella hizo una mueca que, bajo la sombra de la noche, no se notó, sin embargo ambos sabían que se había hecho. Él sonrió, su hija podía ser tan infantil.

Nunca había pasado algo así, el *Ahavil Sasil*- Reino de la Luz- había esperado la llegada de extraños, sí, pero jamás con el clamor de las estrellas. Eso significaba peligro. Ella escuchaba atenta, escuchaba a las estrellas, algo no le gustaba en todo esto, había una sospecha en el aire que le decía que lo malo iba a llegar, el caos. A través de las sombras encontró los ojos de su padre, quien en un intento fallido quiso mostrar que todo estaba bien, pero a él tampoco le gustaba lo que las estrellas gritaban en coro. *-La destrucción a alcanzado nuestro mundo, el que alguna vez fue uno se destruirá así mismo; proclamando la vida de sus enemigos y ganando como trofeo el mayor título de nuestro pueblo.*

Él separó a su hija de sus piernas y con mirada triste pero con voz firme le dio su instrucción y bendición para conseguir despertar a las Tribus, no para atacar, sino para defender su mundo, su pueblo, sus vidas. Ella asintió y levantándose caminó hacia la total oscuridad en donde se perdió su silueta. Mientras caminaba pensaba *-¿Quiénes serán los que vienen que es necesario intentar despertar las Tribus? Las Tribus Kaak, Ik, Ha`, Lúum.-* fuego, viento, agua y tierra-. Salió del recinto y miró el cielo infinito con sus millares de luciérnagas alumbrando la noche. Una estrella fugaz pasó, seguida de otra, y dos más. Ella asintió.

En otro lugar, donde ni la luz del sol ni de la luna llegaba y la peste a muerte dominaba los sentidos de sus habitantes, un hombre con antorcha en mano caminó entre laberintos para llegar ante su amo. Estaba bajo tierra, el calor de estar entre esos muros era sofocante, la humedad no le dejaba respirar fácilmente, el sudor impregnaba su frente y los constantes jadeos lo hacían parecer enfermo. Se limpió el rostro con su mano sucia dándole una apariencia aún más grotesca. Llegó hasta la entrada y sin anunciarse ingresó a la cámara más honda y oscura del lugar. Se arrodilló ante su señor, que estaba sentado entre las sombras, con un ademán dio a su recién llegado la indicación de hablar. Sin levantar la vista pronunció unas palabras que resonaron por toda la sala.

-Excelente- dijo el amo- me has servido bien. Es hora de comenzar todo para iniciar un nuevo imperio.

El hombre asintió aunque no comprendía de qué le valía esa información a su señor. Se levantó decidido a obedecer y cumplir sus órdenes. Se giró

sobre sus talones, con un paso más digno después de recibir la felicitación de su amo. Ahora era el tiempo, las estrellas estaban inquietas y él se aseguraría que tuvieran razón de gemir así, con miedo. El fuego de su antorcha se apagó de improviso, su ceño se frunció de inmediato. Los elementos también estaban hablando.

CAPÍTULO I

CONFLICTOS

En medio de una calle iluminada por unas cuantas farolas, tres hombres altos y corpulentos caminaban bajo la intensa lluvia. Sus movimientos eran torpes y contradictorios, su andar pesado y brusco. Sus cuerpos estaban cubiertos por largas capas de color negro y dos de ellos llevaban capuchas que cubrían todo su rostro. Mientras caminaban, las luces se iban apagando tras de ellos dejando todo en plena oscuridad. Al llegar a la última casa del fondo de la calle, se detuvieron.

-Muy bien- dijo el hombre sin capucha-. Es momento de actuar. ¡Vayan! Ya saben qué hacer.

Sus acompañantes asintieron a la orden de su amo, se encaminaron hacia la entrada y se prepararon para tomar lo que su señor deseaba. Estando frente a la puerta las luces de las farolas comenzaron a parpadear rápidamente, los tres hombres miraron este suceso desconcertados y de pronto las luces comenzaron a volverse muy intensas y los vidrios de éstos volaron por todas partes.

-No puedo permitir que sigas con lo que te has propuesto- una voz juvenil se escuchó desde lo alto de la casa-. Mejor retírate, a menos que...

-¡Ataquen!- gritó el hombre sin capucha.

Inmediatamente sus subordinados obedecieron. A diferencia de su caminar sus movimientos al pelear eran ágiles y veloces. El joven que apareció frente a ellos comenzó a atacar, dio un golpe certero en el pecho de uno de sus contrincantes. Mientras tanto el otro se lanzó para derribarlo, pero éste lo esquivó y contra atacó con una patada en su rostro. El líder de estos hombres, ya algo nervioso, estiró sus brazos de izquierda a derecha, los elevó y con ellos los pedazos de vidrios rotos esparcidos por toda la calle y dando un giro completo extendió sus brazos hacia el frente arrojando los vidrios contra su enemigo. Este último, decidió quedarse en su lugar, de repente se escucharon los truenos sonar en el cielo y uno de los rayos cayó justo frente a él destruyendo los vidrios, algunos pedazos regresaron en contra de quien los había lanzado, siendo herido en brazos y piernas.

-Tu poder no es suficiente para vencerme. Te lo repito, imárchate!- expresó el joven.

-Ganaste esta vez, pero me vengaré- respondió el hombre herido, con su ronca voz- . No podrás protegerlos por siempre- diciendo esto se marchó junto con sus acompañantes.

Mirando el cielo con sus ojos fríos, el misterioso joven murmuró- Lo sé- retirándose, para perderse en la noche para vigilar a distancia y de cerca, lo que fuera necesario con tal de protegerlos todo el tiempo que pudiera.

Se veía la luna color perla, era muy hermosa y grande, casi se podía tocar con solo estirar la mano. Solo un camino había, las piedras y la hierbas salían de él; a sus lados, nada, ni plantas, ni piedras, ni siquiera un piso que pueda sostener, solo la Nada. A lo lejos se encontraba una pirámide, muy pequeña en realidad, pero poseía una presencia divina. Brillaba como la plata y parecía que de ella emergía una extraña luz azulada. Las hiedras la rodeaban y había un poco de moho en las esquinas, pero eso solo hacía que se viera aún más hermosa y que resplandeciera más.

Alguien caminaba hacia ella, no se podía ver quién, pero aquella persona estaba acompañada. ¿Por quienes? Llegaron a la entrada y penetraron en aquel lugar. Solo un camino, solo una mesa con piedras preciosas, el piso parecía hecho por oro tan puro que era capaz de alumbrar todo el lugar con la más diminuta de las luces. Encima de la mesa había algo muy brillante. Un objeto que hacía que todo lo demás se opacara. Azul plateado era su color y aparecía un grandioso poder. Tan penetrante, tan fuerte. Un intenso brillo salió de ahí, todo se volvió blanco. No había más.

-Ese sueño, nuevamente ese sueño ha aparecido en mi cabeza- susurró un chico para sí mismo mientras preparaba su mochila para ir al colegio.

-¿Llevan todas sus cosas?- dijo la voz de una mujer, su madre, mientras miraba a sus dos hijos cortando levemente el pensamiento del joven.

-Sí- dijo el muchacho con el sueño extraño, de una forma cansada, casi respondiendo por inercia.

-Sí, mamá- respondió su hermano mientras se echaba la mochila al hombro.

-Diego, no quiero problemas hoy-dijo firmemente la mujer- Farid, salúdame a Dara-continuó con una sonrisa-. Se van con cuidado.

Ambos chicos salieron de la casa y se dirigían a su escuela. Aquella casa era grande, tenía dos pisos, sin incluir la planta baja. Su fachada era de un color durazno, la parte inferior de las paredes estaba cubierta de madera con ventanales en sus costados lo cual permitía que la luz entrara

desde cualquier ángulo logrando una casa bellamente iluminada. El jardín se veía realmente hermoso, el césped verde intenso perfectamente podado para que el perro, un schnauzer gigante de color negro, pudiera jugar con libertad entre la cerca y la casa.

Los jóvenes que ya habían salido eran gemelos y solo se podían diferenciar por una sola cosa: Diego tenía una cicatriz en la ceja izquierda, mientras que Farid no. Ambos eran altos, de una piel morena clara, su cabello negro, corto y lacio, aunque lo peinaban diferente, Farid lo peinaba hacia atrás, el de Diego era rebelde, los dos tenían una cara fina que heredaron de su madre, una exquisita sonrisa por unos labios más bien gruesos, probablemente heredados del padre.

Desgraciadamente su padre había fallecido hacía trece años cuando ellos apenas tenían cuatro. Murió asesinado. Una noche mientras caminaba en la calle dos hombres en la oscuridad de un callejón lo cercaron para robarle y él al resistirse lo mataron. Solo hubo un testigo, un vagabundo que por ahí andaba, pero no pudo identificar a nadie. No se descubrieron pistas ni sospechosos, solo el arma homicida, una cuchilla ensangrentada.

Los chicos se encontraban en el último año de la escuela media superior, solo había un problema muy grande, ellos no se llevaban nada bien. Mientras Diego era realmente bueno en los deportes y malo en todo lo demás, Farid era muy aplicado en su escuela aunque las actividades físicas no eran su fuerte; Diego era popular, amiguelero y un mujeriego, Farid solo tenía una amiga y nada más, ella siempre lo acompañaba a todas partes y siempre estaba a su lado apoyándolo.

Todo mundo sabía que eran hermanos, era muy difícil no notarlo siendo gemelos, pero sentían más simpatía por Diego, siempre se metía en problemas, aunque él parecía disfrutarlo y presumía de ser uno de los más populares de la escuela, sin mencionar que, según Diego, pertenecía a una de las familias más prestigiosas del lugar. En cuanto a Farid, que era y pensaba todo lo opuesto, prefería juntarse con una chica que tenía que trabajar en un restaurante para pagar su escuela y eso molestaba mucho a Diego ya que según él, nadie que no tenía el suficiente dinero era digno de entrar a esa escuela.

Diego y Farid ya se encontraban frente a su salón de clase, tenían la clase de historia a primera hora- las siete de la mañana- con la maestra Claudia Álvarez Torres, la maestra más estricta de toda la escuela, pero poseía cierta dulzura que la hacía una de los maestros predilectos por los alumnos, era casada y tenía la edad de unos treinta y seis años. De estatura pequeña, grandes ojos de color verde y con la piel morena. Tenía el cabello corto hasta las mejillas y nunca se maquillaba excepto por los labios que siempre pintaba de rojo.

-No tardará, ella es...-dijo Diego mirando su reloj para dar inicio a la clase.

-Buenos días, muchachos- se escuchó a la maestra mientras entraba al salón.

-Buenos días maestra- contestaron los alumnos.

-Predecible- terminó Héctor el amigo de Diego.

-¿Le parece que soy predecible, señor Villanueva?- preguntó la maestra Álvarez.

-No, maestra todo menos eso- respondió fingiendo una sonrisa Héctor pero con un deje de sarcasmo en su voz.

-Vamos a ver qué tan predecible soy -una pequeña sonrisa se dibujó en los labios rojos- ¡Examen sorpresa!

-No puede hacer eso- se quejó Héctor junto con otros compañeros, Diego entre ellos.

-No se lo esperaba, ¿verdad señor?- Héctor negó con un leve movimiento de cabeza-. Eso creí. Olviden el examen. Vamos a ver un tema muy interesante hoy- se dio media vuelta y se sentó en su escritorio buscando su cuaderno de notas y su libro.

-¡Vaya! Te calló, amigo- dijo riendo Diego.

-¿Algo que quieran compartir, señor Kobak?- preguntó seria la profesora sin alzar la vista- ¿Puedo continuar?- los dos asintieron- Bien. Hoy hablaremos de una de las culturas más importantes de nuestro país que nos legó obras como el Rabinal Achi y el Popol Vuh, ¿alguien sabe de qué cultura estoy hablando?

-De los mayas- respondió Farid seguro de saber la respuesta, entusiasmado de contestar en su materia favorita y bajo la tutela de su maestra predilecta.

-*De los Mayas*- dijo Diego en tono burlón y muy bajo para que la maestra no pudiera escucharlo-. Eres un sabelotodo, Farnerdo.

-Muy bien. La historia de los mayas es realmente asombrosa, con todos sus dioses y su cosmovisión, con sus descubrimientos, leyendas y mitos, con su gente, sus ciudades construidas, en general su vida misma; y notarán en el transcurso de la clase...- Farid se perdió de la clase mientras pensaba en qué era esta sensación que aparecía en su ser. Siempre sucedía cuando miraba a la maestra Álvarez y con nadie más, en algún

momento llegó a pensar que podría ser un gusto especial por ella, sin embargo tras analizarla se dio cuenta de que era algo distinto.

-Entonces, ¿dónde quedaron los mayas?- preguntó una alumna sentada en la parte de atrás, con esta pregunta Farid regresó.

-Son las personas que quedan en Yucatán y Guatemala y otras regiones por esas zonas, sin embargo su imperio colapsó antes de la llegada de los españoles a este continente- concluyó la maestra justo cuando la campana sonó lo que indicaba que la clase había terminado. Era realmente tenebroso para los alumnos su precisión con respecto a los tiempos.

Ya en el pasillo, en dirección a la siguiente clase, Farid y Dara, su mejor amiga, platicaban sobre lo interesante que había sido esa clase. Ambos disfrutaban mucho la materia de Historia y eran ávidos lectores, aunque Dara era un poco más artística y su corazón fácilmente podía inclinarse a la música clásica ya que tocaba el violín magistralmente. Farid, por el contrario, quería ser profesor, profesor de Historia para ser más específicos, tenía cierta predilección por la docencia aunque amaba los números. Caminaban con paso lento a la siguiente clase, no porque no les gustara, a final de cuentas matemáticas era una de las pocas materias en donde destacaban por ser competitivos entre ellos ya que solo un alumno podía, en el año, sacar la máxima calificación con ese profesor y tanto uno como el otro querían esa nota.

-¡Oye, cerebritito!- Diego se acercó a su hermano y lo abrazó interrumpiendo la conversación que poco a poco se inclinaba a una emocionante discusión sobre quien ganaría dicho honor- discúlpame por lo de Historia, solo quería hacerme el gracioso. Pero está bien que sepas tanto de...cosas. Tú sabes.

-Sí, Diego... está bien -suspiró Farid como respuesta, sabiendo que su hermano solo se disculpaba para callar cualquier acusación que tuviera contra él- Trajiste tu tarea de matemáticas ¿no es así? -preguntó de pronto mirándolo con la ceja alzada.

-¡Claro! -Respondió su hermano como si fuera lo más obvio- Betty, cariño, ven- una chica se acercó a ellos, no era atractiva sin embargo le miraba con coquetería- ¿Trajiste mi tarea de matemáticas?

-S...sí, aquí está -respondió ella tímida aunque mirándole a los ojos y sin dejar de sonreír.

-Perfecto, te invitaré una bebida en la cafetería- le susurró Diego galante en el oído mientras con su mano derecha tomaba la tarea e ingresando al

salón de clases, pronto había olvidado a la chica.

-Bety, ¿por qué dejas que te manipule así?- preguntó indignado Farid intentando hacer que la chica entre en razón y siendo, en el mismo instante, ignorado. Él negó con la cabeza pero pronto sintió una mano en su espalda y el sonido de una cinta adhesiva despegarse. Dara entonces le mostró una hoja que había estado pegada a su espalda, con un título de "Soy Farnardo" en donde ambos reconocieron la caligrafía alborotada y rápida de Diego. Farid gruñó y Dara solo pudo sonreírle patéticamente.

- ¿Cómo es que tú y tu hermano se llevan tan mal? – ella se deshizo de la hoja en cuestión. Pensando en las veces que había discutido con sus hermanos pero que, en realidad, se protegían a capa y espada.

-Tenemos ideas diferentes y ninguno es capaz de aceptar las del otro –respondió sencillamente el gemelo entrando al salón.

Ya estando en la clase de matemáticas el profesor Gerardo Galván, titular de aquella clase, anunció que un nuevo alumno entraría. Todos se encontraban ansiosos de saber qué clase de persona era ya que se habían hecho demasiados rumores al respecto de este nuevo alumno. Hubo murmullos entre los alumnos que el profesor Galván no pudo callar. Minutos después la puerta se abrió y un muchacho sumamente blanco, pálido, rubio y muy delgado entró. Los murmullos callaron de inmediato y todos los ojos lo miraban fijamente. No tenía para nada la facha que se habían imaginado y la verdad daba lástima verlo, parecía demacrado y sentenciado a muerte por una enfermedad.

-Bien chicos- dijo el profesor-, este es su nuevo compañero Canek Lisae –nadie dijo nada y después de un momento lo invitó a sentarse detrás de Farid.

El chico lo hizo sin muchas ganas, parecía que le pesaban los pies, tardó una eternidad en llegar a su asiento sentándose con un torpe ruido mientras se cruzaba de brazos. No miraba a nadie, su mirada estaba fija en el piso, pero todos le miraban a él. Había risitas tontas a lo lejos de compañeros que de inmediato comenzaron a criticarlo, el profesor se excusó de salir un momento para sacar otra copia para el nuevo integrante del salón. Diego no tardó nada en aprovechar ese tiempo y dar su habitual bienvenida.

-Canek, ¿qué significa ese nombre tan ridículo?

-¿Por qué no abres un libro y lo averiguas tú mismo?- respondió en una voz calmada aunque firme para sorpresa de todos. Farid alzó las cejas impresionado y Diego tardó un momento en darse cuenta que el nuevo le

había hablado de esa manera a él.

-¿Te crees muy gracioso, imbécil? ¿Tienes alguna idea de quién soy?

-No sé, ¿el idiota del salón? Porque hasta ahora no me has dejado una gran impresión -Diego se levantó de inmediato secundado por Héctor dispuestos a darle una lección al chico nuevo. Canek por su parte solo veía todo con cara apática hasta que sintió que era levantado por el cuello y azotado contra la pared adyacente. Fue entonces cuando su mirada realmente se enfocó en Diego aunque nunca hubo temor en sus ojos.

-Ya basta Diego- interrumpió Farid.

-Como siempre mi hermano el aguafiestas. No, no, no, hay que enseñarle modales a los nuevos. Luego terminan sintiéndose iguales a nosotros cuando son una escoria, ¿no es así, Santos?- dijo mirando a Dara.

-¡Como te atreves!- respondió Farid levantándose de su asiento y sujetando de la chaqueta a su hermano, fue tan rápido que todos se sorprendieron al ver al retraído de los Kobak moverse con tal agilidad- Discúlpate, ahora -escupió las palabras contra su hermano.

-¿O qué?, ¿me acusarás con mamá?- Farid no supo que responder y lo dejó, Diego lo observó con arrogancia y le echó una sonrisa maliciosa- Te voy a dar un consejo porque eres mi hermanito, aléjate de las personas que no te convienen- dijo mirando despectivamente a Dara.

-Desgraciadamente ese tipo de personas llevan el mismo apellido que yo, así que no me puedo alejar tanto como quisiera- espetó con voz cargada de rencor.

Al salir del salón de clases las cosas no se habían calmado aún. Aquel último comentario molestó realmente a Diego y se enfrentó a su hermano. Diego tenía de su lado a su mejor amigo, Héctor y a todo el salón que sin duda hacían todo lo que él les pedía, en cuanto a Farid, solo tenía a Dara y no estaba seguro de que el chico nuevo sirviera de algo.

-¿Prefieres a una muchacha cualquiera que estar del lado de tu hermano? ¡Tu único hermano!- gritó furioso Diego tomando por los hombros a su hermano.

-Su nombre es Dara, y si no trataras como basura a los demás créeme que sería el primero en estar de tu lado. Pero eres un maldito arrogante que se cree el dueño del mundo y es incapaz de hacer algo por los demás- Farid atrevidamente lo empujó contra la pared.

-Mira...- Diego había alzado su puño listo para atacar.

-¿Qué sucede aquí?- la maestra Claudia acababa de llegar y vio todo el alboroto- Todos vayan a su siguiente clase, excepto ustedes dos- dijo mirando a los gemelos severamente.

Los alumnos de mala gana obedecieron y se marcharon, pero no sin mirar con desprecio en dirección de Farid y Dara. Ésta última espero al final para retirarse pues conocía de memoria lo vengativos que pueden ser sus compañeros. En cuanto los demás se fueron la maestra Claudia invitó a Diego y Farid a pasar a un salón de clases que se encontraba vacío.

-¿Qué sucede con ustedes?-inmediatamente cerrando la puerta la maestra Álvarez les cuestionó- No puede ser que siendo hermanos se lleven de una forma tan deplorable.

-Si él fuera menos arrogante...

-Si tú fueras más divertido...

-Si ambos fueran menos idiotas-gruñó ella aunque luego se suavizó un poco- Vamos chicos, los conozco desde hace años, los he visto crecer y compartir momentos difíciles pero también felices. ¿De dónde viene tanto odio?

-Profesora- dijo la voz de un hombre al entrar al salón. Se trataba del profesor de Física, Antonio Valdez, el profesor más odiado de toda la escuela, todos los alumnos darían su brazo derecho para que él se fuera del Liceo. Era un hombre muy alto, cabello negro peinado hacia atrás con gel, tenía un bigote corto y barba en candado, gran aire de superioridad y siempre parecía odiar todo lo que había a su alrededor. Sus cejas eran anchas y su nariz chata, los labios gruesos y tenía una gran cicatriz en el cuello. Muchas historias albergaban aquella cicatriz, algunos decían que Antonio Valdez estuvo en prisión y ahí se la habían hecho, otros contaron que en la iniciación de una secta, algunos más comentaron que él mismo se la había hecho. Lo cierto era que nadie sabía nada de él, ni siquiera sus compañeros profesores. – ¿Tiene problemas con estos criminales?

-No profesor, solo hablaba con ellos del viaje que vamos a hacer- respondió la maestra- . Se pueden retirar muchachos. Y supongo que ya saben qué hacer- Diego y Farid se fueron con sus mochilas mirándose de soslayo.

-No los puedes proteger siempre, Claudia. Algún día pasará. Tiene que pasar- ella no respondió ante este comentario, solo se retiró.

Mientras tanto, Dara esperaba en las escaleras a su amigo. Cuando lo vio bajar fue rápidamente hacia él, Diego la miró con recelo y se apartó sin

decir una sola palabra dando zancadas fuertes en dirección a los laboratorios de Biología.

-Farid- dijo abrazándolo fuertemente-, siempre peleas con tu hermano por defenderme y yo...

-Si no fuera por ti sería por cualquier otra razón, pero me alegra que sea por algo sumamente importante- respondió él sonriendo de lado. Ella solo le miró negando y correspondió su sonrisa. Dara realmente se llamaba Darany Santos, la hija mayor de un matrimonio que no resultó. Dara era una chica bonita, servicial y poseía una real sabiduría. Ella tenía los ojos aceitunados y eran algo grandes, su piel morena realzaba sus facciones, su cabello le llegaba a la cintura, era lacio y espeso, no era muy alta pero su presencia pesaba donde estuviera, ella lo ha aprendido en teatro, en donde al lado de tantas personas tenía que sobre salir, ya que siempre obtenía el papel principal. Dara trabajaba en un restaurante durante la tarde, y por la noche hacía sus tareas, a veces era muy agotador hacer todo, pero no podía darse el lujo de perder la beca ya que no poseía el dinero para pagar la colegiatura.

-¿Oigan, van a ir a la salida de historia?-preguntó Sandra, dirigiéndose a Diego y Héctor acabando la clase de Biología.

-Yo creo que sí ¿En qué parte de Yucatán es?- preguntó Héctor frunciendo el ceño y viendo a Diego.

-Es en Chichen Itzá- respondió el aludido-. Una de las principales ciudades maya.

-Sí, ya es este fin de semana, nos vamos el viernes y regresamos el domingo- Héctor se estiró- Va a ser monumentalmente aburrido en el día, pero nos vamos a escapar en las noches, ¿cierto?

-Será una gran salida, todo un fin de semana. Bien me tengo que ir- dijo Diego al ver a su hermano irse y corrió para alcanzarlo-. No me esperaste, hermano -dijo mientras le palmeaba la espalda.

-Nos dejaron mucha tarea y quiero terminarla lo antes posible-respondió monótonamente- ¿Esta vez a quien mandaste a hacer tu tarea?

-¿Realmente quieres saber?

-Eres despreciable- con un ademán violento Farid se apartó de su hermano.

-Quizás esa sea la razón de nuestro odio mutuo-ironizó-. La profesora tiene razón, antes éramos los mejores amigos, unidos, traviesos, nos

metíamos en problemas juntos, ¿lo recuerdas?

-Lo recuerdo-secundó.

-Sí, pero todo cambió. ¿En qué momento? No lo recuerdo, ¿tú, sí? No, tampoco lo recordarás. Tal vez así tenía que ser. Mírame, me estoy poniendo nostálgico-sonrió más para sí que para su hermano luego se puso serio-. Solo quería decirte algo, hermano, ten cuidado con Santos. Hay algo en ella, que me hace sentir extraño.

-Tú y tus ideas de que los que no tienen dinero son menos- Farid se detuvo y enfrentó a su hermano.

-No es eso, es algo diferente-Lo miró serio enfrentándolo también-. Mantente alejado de ella.

Ya en casa, al terminar sus deberes, su madre, Eva Kobak, los esperaba para la cena, en el comedor también se encontraba la presencia de Isaac Montes de Oca, su hermano. Ella era una mujer delgada, no muy alta, tenía unos hermosos ojos grises, una amplia sonrisa e inmensa paciencia para los hijos que tenía. Era una mujer de mediana edad que trabajaba como decoradora de interiores y tenía un negocio propio bastante lucrativo. Isaac, por otra parte, era de mediana estatura, gordo, con barba cerrada, sus ojos eran pequeños y su nariz ancha, su boca era grande la cual le servía bastante ya que nunca paraba de hablar. Una gran ayuda cuando quería cerrar tratos para el negocio de su hermana.

Después de la cena, ya dormidos, Diego, en medio de su cama, comenzó a tener un sueño: Atravesaba una niebla muy espesa, apenas y podía ver sus propias manos, caminó durante mucho tiempo, a él le parecía haber avanzado por horas. En algún momento del camino la niebla se disipó dejando ver un hermoso campo de flores. Miró a su alrededor y no vio a nadie, se adentró en el campo, de repente, a lo lejos, escuchó el sonido de agua que se aproximaba, cerró los ojos y volvió a escuchar, esta vez el estruendo fue más fuerte.

Cuando abrió los ojos se encontró con una gigantesca ola que se dirigía directo a él, sobre de ella, cientos de guerreros con múltiples tatuajes en sus cuerpos pintados de azul. Diego se quedó atónito, no había forma de esquivar la enorme ola, se arrodilló sin esperanza alguna ante su muerte. Miró hacia arriba y extendió los brazos, la ola lo atravesó y su cuerpo absorbió el agua que lo golpeaba. Cuando todo pasó, se levantó con algo esfuerzo, su respiración sofocante; miró hacia atrás y no había ola, solo gente, solo guerreros vestidos con atuendos prehispánicos que le mostraron reverencia. Después se fueron, desapareciendo uno a uno como neblina. Diego miró a sus pies y debajo de él había una piedra de color entre morado y plateado, brillaba intensamente, se sintió incomodo

ante ella, su energía, su presencia le molestaba.

-Yo sé... lo que eres- dijo Diego en su sueño-. *Se lo que representas y la forma que ahora tienes...eres...*

Diego despertó de su extraño sueño, se tocó el pecho por el dolor y la cara que estaba llenos de sudor, casi podía sentir el agua que lo había atravesado, su respiración era agitada y en su expresión había cierto temor. Se levantó un poco para encender la luz de su lámpara, miró el techo pensando un poco. No era la primera vez que soñaba con esa piedra pero era la primera vez que estaba cerca de decir, de saber de qué se trataba, podía sentirlo. Agarró su celular para marcarle a Héctor pero sabía que su amigo se burlaría de él. Así que apagando todo quiso volver a dormir, pero recordó lo que había dicho en su sueño.

-¿La forma que ahora tienes? Una nueva forma...

Mientras tanto en su propia habitación, Farid soñaba con las grandes historias de sus novelistas favoritos hasta que un espeso humo lo cegó por un momento, de repente se encontraba en una isla, caminó entre maleza y peñascos sin saber a dónde iba, parecía que había caminado por mucho tiempo y ni un solo sonido se percibía a su alrededor. Mientras caminaba sintió de pronto bajo sus pies el retumbar la tierra, se sentía de igual manera cuando decenas de tambores eran tocados a la vez. Farid intentaba encontrar la fuente de ese temblor, de improviso, desde un conjunto de grandes rocas vio a unos guerreros cubiertos por piel de jaguar, se dirigían con la mirada puesta en él a su encuentro dando un grito de guerra que lo estremeció. Farid pudo ver que cada guerrero poseía una flama en su mano derecha y se acercaban rápidamente.

Él no se movió, le impresionó ver todo ese ejército con sus miradas férreas sin distracción cada vez más cerca, más amenazantes. Finalmente reaccionó, dio media vuelta y corrió rápidamente, aquellos guerreros lo persiguieron y cuando lo alcanzaron, introdujeron la mano que poseía la flama en la espalda y pecho de Farid. Para él esto era sumamente doloroso, pero cuando terminaron sintió un abrigo acogedor, se sintió casi feliz con más fuerza y energía. Aquellos misteriosos guerreros se inclinaron ante Farid, el retrocedió ante esta acción y los guerreros se retiraron perdiéndose en la niebla. Una esfera frente a él comenzó a brillar con tonos dorados, de ella salía una voz.

-Tienes que vencerlo, véncelo...

-¿A quién?- preguntó Farid.

-A él...el Tirano- la esfera comenzó a desaparecer haciendo que él despertara en su cama, con el dolor agudo en pecho y espalda. Se levantó y miró por la ventana, la luna estaba oculta por las nubes lluviosas de septiembre, no tardaría en caer una tormenta.

Al día siguiente, ya estando en la escuela, los hermanos se dirigieron a su salón de clase, tenían la clase de matemáticas. De inmediato se separaron los gemelos, Farid estuvo con Dara conversando sobre su sueño hasta que la clase comenzara, él siempre confiaba en ella para hablarle de todo, un sueño no iba a ser la excepción, no sería la primera vez que soñara cosas raras. Dara siempre le había atribuido eso a la cantidad de libros que leía su amigo. Diego, por su parte, estaba hablando con su séquito sobre temas que generalmente tenían que ver más con él mismo que cualquier otro tema. Canek Lisae se encontraba a una distancia prudente de ambos grupos, sin embargo no dejaba de mirar de hito en hito a ninguno. Seguía mostrándose apático e incluso débil, pero aun Diego se había alejado lo suficiente de él.

-¡Farid!- se acercó rápidamente Diego junto con Héctor y otros chicos cuando alguien mencionó de pronto el examen- Hoy es el examen de matemáticas, ayúdanos. Estamos haciendo acordeones, pero no tenemos toda la información.

-Está bien, escriban rápido-si Diego hubiera observado a su hermano se habría percatado de esa pequeña sonrisa que se dibujó en sus labios-. Para factorizar, deben multiplicar los números entre ellos y sacar raíz cúbica.

-¿Cómo se saca la raíz?

-Tomen el número, multiplíquelo por tres y luego otra vez por tres. En cuanto a los logaritmos, solo divídanlo siempre entre dieciséis. Los problemas serán fáciles, solo tienen que recordad que seno siempre es el doble que coseno.

-Bien Farid. Gracias- todo lo habían apuntado velozmente y sin mirar atrás se adentraron al salón creyendo ser ingeniosos.

-Farid... ¿sabes que te asesinarán cuando se den cuenta que toda esa información es incorrecta?- cuestionó Dara.

-Sí, pero me va a dar mucha risa cuando vean sus calificaciones- Dara rio y se abstuvo de hacerle el comentario que con esa sonrisa por un momento se parecía más a Diego.

El profesor de matemáticas llegó justo a tiempo, sentó a todos según su criterio para que no pudieran copiarse y comenzó el examen mientras él leía una revista. Después de una hora todos los alumnos salieron del salón preguntándose cómo les iría pues el examen había sido más difícil de lo que habían creído. Diego y sus amigos se sentían muy confiados y sus sonrisas arrogantes lo mostraban. Farid y Dara se morían de la risa solo verlos.

Al salir del salón de matemáticas, Dara vio a su nuevo compañero sentado en las escaleras leyendo un libro, aquel chico era sumamente delgado y blanco, su cabello era muy rubio, casi albino y sus ojos eran color miel. Ella había investigado un poco ya que le intrigaba la actitud del muchacho. Canek Lisae era el último heredero de una larga cadena de familias de Asia que inició en Japón y que fueron uniéndose en matrimonio con otras familias poderosas de diferentes países. Él era el heredero de una de las más grandes compañías de computación y tecnología en el mundo. Sin embargo Dara creía que pese a todo eso su seguridad no dependía de su historial familiar, que sin duda Diego al saberlo cambiaría de inmediato con él y lo haría su mejor amigo, sino de algo mucho más profundo.

Un grupo de chicos, liderado por Carlos Olivares, un joven alto, moreno y fornido, con el cabello largo y ojos negros, comenzaron a molestarlo, tiraron sus cosas y lo empujaron por todo el corredor, Canek solo quería irse y no pelear, pero eso era imposible, sin embargo nunca les mostró temor. Era como si no le importara. Al ver esto Dara se interpuso e hizo a un lado a Carlos, recogió la mochila y el libro y se los entregó a Canek. Carlos era un joven que pasaba la mitad de tiempo en la escuela y la otra mitad en reformatorios, disfrutaba herir a los demás y se juntaba con sus amigos fuera de la escuela esperando a su nueva víctima para golpearlo y robarle algo.

-Oye, Kobak, ata la correa de tu perro si no quieres que le hagan daño-amenazó Carlos mirando a Farid con burla.

-¡Es suficiente!- gritó Farid- No te metas con ella. Una más y te juro que haré que te arrepientas.

-Bien- dijo Carlos riéndose fuertemente-. Hasta que te comportas como tu hermano, como un hombre.

-Tenemos una definición muy diferente de lo que es ser un hombre-comentó Dara-. Además yo no soy quien tiene correa Carlos, yo puedo ir a donde me plazca, mientras que tú tienes que avisar incluso si tienes que ir a orinar.

-Repite eso, muerta de hambre.

-Fue un placer conocerte Carlos- dijo Diego en una esquina, nadie se había dado cuenta de que estaba ahí- , hiciste enojar a mí hermano, y créeme, no es muy amable cuando se enoja.

Farid arrojó la mochila y se quitó la chamarra, Dara intentó detenerlo pero incluso Diego la sostuvo de la muñeca pues sabía que no había nada que hacer. Carlos tenía una sonrisa malévola en sus labios, se miraron a los ojos y comenzaron a acercarse. Carlos arrojó el primer golpe, Farid lo esquivó y con su puño izquierdo dio un golpe al hígado, su contrincante, al sentir el golpe se dobló solo unos instantes, pero se levantó enseguida, con sus manos agarró la cabeza de Farid y la estrelló en el piso, éste por un segundo sintió que se desmayaba, pero las patadas que Carlos le proporcionaba lo despertaron, con sus brazos agarró la pierna de su atacante y logró tirarlo, se subió en él y empezó a golpearlo en la cara, cada golpe se hacía más fuerte, le dolía la cabeza por el impacto que sufrió contra el suelo y sentía la sangre que recorría su cuello, siguió golpeando cuando notó que el ojo izquierdo de su contrincante empezaba a sangrar demasiado así que paró su ataque. Silencio, nadie dijo nada, toda la parte izquierda del rostro de Carlos se encontraba ensangrentada. Farid se levantó rápidamente, solo se quedó parando viendo a Carlos se quejaba en el suelo, la sangre era demasiada.

-¡Carlos!- gritaron sus amigos horrorizados. Miraron a Farid incrédulos e incapaces de moverse.

-¡Vayan a enfermería!- dijo Farid- ¡Vayan!-los amigos de Carlos se apresuraron cuando la orden urgente se registró en sus cerebros.

-Farid, te suspenderán por esto, o tal vez te expulsen- dijo muy seria Dara tomando su mano y su rostro-. Abogaré por ti.

-Lo sé, lo sé- intentó sonreír pero no pudo. Terminó hincándose para detener un poco el sangrado- Vamos Carlos, aguanta.

-Todo por tu culpa, Santos- dijo Diego dirigiéndose a Dara rápidamente-. Por defenderte...

-Sí, por defenderla estoy metido en esto, pero lo volvería a hacer- Farid se interpuso entre Dara y su hermano.

-Te dije que te alejaras de ella, hay algo que no me agrada de esta chica- la miró con rencor, con odio.

-Tú pudiste hacer algo- Canek mencionó de pronto. Habían olvidado que estaba ahí-. Si solo tú, su hermano, le hubiera ayudado esto no habría pasado. Creo que estabas demasiado ocupado siendo un idiota como para

darte cuenta de eso.

Llegaron los amigos de Carlos junto con el doctor de la escuela antes de que Diego pudiera responder, miró por unos instantes desconcertado aquella escena violenta, observó a Farid que tenía una herida en la cabeza y luego a Carlos que estaba tirado en el piso y tenía todo el rostro bañado en sangre. Ordenó que llevaran al muchacho a la enfermería mientras revisaba a Farid. Sentenció que necesitaba puntadas y que probablemente sería severamente castigado, incluso expulsado, luego le pidió que lo siguiera a la enfermería. Diego vio con cierto rencor a sus compañeros y recogiendo la mochila y la chamarra de su hermano, fue a la enfermería. Al entrar notó la gran actividad que había. Tenían que parar el sangrado de Carlos y el de su hermano, ahí no tenían lo suficiente para curarlos y ya habían llamado a una ambulancia.

-¿Cómo estás hermano?- preguntó con total sinceridad Farid.

-Me duele la cabeza -le miró- Me siento peor por dentro. Pero él la ha estado molestando y yo ya no aguantaba más. Además, ese chico nuevo no merecía que lo molestaran de esa manera- Diego guardó silencio y desvió la mirada- ¿Tú le pediste a Carlos que lo molestara?

-Carlos no es precisamente alguien de palabras, si me entiendes, y quería que el chico nuevo...- antes de que pudiera reaccionar, Farid había lanzado un golpe a la cara de su hermano y lo había derribado. Este último se sintió enojado y humillado y salió rápidamente sin decir más.

Llevaron a Carlos al hospital, mientras que a Farid, lo pudieron suturar ahí mismo, ya que su herida no era tan grave. El director entró a la enfermería y guio a Farid a un cuarto para que pudieran hablar. Sin duda estaba desconcertado, uno de los alumnos más destacados peleando como cualquier delincuente. Su mayor sorpresa fue que había ganado y no a cualquiera, sino a Carlos Olivares. Incluso algunos profesores preferían no meterse con él.

-No lo esperaba de ti. Esto requiere una decisión rápida y definitiva- guardó silencio y se quedó pensando-. En cuanto sepa cuál es te avisaré. Mientras tanto, estarás suspendido tres semanas y no podrás ir a la salida a Chichén Itzá- le dijo severo-. Ya he hablado con tu madre y está de acuerdo. Farid, ten presente que no te he expulsado aún solo porque tienes un historial impecable, pero te aseguro que habrá consecuencias de esto, Carlos no lo olvidará y tampoco te puedo permitir que lo golpees cada vez que lo consideres necesario- ambos guardaron silencio no sabiendo qué más añadir.

Salieron del cuarto y Eva, su madre, ya se encontraba esperándolo. Se encaminaron a casa, él y su madre no hablaron en lo más mínimo, no sabían que decir. Era verdad, Farid se llegaba enojar con bastante

intensidad, sin embargo nunca de esa magnitud. Al girar en una calle para encontrarse frente a su casa Eva se detuvo en seco, como si hubiera visto un fantasma frente a ella. Farid la miró de reojo, fijó la mirada hacia donde ella observaba. Bajaron del auto y caminaron rápidamente, Eva se detuvo frente a su casa mirando con temor la pared.

En el jardín de la casa se hallaban dos emblemas pintados en el costado de la casa. Por un momento Farid creyó que se trataba de pintura en aerosol, que era obra de un ataque vandálico, raro en aquel vecindario. Observó esas dos figuras más detenidamente y apreció que realmente no estaban pintadas sobre la pared, estaban talladas. Se preguntó si era posible que ningún vecino se diera cuenta de esto, el ruido para hacerlas debió ser muy fuerte, sin embargo parecía que nadie lo había notado. Se acercó más y justo cuando pisó el jardín uno de los emblemas estalló en llamas mientras que el otro parecía derretirse hasta que finalmente ambos desaparecieron sin dejar ningún rastro.

-Entra a la casa- ordenó Eva.

-Pero, mamá...

-¡Es una orden, Farid! ¡Entra a la casa, ahora!- rara vez Eva alzaba la voz así que Farid obedeció aunque con renuencia. Miró por la ventana que su madre había llamado a alguien, no pudo escuchar la conversación, su madre era la reina de la discreción, pero pudo notar que ella estaba nerviosa y veía la pared donde habían estado los emblemas con aprensión. La llamada no duró mucho quien quiera que estuviera al otro lado de la línea fue rápido. Eva entró a la casa y fue a la cocina a prepararse un té, Farid fue de inmediato tras ella.

-¿Qué crees que era eso?

-No lo sé.

-¿A quién llamaste?

-Hasta donde sé, hijo, yo no tengo qué darte explicaciones sobre mis llamadas o mis asuntos.

-¿Tus asuntos? ¡Esas cosas estaban en la pared de la casa y desaparecieron!

-Te refieres a la pared de mi casa, lo que lo hace parte de mis asuntos- ella comenzó a beber su té. Farid estaba frustrado. Por un lado odiaba no entender algo, por el otro la falta de emoción de su madre frente a él le molestaba. Eva suspiró-. Hijo no sé qué quieres que te diga, no tenemos evidencia de lo que pasó y no tenemos idea de qué fue eso. Como yo lo veo a menos que suceda de nuevo y podamos tener evidencia es como si

nunca hubiera pasado. Te recomiendo que sigas mi consejo: olvídalo.

Farid frunció el ceño al comentario de su madre, estaba seguro que le ocultaba algo pero no podía adivinar qué. Probablemente si hubiera estado Diego entre los dos podrían sacarle algo, pero para él solo era una tarea imposible. Asintió a su madre sabiendo que ella sabía que no lo dejaría pasar tan fácilmente, sin embargo había sido un día emocionalmente agotador y aún faltaba arreglar el asunto con Carlos. Ambos acordaron tácitamente dejarlo ahí, por ahora.

Diego por fin llegó a la casa, la fachada no se veía diferente así que entró con normalidad. Encontró a su hermano en el diván leyendo como de costumbre, un asentimiento de cabeza como único saludo, su madre hacía llamadas en su despacho a los diferentes proveedores y solo le mandó un beso como bienvenida. Ambos demasiado serios, él asumía que todo esto era por lo sucedido en la mañana, esa pelea entre Carlos y Farid no se esperaba y menos el resultado.

-¿Qué pasa?-preguntó Diego, con tranquilidad fingida.

-Cuando llegamos algo extraño pasó -respondió su hermano dejando finalmente el libro. No intentó ocultarlo de su madre, ambos sabían que se lo contaría a Diego.

-¿Robaron?- se alarmó su gemelo y de inmediato comenzó a inspeccionar el lugar.

-Cuando llegamos esto había en el jardín- interrumpió Farid y le entregó un cuaderno, Diego lo observó y ahí estaban dibujadas las figuras que estuvieron fuera de la casa- Lo extraño- continuó Farid-, es que ambos estaban tallados en la pared afuera de la casa.

-¿De verdad? Mamá sabe cómo trabajar rápido, no noté nada fuera del lugar- Farid negó sonriendo a su hermano con facilidad. No podía negar que si él no hubiera estado presente hubiera pensado lo mismo.

-Mamá no hizo nada, hermano- Farid se levantó de su asiento y le indicó a su hermano que lo siguiera afuera-. Desaparecieron. Uno de pronto se incendió y el otro pareció derretirse y...se fueron- se encogió de hombros ante su explicación. No tenía una mejor forma de detallarlo.

-¿Es broma?- Farid negó enérgicamente y explicó a su hermano detalle a detalle desde que notaron los símbolos. Habló de la reacción de su madre, la llamada, su consejo de olvidarlo. Diego escuchó atentamente sin interrumpir ni una vez mientras veía los símbolos dibujados por su hermano.

-Han pasado horas desde eso, dudo que ahora le saquemos algo a mamá, si es que sabe algo- se quedó pensando un instante-. ¿Sabes? Aunque parezca raro estos símbolos yo ya los he visto.

-Yo también, pero no recuerdo dónde- se sentó en el sofá mirando hacia el jardín.

-Hijos- llamó Eva con la mirada entristecida y al mismo tiempo una súplica en ella, los observó atentamente como si debatiera en su interior-, olviden el asunto. Es la última vez que lo digo.

Capítulo 2

CAPÍTULO II

EL INICIO

Al día siguiente Farid despertó tarde, había tenido pesadillas sobre Carlos persiguiéndolo mientras tornados de fuego evitaran que escapara por tanto había tardado en conciliar el sueño. Diego ya se había levantado e ido a la escuela desde hace horas así que Farid se metió a bañar, se puso ropa informal y bajó a desayunar. Su madre ya estaba trabajando haciendo nuevos diseños y llamando a clientes y proveedores.

-¡Por fin, sobrino! ¡Buenos días! Hasta que se te ocurre levantarte. Yo sé muy bien que no soy un gran trabajador, pero levantarme a las once de la mañana, ¡jamás!- dijo alegremente Isaac intentando bromear con su sobrino pues era un adicto al trabajo.

-Lo sé, tío. Pasé una mala noche y olvidé programar mi alarma-respondió Farid mientras comía fruta- Realmente pretendía ayudarte en este tiempo de descanso obligatorio.

-Bueno, desayuna- continuó Isaac-, ponte ropa formal y me acompañarás a la oficina- Farid asintió y desayunó rápido, subió y se puso un pantalón negro de vestir con líneas verticales de color blanco muy delgadas y una camisa negra. Al bajar su tío ya lo esperaba en el coche.

-¿Por qué mamá trabaja en casa si tenemos una oficina para el negocio?

-Porque tu madre es una controladora compulsiva y nos volvería locos a todos así que la mantenemos alejada. Pero si ella pregunta es porque queremos darle espacio a su creatividad- ambos hombres sonrieron sabiendo cuánta verdad había en ello.

Mientras se dirigían a la oficina Farid miró por la ventana veía a las personas que transitaban por la ciudad y los cientos de establecimientos ya abiertos. Al girar en una esquina Farid observó a un hombre alto y moreno que tenía una vestimenta prehispánica- Debe ser parte de un espectáculo en la calle- pensó. Aquel hombre lo miró fijamente y Farid desvió su vista, cuando volvió a mirar notó que el hombre había desaparecido.

Cuando llegaron al establecimiento Isaac condujo a su sobrino hasta la entrada. Era una tienda muy grande en donde se veían muestras de telas por textura y color, salas, comedores, tapicería, alfombras, cualquier cosa que el cliente buscara lo encontraba ahí o incluso podían hacer diseños exclusivos. Al momento de entrar Farid fue transportado a otro lugar,

había una pirámide y dentro de ella un espejo gigante, su marco estaba hecho con serpientes que se devoraban entre sí. Farid se acercó hasta que su reflejo le miró imitando sus movimientos, pero él se dio cuenta que el que le miraba no era él mismo sino su hermano Diego. Farid tocó la superficie del espejo, el reflejo de su hermano hizo lo mismo, apoyó su frente contra la de su hermano.

-Dame más tiempo- suplicó el reflejo a nadie en particular-. No estoy listo para perderte.

-¿Te encuentras bien? - Isaac colocó su mano gruesa sobre el hombro de su sobrino haciendo que él regresara de su visión- Te ves algo pálido.

-Estoy bien- respondió Farid, mientras veía a su alrededor pero ya no había nada-. Un leve mareo.

-Bien, será mejor que esperes aquí abajo. Para que descanses.

-Estoy bien, quiero ir contigo, tío- Isaac asintió y subieron por las escaleras. Se dirigieron a la última oficina, era amplia con un gusto minimalista que agradó a Farid de inmediato. Su tío le enseñó cómo organizar algunos archivos y transcribir datos a la computadora. Entraron en un silencioso pero agradable sistema de trabajo, algo que favoreció a Farid ya que no dejaba de pensar en la visión que había tenido abajo. Parecía tan real, estaba seguro que pudo sentir el frío del vidrio contra su palma y su frente. Abrió una ventana a internet desde su laptop buscando causas para tener alucinaciones y otra para encontrar los símbolos que vio el día anterior. Estaba tan concentrado entre el trabajo y su lectura que no sintió la cercanía de su tío.

-Tu madre te dijo que olvidaras el asunto de ayer- Isaac habló firme pero comprensivamente-. No deberías desobedecerla.

-El hecho que te lo mencionara significa que ella no lo ha olvidado- Farid cerró su laptop más fuerte de lo que había querido pero necesitaba enfatizar su descontento-. ¿Por qué no quiere que hablemos del asunto entre nosotros? ¿Tú podrías olvidar algo así, tío?

-En realidad ni siquiera esperaría verlo, no es algo que quisiera- se encogió de hombros restándole importancia-. Yo solo digo que mejor te concentres en la realidad de lo que estás viviendo ahora y no en las visiones de lo que pasó o no- Farid frunció el ceño, su tío le hablaba como si supiera lo que vio al llegar-. Hay misterios que existen para quedarse ocultos, hijo.

-Tú y mamá saben algo, lo sé- lo miró fijamente-. Diego y yo lo

averiguaremos juntos.

-Si no logran matarse en el intento- se burló su tío-. Ultima vez, Farid, olvida el asunto. Es una orden.

Isaac se levantó y nuevamente se concentró en cuentas y números. Farid salió de la oficina para dirigirse al baño, cerró la puerta tras de sí y se sentó en el piso abrazando sus rodillas y miró el techo viendo los miles de puntos que se encontraban ahí, comenzó a unirlos para formar figuras en su mente, como cuando era niño. Un león, una sandía, un niño con su globo y... los emblemas, ¿Por qué? ¿Por qué pensaba en ellos? Se levantó arrebatadamente, cubrió su rostro con sus manos, descubrió su cara, giró su cuerpo precipitadamente buscando un algo, cualquier cosa que lo distrajera, pasó sus manos sobre su cabellera en forma desesperada, algo se estaba perdiendo, pero ¿qué?

Regresó a la oficina, Isaac no se encontraba ahí. Se sentó frente al escritorio pero lo único que deseaba era arrojar la computadora, tenía que controlarse así que intentó centrarse en el trabajo que su tío le encomendó pero lo único que conseguía era sacar sus sentimientos a flor de piel. Ellos estaban ocultando algo. Se giró hacia el librero y agarró el primer libro que encontró para leerlo y distraerse pero no importaba cuántas veces leyera el mismo párrafo, nada parecía quedarse en su mente. Se sentó en su silla, sabía que estaba demasiado alterado y que no era normal en él, estaba cambiando, parecía ser otra persona que lo único que pensaba era destruir, destrozar, desbaratar con tal de obtener respuestas, pero se contenía, era demasiado con haber perdido el control ayer. Cerró los ojos y lo primero en su mente fueron los emblemas, ¡esos malditos emblemas! ¿Qué es lo que provocaban? ¿Por qué no lo dejaban en paz? Abrió los ojos, se levantó, vio el libro, lo arrojó y al caer golpeó una lámpara, esta cayó y jaló un cable que provocó un corto, cerca de éste había una cortina de una tela muy suave que se encendió con demasiada rapidez.

-¡No!-gritó Farid extendió el brazo y abrió la mano, el fuego se apagó de inmediato. Se quedó atónito, observó su mano y después la cortina ya quemada, se dejó caer en su silla, no lo podía creer, no era posible, debió ser que el viento lo apagó, el movimiento que él hizo no era otra cosa que simple coincidencia con que se apagara el fuego. Rápidamente quitó las cortinas y puso otras nuevas, no podía explicarle a su tío lo ocurrido, no podía ni creerlo él mismo. Su celular sonó y la imagen de su hermano en la pantalla le recordó la visión que tuvo horas antes.

-¿Sí?-contestó.

-Dime que también tienes visiones, hermano.

-¿La pirámide y el espejo?

-Pirámide y piedra brillante. ¿Qué nos está pasando?- la voz de Diego se escuchaba cansada.

-Busqué por internet explicaciones y podríamos tener un tumor cerebral que nos haga tener alucinaciones- Farid miró por la ventana-. Eso podría explicar tu estupidez- escuchó la risa apagada de su hermano- ¿No deberías estar en clase?

-Me suspendieron. Le di un golpe a Santos justo en la cara- respondió como si nada- y antes de que te alteres fue accidental aunque pareciera lo contrario. Incluso ella lo mencionó, pero el profesor Antonio la tenía contra mí y me suspendieron tres semanas sin posibilidad de ir al viaje de este fin de semana- suspiró desganado-. Mamá está furiosa por la suspensión pero no parece afectarle lo del viaje. En fin, estaré en casa pronto, investigaré las alucinaciones mientras tú investigas esos emblemas. Tengo que irme- colgó sin escuchar la despedida de su hermano-. No deberías escuchar llamadas ajenas, Santos. Te tenía por alguien más- tardó en encontrar la palabra adecuada- discreta.

-No fue mi intención- Dara se apoyó contra la pared mirando a Diego directamente-, es solo que no pude evitar escuchar lo bien que se llevan cuando nadie más está presente.

Diego alzó la ceja, inquisitivo, era obvio que ella había escuchado toda la conversación. Debió escuchar sobre las alucinaciones pero no parecía querer mencionarlas, tal vez sí era tan discreta como creía. La apreció de arriba abajo frunciendo el ceño al notar que ella no se inmutaba a su escrutinio, es más, ella misma parecía analizarlo. Si tenía que admitirlo la chica era realmente admirable, trabajaba y estudiaba, tenía un excelente promedio, era talentosa en el violín y en teatro y, por si fuera poco, no era fea, no precisamente de su gusto, pero sin duda llamaba la atención.

-¿Por qué lo haces? Meterte conmigo. Jamás te he hecho nada, a ninguno de ustedes- ella preguntó sin titubeos al sentirse estudiada.

-No lo sé. Hay algo en ti que simplemente no me agrada-la miró de arriba abajo sintiendo ese malestar como cada vez que estaba cerca- Además, ¿quién te crees para estar cerca de mi hermano?

-¿Ahora sí es tú hermano? Que yo recuerde pasas más tiempo burlándote de él, molestándolo y haciéndole la vida imposible que apoyándolo-Dara no estaba dispuesta a dejar intimidarse por el hermano de su mejor amigo-. Mis hermanos jamás se comportarían así conmigo.

-No voy a tolerar que una persona que apenas y tiene para comer me venga a decir a mí como tratar a mi hermano- escupió Diego cada palabra

con desdén.

-Tal vez yo no tenga el dinero que tú posees y tampoco me interesa, mi valor está ligado a mi integridad como persona, no a mi chequera.

-Eso lo dices porque tu crédito es inexistente, Santos. Tienes que levantarte el ánimo de alguna forma, es algo que se dicen los pobres para justificar su triste vida- Diego se burló cuando el rostro de Dara se volvió rojo de la ira.

-Vaya, no puedo creer que tengas algún parentesco con Farid. Él es alguien tan diferente a ti, es humano y comprensible, sin mencionar que cada día intenta superarse. Tú eres tan mediocre y patético que ni siquiera te das cuenta que los demás están a tu lado por el dinero que tanto presumes- respondió ella con los puños apretados.

-Claro que lo sé, me sorprendería si no fuera de otra forma- Diego le dio una media sonrisa-. ¿Crees que alguno de ellos es realmente mi amigo? Por favor, Santos, eres más lista que esto.

-Entonces solo se trata de tu ego- afirmó ella-. Quieres ser adorado.

-¿Qué hay de malo en eso?- Diego tomó sus cosas listo para marcharse- En cuanto al golpe que te di...

-Sé que no fue a propósito- ella minimizó el daño-. Como también sé que jamás te disculparías. Solo salúdame a tu hermano, ¿quieres?

-¿Irás a la salida a Chichén Itzá?- preguntó antes de marcharse.

-No- ella rodó los ojos-. No puedo pagarlo- ella miró su sonrisa-. Cállate.

Diego alzó sus hombros en fingida inocencia, él estaba sin duda disfrutando el último comentario de Dara. Humillarla era uno de sus deportes favoritos y cuando lograba hacerlo sin esforzarse le era aún más satisfactorio. Dara suspiró, seguramente el muchacho se burlaría de ella luego y le haría saber a Farid el por qué ella no podía ir al viaje con tal de crear una brecha en su amistad. Nunca lo admitiría frente a nadie, pero siempre tenía miedo de que algún día Diego convenciera a su hermano de que ella no valía la pena. Negó con la cabeza más para espantar esos pensamientos que otra cosa y se fue a la siguiente clase.

Los profesores Claudia y Antonio observaron esta interacción a una distancia prudente para asegurarse que nadie notara que ellos estaban escuchando. Ella sonrió con tristeza al escuchar el intercambio de insultos y él bufó molesto intentando apaciguar su mal genio. Se miraron entre sí por un momento y luego Antonio le dio la espalda a Claudia para irse,

probablemente a la siguiente clase que tenía que dar.

-¿Hiciste que Diego no fuera a la salida?

-Sí.

-Y ya no tienes que preocuparte por Farid.

-Así es- respondió él-. En cuanto a los otros, como sabrás, ya no son problema.

-Les he tomado cariño, los conozco desde hace mucho tiempo y haré todo lo posible para evitar que vayan a ese lugar- ella suspiró con tristeza-. Pero míralos, a veces parece que no importa lo que hagamos ellos jamás tendrán paz. Dime Antonio, ¿ha valido la pena tu sacrificio?

Antonio se inclinó lo suficiente para besar la frente de Claudia de forma tierna y protectora. Tomó sus manos y ambas las besó con ternura. Si alguien hubiera visto la escena no lo hubiera creído, el profesor más frío y cruel de la escuela siendo cálido y gentil con otro ser vivo. Antonio no respondió, dio media vuelta y se fue sin ningún otro comentario. Claudia se abrazó a sí misma mirando una última vez el lugar donde habían estado Dara y Diego.

Diego no tardó mucho en llegar a casa. Su madre no se encontraba y Farid e Isaac aún estaban en la oficina. Tenía la casa solo para él. Encendió la computadora y comenzó a investigar causas sobre las alucinaciones. La razón por la cual había golpeado a Dara fue porque ella lo había sacado de transe. Diego podía jurar que, estando en el gimnasio, de pronto fue transportado a aquella pirámide con la cual soñaba casi todas las noches, pudo oler el moho y sentir en su piel el brillo y poder de la piedra que reposaba en el interior de la estructura. Estuvo a punto de tenerla entre sus manos, casi pudo tocarla cuando de pronto la mano de Dara se posó en su antebrazo trayéndolo de vuelta tomándolo desprevenido, tanto que su única reacción al contacto de la chica fue soltarse violentamente logrando pegarle en el rostro al mismo tiempo. Diego se frotó el rostro con las manos, tal vez su hermano tenía razón y ambos tenían un tumor cerebral que los hacía tener estas visiones.

Siguió investigando otras causas, cada una más ridícula que la anterior, pero no desistió de su tarea, debía encontrar alguna lógica en todo esto. Tomó la botella llena de agua que estaba en la mesa y bebió un gran trago, había estado horas ya en ese lugar y el cansancio estaba comenzando a afectarle. Cuando quiso dejar la botella nuevamente ésta se le resbaló de las manos y cayó al suelo derramando el líquido. Se levantó de inmediato dispuesto a limpiar cuando notó que el agua

comenzó a formar palabras.

Tienes el poder.

Miró el piso, se puso de rodillas y tocó con sus manos el agua derramada. No había duda de que había un mensaje claro. Él intentó esparcir el agua con su mano pero el mensaje volvía a escribirse una y otra vez.

-No lo creo- dijo.

¿Por qué?

-Es imposible- se limitó a decir al darse cuenta que el agua interactuaba cuando él hablaba. Estaban teniendo una conversación.

Yo soy solo un instrumento. Tú me utilizas, yo no poseo vida si no es por ti.

-¿Puedo hacer contigo lo que quiera?

Tu voluntad es el límite

Diego despertó de pronto. Se había quedado dormido sobre el sofá, la computadora encendida en una página de enfermedades mentales. La botella de agua abierta tirada en el suelo y el agua encharcada a su alrededor. Los faros de un auto entrando al patio anunciaron la llegada de su hermano y su tío. Ordenó todo y juntos cenaron comida china aprovechando que Eva no estaba. Ninguno habló mucho, pero Isaac se retiró pronto agotado por el día dejando a los gemelos en la sala con la excusa de que verían un poco de televisión.

Cuando fue seguro que su tío no aparecería de nuevo, Farid le entregó un par de hojas impresas a su hermano. Era su investigación sobre los emblemas. Los papeles hablaban de una investigación hecha por Jonathan Torres, un arqueólogo aficionado, tenía una teoría interesante sobre unos emblemas localizados en unas cuevas no muy lejos de las principales ciudades mayas. Cada ciudad tenía su conjunto de emblemas, siempre los mismos y siempre el mismo código:

El camino es siniestro,

pero el portal brillará,

cuando lo traspases algo nuevo hallarás.

*Días y noches en la imaginación
del hombre crearán la nueva
especie que nunca morirá.*

*Pero cuidado, será mejor
que no vengan, porque
cuando las serpientes ya no
se encuentren ciegas,
despertarán.*

*El camino es siniestro
y el portal te guiará
en donde el universo
no puede llegar.*

*La isla de la historia,
siempre historia será.
más los que la moran
la venganza traerán.*

Según este investigador los mayas creían en un mundo diferente al nuestro que pudo haberse creado por los seis elementos que eran parte de esta cultura prehispánica, durante ya algún tiempo se habían encontrado varios símbolos que no habían llamado la atención de la comunidad arqueológica. Estos símbolos representaban, el agua, la tierra, el fuego, el viento, la luz y la oscuridad. Diego de inmediato notó los dos

emblemas que su hermano había visto y posteriormente dibujado, según esta investigación se trataban de los emblemas del fuego y el agua. Miró la botella ahora cerrada y recordó la conversación con el agua que tuvo en su sueño. Siguió leyendo las transcripciones del Códice de los elementos, como lo nombró Torres

*En un momento,
cuando la muerte y
la vida estén juntas
el candado desaparecerá.*

*Cuatro seres ciegos
cuidan la entrada,
solo las personas que
les otorguen la vista
podrán cruzar.*

-Debemos ir a Chichén Itzá- dijo Diego al terminar de leer-, es la ciudad maya más cercana que tenemos. Debemos encontrar los emblemas, averiguar más sobre ellos.

-Creí que dirías eso- Farid sacó su cartera y le mostro una tarjeta-. Es la tarjeta de crédito de mi tío. Rentaremos una camioneta el fin de semana y nos iremos a primera hora.

-¿Por qué no irnos de una vez?

-Nuestro tío y madre nos querrán trabajando en la oficina. Básicamente nos vigilarán lo que queda de la semana, pero el sábado y domingo serán nuestros días libres- Diego asintió a la lógica de su hermano, le dio el crédito de pensar en un plan y de incluso robar la tarjeta de su tío, por más que Farid se empeñara a decir que la había tomado prestada. Con un plan en mente se fueron a dormir esperando que los días que quedaran de la semana se fueran rápidamente.

Capítulo 3

CAPÍTULO III

¿MISTERIOSO PORTAL?

La semana pasó relativamente rápido para los gemelos que el viernes en la noche ya tenían rentada una camioneta con el tanque de la gasolina lleno, algunas provisiones, cobijas y lámparas de mano. Ambos jóvenes tuvieron el atino de sacar sus ahorros sabiendo que su tío cancelaría la tarjeta de crédito al enterarse de que la habían tomado prestada porque Farid decidió escribir una carta explicando su viaje, carta que dejarían por la mañana antes de salir para que su madre estuviera enterada. La semana pasó sin incidentes, sus visiones se repitieron a veces, pero nada que no pudieran controlar y su rutina se convirtió en casa y oficina ayudando a su tío en todo lo que podían. Realmente este cómodo escenario les había sentado bien puesto que así pudieron analizar mejor su situación.

Diego ciertamente no había visto los emblemas en el costado de la casa, había aceptado la palabra de su hermano y la confirmación de su madre respecto a ellos. Sin embargo, ambos tuvieron visiones en más de una ocasión y a veces, en sus visiones, aparecían los emblemas. Habían investigado más sobre Jonathan Torres y la zona dónde había encontrado los símbolos, un lugar llamado las Grutas de Balankanché y estaban a unos seis kilómetros de Chichén Itzá. Al entrar lo primero que se veía era el Trono de Balam, lugar donde realizaban la mayoría de los rituales religiosos, al seguir avanzando se hallaba un pequeño lago, dentro de él estaban tallados los emblemas y a unos pocos metros una estalactita en forma de árbol de ceiba y tallado en él el Código de los elementos. Para ambos gemelos era el lugar indicado para iniciar la búsqueda a las respuestas que les habían negado.

Ambos chicos se fueron a dormir temprano con la excusa de que el trabajo en la semana les había agotado, prepararon una pequeña maleta para cada uno y la escondieron bajo su cama, en sus respectivas habitaciones. Su alarma la programaron a las cuatro de la mañana y habían trazado una ruta segura para salir de la casa sin ser vistos, tomar la camioneta y partir.

A la hora programada la alarma sonó por un segundo, ningún gemelo había dormido mucho así que de inmediato la apagaron y se levantaron. En la oscuridad de la madrugada se pusieron ropa abrigada y dejando sus habitaciones caminaron a la ventana del corredor en el segundo piso, ahí podían salir sin ser escuchados. Los rayos de una tormenta eléctrica, que

había estado sonando toda la noche, alumbraron cada paso que daban, sin embargo, nada detendría a los gemelos de sus planes. Diego salió primero por la ventana y bajó por la enredadera en la pared, su hermano le arrojó las maletas desde la arriba justo en el momento que la tormenta se desatada y la lluvia torrencial pronto había empapado al gemelo mayor hasta calarle los huesos. Farid apenas tuvo medio cuerpo colgando en la enredadera cuando la poderosa lluvia hizo que se resbalara cayendo casi tres metros sobre el capó del auto de su madre que de inmediato comenzó a sonar su alarma. Diego le ayudó a levantarse mientras ambos miraban con temor que las luces de la casa comenzaban a encenderse, tomaron las maletas y corrieron entre la lluvia, la alarma y los truenos hasta llegar a la camioneta estacionada a la vuelta de su casa.

-Bien hecho, hermano, de verdad- ironizó Diego mientras encendía la camioneta y, sin prender las luces de enfrente para no ser notados, arrancó-. Tus habilidades físicas mostradas en el mejor de los momentos como siempre y dejaste una abolladura al auto de mamá. Estará furiosa.

-Cállate, idiota- Farid se quejó mientras se frotaba la espalda-. Creo que el auto me dejó una abolladura en la espalda y el trasero- tomó su maleta y sacó ropa seca para cambiarse mientras su hermano se dirigía a la carretera. Mientras lo hacía sus celulares comenzaron a sonar, no tenían dudas de quiénes les llamaban. Se miraron y, tácitamente, rechazaron las llamadas-. Ya habrán leído la carta que dejaste.

-¿No la dejaste tú?- miró a su gemelo frunciendo el ceño, recibió de vuelta una mirada molesta.

-¡Solo tenías un trabajo, Diego! ¡Uno! Tomé prestada la tarjeta de nuestro tío, renté el auto, compré los alimentos, las cobijas, las lámparas, ¡hice ambas maletas! Solo tenías que dejar la carta que escribí sobre tu cama- Farid respiró profundo intentando calmarse-. Juro que es más fácil entrenar a un perro.

-¿Es por eso que te llevas bien con Santos?- recibió un golpe en la pierna como respuesta lo que ocasionó que acelerara de más la camioneta y se derrapara levemente golpeando un poste de luz. El auto no había sufrido grave daño, tampoco los jóvenes en el interior, sin embargo era obvio que el ánimo había menguado y el estrés comenzaba a gobernarlos. Un golpeteo en la ventana del lado del copiloto los alertó, eran las cinco de la mañana y con esta tormenta no esperaban a alguien. Farid bajó la ventanilla lo suficiente para hablar con la persona que se había acercado.

-¿Están bien?- Farid pudo reconocer la voz de inmediato, bajó más la ventana para escuchar y ver mejor -¿Farid? ¿Diego?- Dara los miraba a través de su impermeable como si hubieran perdido la cabeza y el silencio de los gemelos no la tranquilizaba pues pensó que el golpe contra el poste había sido más fuerte de lo que había creído- ¡Carlos, ayúdame con los

Kobak!

Al escuchar el nombre del aludido que apareció al lado de la chica con su rostro aún morado y su propio impermeable la confusión de los gemelos fue mayor. ¿Qué hacían dos de sus compañeros a las cinco de la mañana en un día tormentoso? Seguramente ellos pensaron lo mismo sobre Diego y Farid. Carlos quiso abrir la puerta del copiloto para ver el daño y fue cuando el menor de los gemelos reaccionó.

-¿Qué demonios? ¿Desde cuándo son amigos ustedes dos?- no hizo falta que Diego hablara, su rostro expresaba las mismas preguntas.

-Estamos trabajando, idiotas- fue la única respuesta de Carlos que nuevamente intentó abrir la puerta.

Farid quitó el seguro y bajó como para examinar a Dara y asegurarse que era verdad lo que el otro decía y de que su amiga no estaba en peligro. Satisfecho con su inspección llamó a su hermano para ver en qué trabajaban sus compañeros. Estaban descargando producto a una tienda de abarrotes, como era mucho trabajo el dueño había decidido contratar más gente solo por ese día, de ahí que Carlos y Dara se encontraran juntos. Al escuchar el derrape y el posterior golpe habían dejado lo que estaban haciendo para investigar.

Cuando los gemelos fueron cuestionados de la razón por la cual se encontraban ahí no les quedó más remedio que confesar la verdad a medias. Les dijeron que iban a Chichén Itzá, pero jamás explicaron la verdadera razón de su viaje, solo aludieron que querían ir allá para pasar un fin de semana agradable. Sus celulares sonaron en ese momento y de inmediato rechazaron las llamadas. Carlos alzó la ceja y Dara cruzó los brazos cuestionando en silencio a Farid. Los gemelos negociaron terminar de ayudarles a descargar si no los delataban con su madre.

Una hora después el camión estaba vacío, el trabajo hecho y los cuatro jóvenes estaban metidos en la camioneta con dirección a Chichén Itzá. Diego estaba enojado con todos, su discreto viaje entre hermanos se había vuelto un circo y ni siquiera estaban a mitad de camino. Farid estaba enojado con su hermano por burlarse de Dara y Carlos al enterarse que necesitaban trabajar tan temprano en un sábado tormentoso. Dara estaba frustrada porque, aunque estaba emocionada con el viaje, a veces creía que dependía demasiado de su amigo en lo económico para lograr algunas cosas y temía que él pensara que abusaba de su amistad o peor, que la viera como una obra de caridad. Carlos tenía una sonrisa socarrona al notar la incomodidad de todos en la camioneta, si bien no eran la mejor compañía para una excursión como esta, aún tenía que arreglar cuentas con Farid y qué mejor en un viaje sin la supervisión de adultos que podían

detenerlos. Sacó su encendedor y un cigarrillo para fumar y calentarse.

-¡No fumes aquí adentro!- sus tres acompañantes dijeron al unísono. Él rodó los ojos exageradamente y guardó ambas cosas exigiendo que por lo menos Dara le compartiera un poco más de la cobija que la cubría.

Todos tomaron el volante en algún momento del viaje para que los demás descansaran. Se detuvieron solo para desayunar y las visitas al baño pese a la tormenta que no paraba de seguirlos. Carlos había mencionado que en las noticias mencionaron que el día estaría despejado, Diego se quejó de la incompetencia de los reporteros del clima al ver los rayos iluminar el cielo nublado. La cabina de la camioneta estaba en silencio porque nunca pudieron ponerse de acuerdo con la música y prefirieron escuchar la tormenta antes de seguir discutiendo. Dara estaba al volante cuando ya era de noche y la lluvia se cerró tanto que con trabajo lograba ver las pequeñas y rojas luces traseras del auto frente a ella. La lentitud para avanzar era un reto para la poca paciencia que todos tenían en ese momento, debieron llegar hace horas, estaban hambrientos y fríos porque la calefacción había fallado después de casi ocho horas de permanecer encendida sin descanso.

-Así que, después de robar la tarjeta de crédito...

-La tomé prestada, Carlos- Farid respondió con los ojos cerrados acurrucado entre una de las cobijas.

-Seguro. Entonces, después de robarla, ¿decidiste rentar el peor de los autos disponibles?

-Puedes bajarte si quieres-respondió Dara mirándolo por el espejo retrovisor-. Nadie te obliga a permanecer aquí.

-Ve a ladrar a otro lado, Santos.

-Cierra el maldito pico. No quiero que mi hermano me salpique con tu sangre por andar diciendo verdades.

-Por todos los infiernos...

-¡Cállense!- gritó Dara- Miren allá.

Los otros tres pares de ojos miraron en la dirección indicada y vieron a un hombre parado en medio de la carretera alumbrado por las luces de la camioneta y los observaba fijamente. En cada una de sus manos tenía un machete desenvainado listo para atacar. Dio pasos firmes hacia ellos sin cambiar su expresión y de un solo golpe rompió la ventana del lado del conductor. Dara se giró pero él había alcanzado a herirla en el rostro, ella aceleró sin importar si la lluvia era densa, la carretera mojada o había

otros autos alrededor. El atacante se aferró a la puerta soltando uno de los machetes pero aun golpeando el parabrisas con el otro. Carlos que estaba detrás de Dara bajó la ventana de su lado y dio golpes a la cabeza del agresor que reaccionó sacando una navaja para atacarlo con ella olvidando a la chica. La mitad de su cuerpo ya estaba dentro de la camioneta y casi encima de Carlos, Diego pateó al hombre para intentar alejarlo y sacarlo por la ventana, Farid sostenía el volante ya que Dara había quedado un poco herida por los vidrios rotos y no podía ver bien, pero no había dejado de acelerar. El más joven de los gemelos viró para dirigirse a un camino entre árboles esperando golpear con alguno el cuerpo del hombre.

Carlos dio un golpe directo a la mandíbula del atacante logrando desestabilizarlo lo suficiente como para arrojarlo por la ventana. Con la adrenalina dominando sus pensamientos ordenó a Dara cambiar de lugar con él mientras los gemelos veían qué tan grave era el daño en ella. Él frenó la camioneta y viró de tal manera que dio un giro de ciento ochenta grados, las luces de los faros alumbraron al hombre que, aunque herido, ya estaba de pie levantando su machete con un grito de guerra. Carlos aceleró pese a los gritos de sus acompañantes dispuesto a todo con tal de salvar sus vidas. Un rayo golpeó al hombre directamente matándolo al instante. Carlos frenó, los demás guardaron silencio batallando en sus mentes si debían bajar o no, al final el muchacho decidió arrancar e intentar integrarse de nueva cuenta a la carretera.

-Deberíamos regresar- dijo Dara después de un prolongado silencio aún se limpiaba la sangre en su rostro.

-¿No te bastó con que él casi te matara?- Carlos la miró-. Él nos atacó y su muerte fue de causas naturales si nos ponemos técnicos.

-No, bueno sí. Lo que quise decir es que deberíamos regresar a la ciudad. Es obvio que este viaje ha sido un error.

-Necesitamos llegar a Chichén Itzá, Santos- Diego la miró con ojos suplicantes, Dara jamás lo había visto así-. Mi hermano y yo necesitamos ir allá.

-¿Qué hay ahí que es tan importante?- cuestionó ella. Los gemelos se miraron, se encogieron de hombros y guardaron silencio. Carlos y Dara entendieron que no responderían nada más. Ella buscó alguna camisa en la maleta de Farid puesto que la ropa que tenía estaba manchada de sangre y vidrio. Se miró en el espejo, las heridas que tenía no eran profundas y logró limpiarlas con algodón y alcohol-. Detente para que puedan bajarse- los tres hombres la miraron con el ceño fruncido, no querían mojarse más-. No me interesa cambiarme frente a ustedes, trío

de genios.

Después de que ella pudo cambiarse la ropa con éxito siguieron su camino. Llegaron cerca de media noche a un hotel sobre la carretera Mérida. Pidieron dos habitaciones, una doble para los chicos y una sencilla para ella. Todos se durmieron casi de inmediato pues habían estado agotados por todo lo que había pasado durante el día. La lluvia los arrulló en sus sueños intranquilos, invadidos por emblemas, tormentas y el cuerpo inerte de un hombre.

Despertaron cerca de las diez de la mañana, Dara ya los esperaba en el desayuno leyendo un libro que el gerente le había prestado al notarla aburrida y sin levantar la vista los saludó. Los tres hombres aprovecharon el bufete y comieron de todo dispuestos recobrar fuerzas. Para el medio día estaban listos para partir a las grutas después de una discusión sobre quién pagaría qué; Dara quiso pagar lo suyo, Carlos no quería poner ni un centavo.

-Solo digo que si ustedes nos invitaron deben pagarlo todo- Dara pudo escuchar a Carlos argumetar.

-No recuerdo haberlos invitado, cuando me di cuenta ya estaban metidos en la camioneta-respondió Diego quejándose.

Farid manejó en silencio a las grutas mientras los demás discutían. Honestamente él no tenía ningún problema con pagar con todo, así como tampoco le molestaba que Dara quisiera pagar lo suyo, aunque tardara en hacerlo. No entendía por qué estaban discutiendo si para él la solución era muy sencilla. Llegaron rápidamente a su destino pues el hotel no quedaba lejos y bajó de inmediato harto de la ridícula discusión.

Se acercaron a la entrada, pagaron sus boletos y siguieron el camino indicado. No había mucha gente ese día así que se encontraron con pocas personas mientras entraban. El camino explorado de las grutas constaba de un kilómetro más o menos, así que los cuatro siguieron el sendero observando todo a su alrededor. Cuando llegaron al lago Dara siguió avanzando, pero Diego y Farid observaron los emblemas tallados en uno de los costados. El agua del lago estaba cristalina pues no había movimiento para enturbiarla, parecía un espejo que, si se acercaban mucho, los podría reflejar. Había en el techo una abertura que permitía la entrada de la luz del sol que poco a poco comenzó a alumbrar el lago justo en medio, el agua se tornó en un brillante color naranja que contrastaba con la oscuridad de las paredes.

-En un momento, cuando la muerte y la vida estén juntas el candado desaparecerá- Dara mencionó detrás de los gemelos-. A esto se refería.

-¿Dónde leíste eso?- cuestionó Farid sabiendo que era parte del Códice de los elementos.

-Sobre eso, no sé si leer es la mejor descripción-Dara señaló la estalactita donde estaba tallado el código. Carlos lo miraba como si hubiera visto un fantasma y ellos se acercaron para observar mejor-. Estoy segura que jamás había escuchado sobre este Códice, pero puedo entender perfectamente lo que dice.

-Cuatro seres ciegos cuidan la entrada, solo las personas que les otorguen la vista podrán cruzar- Carlos leyó la segunda parte del código-. No es posible que pueda leer esto. No debería...-Carlos se tomó la cabeza entre las manos-. Los emblemas del lago... los he visto antes.

Al decir esto los tres pares de ojos le miraron asombrados. Los gemelos se miraron entre sí y luego a Dara, por su expresión entendieron que para ella tampoco era nada nuevo. Los emblemas los habían perseguido a los cuatro. Se acercaron a la orilla del lago y miraron su reflejo sobre el agua cristalina, los emblemas habían desaparecido dejando en su lugar cuatro serpientes de piedra que se devoraban entre sí. Carlos se acercó más, Diego se encontraba justo atrás de él y Farid no tardó en hacer lo mismo, Dara era la única que no se acercó. Ella sentía un escalofrío en todo su cuerpo, su corazón latía tan rápido que creía iba a explotar.

-¡Vámonos!- ella gritó asustada, pero ninguno le hizo caso. Carlos estiró la mano para tocar el lago- ¡No!- Los ojos de las serpientes se abrieron y el sonido de una campana se escuchó retumbando en toda la gruta.

El fondo del lago había desaparecido dejando ver una isla gigantesca desde las alturas. Carlos intentó alejarse, pero su mano lentamente atravesó la superficie del agua y ya no pudo sacarla; Farid reaccionó y lo tomó el brazo jalándolo pero no podía hacer nada, él también empezaba a ser tragado por el agua. Diego y Dara reaccionaron al mismo tiempo y tomaron a Farid, sin embargo, la fuerza que los jaló era inmensamente poderosa. Los cuatro fueron absorbidos en cuestión de segundos dejando las grutas vacías.

Cuando por fin pudieron abrir los ojos notaron que caían en picada sobre una enorme isla. La isla era muy grande, cubierta de espesa selva, volcanes, un lago congelado, pirámides, una torre y una gran montaña. Dara intentó tomar la mano de Farid sin conseguirlo. Cada metro que caían se separaban más, incluso Carlos intentó aferrarse a alguno de ellos infructuosamente. La caída los mataría, estaban seguros de eso, no había manera que sobrevivieran. Después, hubo un prolongado silencio en toda la isla. Farid cayó cerca de la montaña, su cuerpo quedó inerte sobre las piedras de un despeñadero; Diego impactó al oeste de la isla, las gruesas raíces de los árboles enredaron su cuerpo; Dara aterrizó en un campo

abierto al sur, las flores violáceas enmarcaron su sereno rostro y Carlos golpeó la superficie del lago congelado rompiéndolo en cientos de bloques coronándolo de pureza.

Antonio tiró la taza de café que estaba bebiendo, vio a Claudia a los ojos que estaba seguro reflejaban el mismo miedo que los de él. El sonido de la gente en la cafetería y de su teléfono celular se perdió en sus pensamientos, cerró los ojos intentando despertar. Finalmente ella contestó. No era necesario preguntar quién estaba al otro lado de la línea, podía adivinar el interrogatorio y Claudia no tenía todas las respuestas. Posteriormente tomó el teléfono para responder.

-También lo sentí, Eva. Ellos desaparecieron.

-Creí que él se encargaría- Eva dijo desesperada-. Creí que él los detendría.

-Ese era el plan. Yo...no sé, no entiendo por qué se los permitió- suspiró tocando su frente- Hablaré con él de inmediato exigiendo una explicación.

-No es necesario que me busques.

Antonio y Claudia miraron a su nuevo acompañante. Él pidió un café y una dona de chocolate mientras Antonio terminaba la llamada. Parecía despreocupado marcando un definido contraste entre las emociones de él y de los profesores, Antonio dio su palabra de que tendrían respuestas y la promesa de que pronto iría a verla para saber cuál sería su siguiente movimiento antes de colgar el teléfono.

-¡Tu trabajo era detenerlos!- susurró enfurecido Antonio al momento de terminar la llamada.

-Mi trabajo era mantenerlos a salvo- retó el aludido-. Algo muy difícil, por cierto, siempre terminan discutiendo entre ellos.

-Intentaste detenerlos- Claudia dijo diplomáticamente-. La tormenta de ayer casi debió contenerlos.

-La tormenta de ayer no fue para evitar que viajaran- explicó mientras bebía su café-, fue un reflejo de mis emociones. Mi temor por lo que vendría- los miró con empatía-. Sin embargo, ellos merecen saber la verdad, es por el bien de todos.

-¿El bien de quién? Se harán daño mutuamente- Claudia se abrazaba a sí

misma como para protegerse-.

-Balam los quería en ese lugar.

-Él no está aquí, Canek- escupió Antonio.

-¿Y de quién es la culpa?- contraatacó terminando su dona. Se limpió los labios, dejó unos billetes sobre la mesa y se levantó-. Sé que no soy tan importante como ellos- dijo mirando directamente a Antonio-, pero nuestra única esperanza es que permanezcan allá y cumplan con su destino- se inclinó levemente a manera de despedida-. Que tengan un buen día, Claudia, padre.

Capítulo 4

CAPÍTULO IV

PELEANDO CONTRA LA PROFECÍA

-Me rehúso a dejarlos a su suerte en aquel lugar. Son hermanos, pero no los creo capaces de quererse como tales- la congoja en la voz de Claudia era muy evidente mientras se paseaba en la sala de la casa de Eva.

-¿Por qué Canek los dejó partir?- cuestionó Isaac- Creí que él los cuidaría. Ese era su trabajo

-Dice que Balam quería que ellos fueran allá- Antonio respondió mientras veía fotos de las Grutas de Balankanché-. Él debió decirle algo que a nosotros no.

-Por Dios, Antonio, Canek tenía tres años cuando Balam murió- Eva contradijo-. Ni siquiera mis hijos recuerdan a su padre.

-Te sorprendería lo que él es capaz de recordar, Eva- Antonio suspiró sujetando el puente de su nariz entre sus dedos en un reflejo de cansancio-. Lo he entrenado desde pequeño en cualquier tipo de pelea, pero fue Balam quien lo instruyó en su misión. Tu esposo es el único que le dijo a Canek qué hacer y cuándo.

-Estamos ciegos, Eva, iciegos! ¡Dependemos de un adolescente que no nos dirá absolutamente nada!- Isaac arrojó las fotografías con violencia-. Peor aún, ellos están metidos en ese mundo y no tienen forma de regresar y las familias de Carlos y Dara levantaron una denuncia de personas desaparecidas, la policía está haciendo preguntas y no tenemos ninguna respuesta creíble que darles- la voz de Isaac se oyó llena de impotencia y frustración.

-Levanten una denuncia también de personas desaparecidas- Claudia ordenó y miró a Eva-. Ya están en ese mundo, no podemos hacer nada aquí excepto apoyar a los padres de Dara y Carlos aunque sea mintiéndoles-. Antonio resopló y ella lo miró severamente-. Esto lo decidiste hace diecisiete años, Antonio.

-Lo decidió Balam, Claudia.

-Y tú obedeciste- Eva sentenció-. Antonio, solo confié en ti para cuidarlos. Tú y Canek son los únicos que pueden ir con ellos- Eva tomó las manos del hombre y le miró suplicante-. Balam lo sabía y por eso te pidió a ti, su mano derecha, este sacrificio.

Antonio dio un apretón de manos a Eva con afecto y comprensión. Ella tenía razón, Balam se lo pidió y su deber era seguir adelante. Si Canek tenía información que ellos no, debió ser por una razón, lo que quedaba era seguir adelante. Tendría que esperar lo suficiente hasta que ellos obtuvieran los emblemas, hasta ese momento la protección del otro mundo se debilitaría lo suficiente como para poder viajar allá. Mientras tanto Claudia tenía razón, debían fingir ante el mundo que no tenían idea dónde estaban los gemelos.

El cuerpo de Diego comenzó a moverse, poco a poco despertó y notó en donde se encontraba. Con algo de trabajo se pudo desenredar de las raíces y levantar su dolorido cuerpo. Estaba seguro que debía estar muerto tras esa caída, pero el terrible dolor de cabeza hizo que lo descartara, había burlado a la muerte sin saber cómo; miró a su alrededor, y vio un estanque, se acercó a él para mojarse la cara y despertar por completo.

-¡Farid!, ¡Farid! ¿Dónde estás?- gritó-. ¡Santos! ¡Carlos!

Caminó entre la espesa selva sin dirección mientras gritaba los nombres de su hermano y compañeros, no importó la dirección que tomaba, parecía interminable. Encontró un árbol cuya copa sobresalía, logró escalarlo para observar donde se encontraba y mejor aún a dónde se dirigía. Miró a su alrededor y notó no muy lejos la cima de una pirámide. Bajó del árbol y se dirigió allá, con algo de suerte los demás la verían y pensarían lo mismo que él. Caminó lo que pareció ser unas tres horas pues la espesura de la selva le impedía avanzar a buen ritmo. Al atravesar una espesa hiedra se encontró con un campo abierto lleno de casas hechas con adobe y niños jugando con algo parecido a una pelota, personas a lo lejos labrando la tierra, algunos otros cuidaban venados y pavos, seguramente para su propio consumo. Su vestimenta era rudimentaria adornada con plumas y pieles. Observó la pirámide que había podido ver a lo lejos, de cerca se veía gigantesca comparada con la de Kukulkan, con serpientes y jaguares tallados a los costados y un pebetero en la cúspide que ardía.

A un lado de esta gran estructura se encontraban algunos templos menores, había un lugar donde se alojaban los guerreros, otro era reservado para los sacerdotes, incluso tenían un mercado. Hubo lugares que se notaba eran exclusivamente para las bestias del campo o la reserva de semillas y alimento. Se trataba de toda una población trabajando en armonía. La primera impresión que tuvo Diego al mirar todo eso era que tanto hombres como mujeres ayudaban en los quehaceres del

hogar, en la agricultura y el cuidado de los animales. También notó que hombres y mujeres entrenaban en la pelea cuerpo a cuerpo sin objeciones. Se escondió entre las casas para poder observar todo el panorama y se percató que podía entender todo lo que decían aunque no hablaban en español.

Llamó su atención la figura de una mujer que se encontraba en la cima de la pirámide, era una mujer morena, con larga cabellera negra, su cara delineada por una mandíbula fuerte y unos hermosos pero severos ojos negros. Tenía un vestido corto, parecía hecho de piel de ciervo blanco, era una piel hermosa y brillante, tenía un brazalete en el brazo izquierdo y otro en la muñeca derecha, aparentemente de oro y ónice, y lo que más llamaba la atención era el manto que cubría su espalda, era de un color rojo quemado, y Diego estaba seguro, que ella realmente sabía lucirla muy bien. Él también pudo notar un collar con una joya de una piedra que no pudo identificar. Por lo que él veía ella tenía un nivel social alto pues su vestimenta y su porte eran distintos a los demás individuos. Observó lo más discretamente que pudo, pero no fue suficiente cuando sintió que era derribado por lo que sospechó eran unos guardias que lo arrastraron ante aquella mujer y lo obligaron a arrodillarse en medio de una congregación de personas. Ella bajó las escaleras con pasos elegantes y firmes deteniéndose solo cuando estuvo directamente frente a Diego.

-Levántate- él obedeció sabiendo que no tenía más opción-. ¿Quién eres?

-Soy Diego Kobak- y maldijo internamente al notar su voz temblar - ¿Dónde estoy?

-Yo hago las preguntas- ella habló con calma, aunque firmemente-. ¿De dónde vienes?

-De...de Chichén Itzá- al responder se oyeron los murmullos y expresiones de asombro por parte de la gente-. Oye, en serio, ¿dónde estoy?- cuándo dijo esto fue golpeado por uno de los guardias en el estómago haciéndolo caer.

-Te dije que yo hago las preguntas- volvió a decir ella esta vez su voz un poco más elevada.

-Ixchel- la voz de un hombre maduro se escuchó desde lo alto de la pirámide-, sube y trae contigo al muchacho.

-Padre, puede ser una trampa de nuestros enemigos- replicó ella. Él le dio una mirada significativa que no dejaba lugar a las réplicas.

Ella de mala gana ordenó que soltaran a Diego y tomándolo bruscamente del brazo lo guio a la cima. Él tuvo el acierto de guardar silencio hasta que le permitieran explicarse pues sabía que estaba en

plena desventaja; además la chica que tenía al lado no era precisamente para tranquilizarse, ya que, aparentemente, él era una amenaza para ella y su pueblo. Caminaron hasta llegar a lo más parecido a un trono hecho de oro y adornado con jaspe, lapislázuli y plumas de quetzal, en él se encontraba sentado el padre de la chica. Su cabellera plateada caía suavemente sobre sus hombros, no tenía barba y parecía escudriñar con sus ojos cafés los pensamientos de quien estuviera frente a él. El vestía una gran túnica de pieles, en la cabeza se posaba algo parecido a una corona delgada hecha de ónice con incrustaciones de oro y plata, en su mano derecha tenía un gran báculo de madera adornado con plumas de quetzal y caracolas. Ixchel arrastró a Diego hasta aquel hombre y lo obligó a arrodillarse presentándolo como un criminal.

A pesar de que a él no le parecía cómo estaba siendo tratado debía obedecer todo lo que le pidieran, solo así podía pedirles ayuda para encontrar a su hermano, así que permaneció en silencio permitiendo ser escudriñado. Aquel hombre bajó de su trono, miró a Diego detenidamente, lo rodeó como intentando buscar algo malo en él, lo tomó de la barbilla para observar mejor su rostro.

-Escuché que tu nombre es Diego- comentó el hombre tranquilamente mientras regresaba a su trono.

-Sí, así es- respondió el joven mirándolo a los ojos-. Es un gusto, supongo.

-Yo soy el Anom, el Gran Maestro. Dime, Diego, ¿de dónde vienes?

-De Chichén Itzá- Anom de inmediato miró a su hija asombrado-. No venimos a hacer ningún daño si eso es lo que les preocupa.

-¿Son varios?

-Sí, mi hermano y otros dos compañeros.

-No seas mentiroso- interrumpió Ixchel-. No vimos a otras personas contigo.

-Nos separamos- Diego intentó explicarse-. Entramos a un lago en las Grutas de Balankanché y caímos sobre la isla. Sé que es una locura, pero eso pasó. Durante la caída nos separamos, cada uno descendió en un lugar diferente. Vine aquí al ver la pirámide esperando que ellos al verla piensen lo mismo que yo.

Anom lo miró sin emitir ningún sonido, Diego podía ver los engranajes trabajando en su cabeza determinando si debía creerle o no. Ixchel le miraba de forma analizadora y él le devolvió la mirada clavando sus ojos en sus pupilas. Un reto declarado. Un guardia llegó y le susurró algo a

Anom que nunca dejó de mirar a Diego.

-Ixchel lleva a Diego a nuestro hogar- ordenó y ella estuvo a punto de replicar-. Estoy seguro que te comportarás honradamente con mi invitado- Ixchel asintió a su padre, se inclinó reverentemente y tomó a Diego para llevarlo con ella.

Ella lo liberó en cuanto bajaron de la pirámide y en una orden silenciosa le indicó el camino a su hogar. Ahora que podía caminar libremente se permitió observar mejor a su alrededor. Sin duda estaba en una pequeña ciudad muy bien constituida, cada grupo haciendo su trabajo para el crecimiento colectivo. Notó por primera vez lo que él pudo determinar era una escuela llena de niños de unos diez años y pudo apreciar mejor la interacción en el mercado.

Ixchel ingresó a una gran casa cubierta con adornos de conchas, Diego la siguió de cerca observando cada detalle. Los postes que sostenían el lugar estaban hechos de madera tallados con historias familiares de las batallas anteriores. Nombre tras nombre relataba el legado y el derecho a gobernar, él pudo notar que hacía falta uno ya que la base estaba vacía. El piso estaba cubierto por brillante piedra caliza, las paredes tenían colgados algunos tapices de hermosos colores que detallaban los movimientos de las estrellas y el calendario de la luna. Diego apreció una mesa grande y larga no más alta que medio metro. No vio sillas y cuando Ixchel le indicó sentarse él entendió que no eran necesarios asientos en ese lugar. Se sentó en el suelo flexionando sus piernas y apoyó sus codos sobre la mesa. Había más habitaciones en la parte de atrás, pero ella nunca mencionó que mostraría más de la casa. Ella ordenó a un sirviente que trajeran fruta y bebida para Diego, al mismo tiempo otro encendió lo que para Diego era lo más cercano a una chimenea. Fue hasta ese momento que se dio cuenta que comenzaba a anochecer y el frío se estaba haciendo presente.

Diego comió mango y sandía mientras medía sus opciones. No sabía si debía quedarse más tiempo o ir en busca de su hermano y sus compañeros, aunque cada vez se hacía más obvio que ellos no llegarían a ese lugar.

-¿Cuál es el nombre de este lugar?

-La ciudad se llama Ahavil Sasil, el nombre de este mundo es Wayak'.

Diego frunció el ceño, era obvio que ya no se encontraba en Chichén Itzá, ni siquiera en su mundo, pero no podía explicar por qué razón no se sentía extraño estar en ese lugar. Había algo familiar en su aroma, sus sonidos, las sensaciones que le provocaban. Permanecieron en silencio después de eso, Diego jugaba con la copa donde le habían servido agua, estaba preocupado por su hermano. Podía estar todavía desmayado en la

selva, si es que él también sobrevivió a la caída. Se tensó de inmediato, Ixchel lo notó y se mantuvo en alerta, Diego ni siquiera estaba seguro de que su hermano estuviera vivo o muerto, algo dentro de él sentía que su hermano estaba bien, sin embargo, necesitaba una confirmación. Miró a la salida con insistente mirada dispuesto a correr y escapar, ella jamás dejó de enfocarse en él presintiendo sus intenciones. Él la miró y ella supo que la había retado a vencerlo.

-Me disculpo por dejarte solo durante tanto tiempo, Diego- Anom dijo en forma de saludo mientras entraba a la casa y era despojado de sus pesadas pieles, corona y báculo por sus sirvientes que dejaron todo en otra habitación. Anom se sentó a la mesa ajeno a la tensión del momento anterior, de inmediato le sirvieron un banquete; su hija finalmente se sentó a su lado, aunque nunca bajó la guardia. Si Anom se percató de la tensión jamás lo mencionó-. Todos hablan de tus amigos y hermano. Los vieron caer, duro, por cierto.

-¿Están bien?- Diego de inmediato cuestionó.- Mi hermano, ¿está bien? ¿Dónde está?

-¿Tu hermano es idéntico a ti, Diego?- el aludido asintió puesto que no había mencionado eso, Ixchel tomó la mano de su padre con temor-. Dices que vienen de Chichén Itzá- él volvió a asentir, aunque no comprendió la relevancia de esto.

-Es la profecía- Ixchel no se atrevió a levantar la mirada- La destrucción alcanzado nuestro mundo, el que alguna vez fue uno se destruirá así mismo, proclamando la vida de sus enemigos y ganando como trofeo el mayor título de nuestro pueblo- relató en un susurro audible. Sus hombros caídos, sus ojos tristes.

-El que alguna vez fue uno se destruirá así mismo- Diego repitió comprendiendo de inmediato su alusión-. No es posible- se levantó de un salto dispuesto a buscar a su hermano, no obstante, descuidó a Ixchel que de un solo golpe lo dejó inconsciente sobre el piso. Anom ordenó que lo llevaran a una habitación vacía hasta determinar lo que harían.

En la profundidad de la selva la noche cubría un pequeño pueblo, parecía viejo y abandonado, no obstante, en la oscuridad de sus calles los murmullos de sus habitantes lo volvían un lugar vivo. La gente que habitaba ese lugar tomaba sobrevivir cada día como una victoria. La muerte rondaba en cada esquina. Un hombre alto, de piel negra con larga cabellera alborotada caminó entre laberintos y túneles que eran las calles hasta llegar a una pequeña cámara en donde se encontraba el cuerpo de un joven. El hombre se acercó y con un jarrón arrojó agua en la cara del chico, él se despertó desubicado y con miedo, miró a su alrededor, la cámara era fría y lúgubre, solo una antorcha en la pared alumbraba toda la habitación, sintió un escalofrío que atravesó todo su cuerpo por el frío

que sintió.

-¿Quién eres?- preguntó Farid algo aturdido.

-Mi nombre es Tizoc- contestó-. Te vimos en la selva desmayado y te trajimos aquí.

-Gracias. Soy Farid, por cierto. ¿Dónde estoy?, ¿dónde está mi hermano?- intentaba levantarse sin éxito.

-¿Hermano, tienes un hermano?- inquirió acercando la luz de la antorcha para ver mejor su rostro.

-Sí, somos gemelos. Pero esa pregunta me hace entender que no lo han visto- se logró levantar con la ayuda de Tizoc-. Tengo otros dos amigos perdidos en la selva. Te lo ruego, ayúdame a encontrarlos.

-Tranquilo, buscaremos a tú hermano y a esos dos. Debes estar consiente que es probable que los tenga el pueblo de Ahavil Sasil. Ahí viven nuestros enemigos, personas que nos han obligado a vivir aquí, en donde la comida es escasa y casi toda el agua se encuentra envenenada - el hombre se había sentado a su lado y limpiaba el rostro mojado del chico-. Nos mandaron al exilio a morir.

-¿Por qué?- Farid preguntó curioso.

-Pensamos diferente a ellos- sonrió sin ganas-. Supongo que no hay espacio en su perfecto reino para almas libres- Tizoc buscaba ganar la confianza de ese chico que venía de un mundo lejano, tomó un vaso con agua y pan y se los entregó. Farid los agarró y comenzó a comer rápidamente, tenía mucha hambre porque había permanecido durante horas desmayado. Cuando sació su hambre Tizoc le suplicó que se recostara y descansara un poco más, después se encargarían de su hermano. Farid no tuvo otra opción que aceptar pues aún se encontraba cansado, así que se acomodó en el frío suelo e intentó dormir, Tizoc lo cubrió con su propio manto, tomó la antorcha y se marchó silenciosamente del lugar. Su sonrisa no podía ser borrada.

Farid en medio de la oscuridad meditó, no sabía dónde se encontraba, pero intuyó que tenía que ser así. Se sintió bien estar en ese lugar, había algo íntimo en su atmósfera. Las sombras le ayudaron a descansar, pero en algún momento se hartó de ellas; se levantó e intentó encontrar algún tipo de lámpara para ver sin éxito alguno. Fue tanto su deseo de querer alumbrar el lugar que de sus manos unas llamas de fuego emergieron. Farid se quedó atónito y su primera reacción fue intentar apagarlas agitando sus manos lo que provocó que quemara lo poco que había alrededor. Finalmente pudo extinguir el fuego en sus manos, pero, aunque no lograba ver nada, se dio cuenta que sus manos no ardían ni estaban

heridas. Se concentró en formar una pequeña llama en su mano izquierda para alumbrar a su alrededor. Se dio cuenta que lo que pasó aquel día en la oficina de su tío no había sido coincidencia, verdaderamente podía crear y dominar el fuego.

Practicó en la soledad de la habitación y, poco a poco, era más fácil para él crear fuego y dominarlo; hizo una estrella, un círculo y el emblema, igual como lo había visto aquel día en su jardín. Se sintió poderoso, grande, nunca se había sentido de esa manera. Salió de la cámara y siguió los pasajes hasta que salió a una explanada. Algunas de las personas que se encontraban ahí lo miraron curiosos, todos habían escuchado sobre él. Farid se acercó a una persona para preguntarle dónde podía encontrar a Tizoc, le indicó una maltrecha casa no muy lejos. Miró con detenimiento aquella estructura, había una puerta grande hecha de madera podrida, ventanas pequeñas, las paredes estaban dañadas y con grietas. Tocó la puerta, esperó un minuto y volvió a tocar, esta vez con mayor intensidad, alguien abrió la puerta, Farid no pudo ver su rostro ya que tenía una capucha negra.

-Quiero ver a Tizoc- dijo firmemente-. Soy Farid.

El hombre se hizo a un lado para dejarlo pasar, cuando Farid se encontró dentro se dio cuenta que no veía nada a excepción de las antorchas que guiaban el camino, el hombre le pidió que lo siguiera, él obedeció aunque con algo de temor. No sabía que tan grande era aquel lugar, sin embargo sintió que había caminado mucho, aunque solo hubieran sido unos pocos minutos. Finalmente notó una puerta al final del pasillo, el hombre que lo guiaba se detuvo y con un movimiento en la mano indicó que él debía seguir. Farid asintió, dio algunos pasos hacia delante y cuando miró atrás para darle las gracias, ya no se encontraba nadie, el hombre había desaparecido.

Siguió avanzando hasta que se encontró cara a cara con otra una puerta vieja de metal. Tocó tres veces y nadie respondió. Decidió entrar y observar lo que le esperaba adentro, en medio de la sala había dos pebeteros que alumbraban una enorme silla de madera elegantemente tallada, su hermosura contrastaba con lo deteriorado del lugar; en la parte de atrás había un emblema, por la investigación que había leído de Jonathan Torres supo que se trataba del emblema de la oscuridad. Miró a su alrededor y las sombras no le permitían ver si había alguien más en la sala. De un movimiento incrementó el fuego en los pebeteros alumbrando toda la habitación. Tizoc lo miraba desde una esquina sonriendo.

-Veo que ya dominas bien tu don- Tizoc se acercó sentándose en el trono.

-No pareces asombrado. ¿Es normal hacer esto en este mundo?

-¿Normal? Podría decirse. Pero solo existe un Hijo del fuego y ese eres tú. Nadie más puede hacer lo que tú haces. Por eso necesitamos necesitamos tu ayuda, muchacho. Queremos vencer al pueblo que nos ha oprimido.

-¿Quieres que te ayude por lo que puedo hacer?- Farid lo miró preocupado- No lo tomes a mal, pero no sé si sea prudente involucrarme en asuntos de tu mundo.

-Desde tiempos inmemorables sabíamos de tu llegada, una profecía se había dicho, sin embargo, hace poco las estrellas lo confirmaron- Tizoc tomó sus hombros con fuerza-. Tu destino está aquí.

-Yo...- Farid pensó en la familiaridad que sentía al estar en este mundo, sin embargo el recuerdo de su madre y su tío vino a su memoria-. Lo siento, tengo que ir a mi hogar.

-Entiendo- Tizoc suspiró tristeza-. Necesitarás algo de provisiones para tu viaje- sobre una pequeña mesa había una bolsa que le entregó a Farid-. Me disculpo que no sea mucho, aquí no hay suficiente comida.

Farid abrió la bolsa y revisó su interior, había pan duro, manzanas cafés, plátanos y mangos negros, envuelto en unas hojas carne casi podrida y un recipiente con agua ligeramente verdosa. El joven miró angustiado esos alimentos, no solo tenían poca comida, la que tenían era prácticamente desperdicio; lo que más afectó a Farid fue que ellos, teniendo poco, habían decidido compartir con él.

-Te ayudaré a librarte de tus opresores. Haré lo que pueda.

-¡Gracias, Hijo del fuego! Ya verás que los pueblos hablarán de esto por generaciones.

Farid asintió y le dio la mano a Tizoc, este a su vez sonrió satisfactoriamente, había logrado su cometido. Mientras Farid estuviera de su lado podría comprar tiempo suficiente antes de que la profecía se cumpliera. Necesitaba poner en orden a su ejército pronto. La guerra en Wayak' era inminente y él tenía asientos en primera fila para verlo.

-Y dime, ¿qué decía la profecía?- preguntó Farid recordando la conversación anterior.

-Eso, mi amigo, es ya irrelevante.

Diego despertó bruscamente, el sueño de la pirámide lo atormentada nuevamente. Miró a su alrededor, se encontraba en una linda habitación acostado en una cómoda cama cubierta con una bella tela parecida a la

seda, al lado de la cama había una mesita en donde una jarra con agua y una copa reposaban; notó muchos espejos en la habitación, eran unos siete, de diversos tamaños, brillantes, hipnóticos. Las ventanas abiertas permitieron que la luz de la luna alumbrara el lugar.

Observó toda la habitación, los detalles que había en ella le encantaron, en las paredes se habían tallado flores, buganvillas, begonias y dalias. Le pareció encantador aquel jardín eternizado, parecía que de un momento a otro el viento soplaría haciendo que sus hojas y pétalos se movieran. Todavía se sentía algo extraño, aquel golpe que recibió en la cabeza lo dejó bastante aturdido, sin embargo creía que era lo mejor ya que no se hubiera comportado de una forma muy prudente. Necesitaba primero saber exactamente en dónde estaba su hermano y escapar de ahí. Un sonido lo sacó de sus pensamientos, alguien se aproximaba, sus pisadas eran firmes pero ligeras, se levantó y esperó enfrente de la puerta para saber quién era. Cuando la puerta se abrió, la silueta de Ixchel apareció. Ella entró y fue directamente a la mesa, colocó ahí un plato que llevaba, en él, había una gran variedad de fruta y carne.

-Come, no sé lo que te guste, pero espero que esto esté bien- dijo sonriendo-. Escucha, con respecto a cómo es que te traté... lamento el golpe, ¿de acuerdo?

-Está bien, sin embargo tengo muchas preguntas, sobre mí y mi hermano.

-Primero come. Me quedaré aquí para platicar y responder todo lo que quieras- ella se sentó frente a él esperando calladamente.

Diego comió despacio, pero acabó con todo. Se sentía muy satisfecho, no obstante todavía no podía descansar, tenía que encontrar a su hermano y una salida para ir a su mundo. Ixchel esperaba sentada a que su visitante terminara para al fin empezar una conversación que cambiaría todo lo que Diego creía saber acerca de su vida y del mundo. Él se levantó y con el agua que había en el recipiente sobre la mesa se lavó la cara, volvió a sentarse frente a su acompañante y respirando profundamente la miró a los ojos para empezar.

-¿Quiénes son?- fue la primera pregunta que hizo, no titubeó, estaba dispuesto a saber todo.

-Descendientes de los mayas de tú mundo- fue la respuesta.

-Por eso el nombre de Chichén Itzá les llamó la atención- ella asintió en respuesta- ¿Cómo es que están aquí?

-Hace ya muchas lunas que nuestros ancestros vinieron a este mundo

para escapar de la amenaza que se aproximaba.

-¿Qué significa su profecía?

-Que algún día un hombre del mundo que abandonamos llegaría y tendría el poder de acabar con nosotros, de destruir nuestro pequeño mundo. Al principio creímos que su poder sería tan grande que terminaría por destruirse, sin embargo ahora entendemos que puede hablar de ti y tu hermano.

-Quieres decir, ¿qué mi hermano y yo estamos destinados a pelear entre nosotros?

-Sí, lo siento- Diego apreció el que ella pareciera avergonzada-. Dime, ¿qué elemento gobiernas?- la pregunta de Ixchel lo impresionó. Ella aludió a lo que él había intentado ignorar. Aquella conversación con el agua vino a su mente, ciertamente no podía aun definir si lo había soñado o no, no obstante, su sueños hace tiempo habían dejado de pertenecerle.

-Agua -Diego se echó para atrás, miró hacia abajo-, el agua o eso creo. Todo ha sido muy raro las últimas semanas.

-Intenta mover el agua que se encuentra en ese recipiente. Tú puedes, solo concéntrate- Diego miró el agua, recordó lo que había vivido aquella noche en su sala, se sintió algo tonto frente a Ixchel, sin embargo estaba en un mundo distinto así que no debía ser una idea tan descabellada. Miró a el recipiente, juntó las manos como si sostuviera un balón entre ellas, con gran fuerza extendió los brazos e hizo como si hubiera arrojado el balón, el agua en el recipiente se movió estrellándose contra uno de los espejos, Diego continuó moviendo las manos y entre ellas reunió toda el agua, se concentró cerrando los ojos para que poco a poco el agua desapareciera-. ¡Lo lograste!

-Creo que mi hermano posee el elemento del fuego- se encogió de hombros-. Sería bastante lógico.

Ixchel pidió que lo siguiera, él titubeó por instantes y al final la siguió, cuando avanzaban las antorchas comenzaron a encenderse una a una y cuando las pasaban se apagaban dejando todo otra vez en oscuridad. Bloqueaba el paso una gigantesca puerta de madera, tan grande que un remolque podría pasar sin dificultad; Ixchel tocó, después el silencio, esperaron lo que pareció ser una eternidad hasta que se escuchó que alguien abría la puerta. Se trataba de Anom, los invitó a pasar a una gran habitación, el techo estaba descubierto, había una gran fogata en medio y un círculo la rodeaba, Diego se dio cuenta que ese círculo estaba hecho de sangre. Al ir caminando se podía notar una cama, que era cubierta con una hermosa piel de puma. Ixchel notó que a Diego observaba la sangre que rodeaba la fogata, se acercó a él y lo llevó a sentarse no muy lejos

del fuego.

-Esa fogata nunca se apaga, ni de día ni de noche, ni cuando hay tormenta o cuando hay sequías, siempre se mantiene encendida. Nuestros antepasados la encendieron hace ya mucho y aún sigue con vida- explicó Ixchel.

-¿Y la sangre?- preguntó Diego.

-Eso es por el Ah Kin, que es nuestro sumo sacerdote, lo que hace es cortar una de sus muñecas y con la sangre que corre forma este círculo, significa que hay una reconexión con nuestros antepasados y que no tiene fin- contestó Anom- ¿A qué debo el honor?

-Tus sospechas eran ciertas, padre. Diego es el Hijo del agua y probablemente su hermano sea el Hijo del fuego- Ixchel miró a Diego-. Es por causa de ellos que ningún guerrero pudo despertar a las Tribus, los verdaderos amos aún no habían llegado.

-Diego, ¿has escuchado de las Tribus?- él negó. Su investigación solo hablaba de los emblemas y de su código, pero nunca leyeron nada sobre unas Tribus-. La isla tiene sus cuatro Tribus- explicó Anom-, que representan los cuatro elementos. Aunque hay dos elementos más, Luz y Oscuridad, éstos van más allá del tiempo y espacio, por eso no pueden ser gobernados de la misma manera- Anom se levantó y le enseñó un tapiz con los emblemas-. Cada Tribu responde a un emblema y el emblema solo reacciona al Hijo del elemento que representa- Anom miró el cielo estrellado, sus ojos leían entre las estrellas-. Las estrellas confirman el despertar de las Tribus. Nada podrá detener esto.

-¿Cómo despierto a mi Tribu?- Anom lo miró, sabía que en este momento debía ser prudente. El anhelo de Diego era buscar a su hermano, sus amigos y escapar de Wayak', seguro pensó que si obtenía más poder podría lograrlo. Poco entendía sobre el poder de las profecías.

-La Tribu Ha' sería la que te representara. Hay cuatro cámaras en la isla, cada una se encuentra en los puntos del viento, al norte el fuego, al sur el agua, al este el aire y al oeste la tierra. Cada cámara tiene una puerta sagrada que guarda lo que está en su interior. En la puerta hay un tipo de marca en donde va un sello, el emblema de la Tribu, cuando colocas el sello, la cámara se abre y es tiempo de liberarla.

-¿Dónde está el emblema?

-Tu instinto es el que te tiene que guiar, el poder de tu emblema te dirá dónde buscar. Cuando lo encuentres lo único que tendrás que hacer es continuar- guardó silencio un momento, suspiró como si se resignara en una batalla interna-. Sin duda alguna eres muy parecido a él- dijo Anom

con una sonrisa entristecida-.

-¿A quién? -Diego lo miró confundido. Ambos eran de mundos distintos, no era posible que él se pareciera a alguien.

-Padre- una voz varonil se escuchó detrás de ellos interrumpiendo la conversación-, padre he vuelto con nuevas noticias de la frontera.

-Nematini- dijo Anom levantándose para darle un afectuoso abrazo al recién llegado-, hijo, que bueno que has regresado.

-¡Hermano!- gritó Ixchel eufórica- ¡Que bueno que has regresado!

-Hermanita, me alegra verte- respondió sonriendo Nematini-. Espero que estés estudiando mucho para convertirte en la siguiente gran gobernante.

-Sí, pero esperemos que aún falte mucho para eso, ¿verdad padre?- Anom solo se limitó a sonreír, aún veía a Ixchel como a una niña de cuatro años- Pero hermano, ¿a qué has venido?

-Ah, sí, es verdad. Padre, se ha desatado el rumor de que...- miró por un momento a Diego y dudó-... que el Hijo del fuego ha aceptado pelar en contra nuestra. Supongo es tu hermano, la descripción que me dieron concuerda contigo también.

-Farid nunca haría eso- dijo fríamente Diego-. No atacaría a nadie que jamás le ha hecho daño. Tal vez eso haría yo, es cierto, pero él no.

Diego no toleró el silencio que hubo en la habitación, se marchó rápidamente dispuesto a obtener lo único que creía los ayudaría a salir de ahí. Anom, Ixchel y Nematini se quedaron un minuto donde se encontraban, cada uno pensaba cosas muy distintas y a la vez con un mismo significado. Ixchel miró a su hermano, éste miró a su padre, quien en un intento fallido quiso desviar la mirada.

-¿Le ibas a contar todo sobre ti y Balam?- preguntó Nematini.

-Es lo mejor. Tiene que saber.

Farid aguardaba en su habitación, el deseo de encontrar a su hermano y sus amigos lo motivó, cuándo salió de la casa notó que el sol no se veía, la neblina cubría el lugar haciéndolo parecer más triste y abandonado que por la noche. Fue a buscar a Tizoc para continuar la plática de ayer y comenzar con un plan muy bien elaborado para rescatar a Diego. Abrió la puerta y entre sombras se dirigió al salón donde había tenido su encuentro con Tizoc la noche anterior. Él ya lo esperaba, se encontraba sentado en aquel trono imponente, Farid lo miró a los ojos y se acercó a

él.

-¿Cuándo vamos por mi hermano?

-Primero tienes que despertar a la Tribu Kaak, ¿recuerdas que te hablé de ella?- el joven asintió-. El recinto se encuentra en el norte de la isla, pero tienes que encontrar el sello que la protege. El emblema de fuego. Busca en toda la isla, solo tú puedes hacerlo, entre más pronto mejor. Será mejor que no regreses hasta que no consigas despertarla- Farid lo miró extrañado, parecía que le daba órdenes y en ningún momento mencionó el rescate para su hermano. Tizoc, adivinando sus pensamientos continuó.- Será muy cansado ir y venir, la isla es muy grande y no podrás rescatar a tu hermano sin la Tribu. Yo solo quiero guiarte, hijo.

Farid asintió poco convencido, tomando la bolsa con comida para su viaje se marchó dispuesto a encontrar la llave para despertar la Tribu Kaak. Sabía que era como encontrar una aguja en un pajar, la isla era muy grande y él no conocía la zona, ni los caminos, tampoco los peligros. Al alejarse más y más el pueblo pudo mirar el cielo que no había visto en dos días. Se sentía bien el sol en su piel, caminó entre la espesa selva y en su mente comenzó a pensar en dónde se podía hallar el emblema, así que se dirigió a la montaña que se erguía en medio de la isla, atravesó un río caudaloso y subió una parte de la montaña. Pudo notar todo lo que había a su alrededor. En medio de la isla la gigantesca montaña, al noreste el lago congelado, al suroeste niebla que cubría parte de la selva, al este se veía una torre sumamente alta en ruinas y lo que parecía ser una tormenta de arena y al sur un grupo de pequeños volcanes que se encontraban activos. Al noroeste pudo apreciar la ciudad Ahavil Sasil. Tizoc le había dicho que Diego estaba ahí, probablemente encarcelado. Debía tener el control de la Tribu si quería rescatarlo. Bajó del árbol, se sentó un minuto, sacó una manzana de su bolsillo e intentó comerla.

-Ya sé a dónde ir. El fuego es mi elemento, la lava es fuego, la lava está en los volcanes, al sur debo ir.

Diego salió del pueblo, había pensado durante ya algún tiempo como comenzar su búsqueda, hacia donde tenía que dirigirse. Comenzó a adentrarse en la selva, con cada paso la gran pregunta llegaba a su mente sin ninguna respuesta, así que solo siguió caminando. Estaba consciente que tanto él como su hermano eran capaces de dañarse en el otro mundo, pero esto era diferente. Muy diferente. Como fuera, sabía que muchas personas morirían si llevaban esa pelea a un nuevo nivel y no estaba seguro si él se iba a encargar de acabar con sus vidas. Tenía que enfocarse, ocuparía ese poder para tomar a Farid y escapar de ahí. Eso era todo.

En algún momento de su recorrido parecía que alguien lo seguía, miraba a sus espaldas pero nunca vio a nadie, siguió caminando y

escuchó pasos detrás de él, esta vez giró muy rápido aun así no vio nada.
Siguió caminando sin bajar la guardia, sabía que lo seguían.

Capítulo 5

CAPÍTULO V

EL HECHIZO DE LA ICANTRIX

Era un nuevo día, Carlos se había despertado en medio de un lago congelado el día anterior. Desde entonces vagaba por la selva y se encontraba rodeado de arbustos y árboles inmensos. Al principio se había levantado algo aturdido y buscaba encontrar algún tipo de referencia de en dónde podían haber caído los otros, sin embargo pronto se dio cuenta de que ninguno de sus compañeros estaba cerca. Comenzó a caminar sin ninguna dirección. Se preguntaba dónde estaba y en dónde se encontraban los demás. Estaba seguro de haber atravesado un lago y de haber visto una enorme isla antes de caer, ¿se encontraba ahí?

Pensando en todo esto y no fijándose hacia donde iba, Carlos chocó contra algo. Cuando miró se trataba de un animal muy extraño. Una gran bestia en parecido a un conejo que podía levantarse en dos patas, casi transparente, con espinas azules en codos y tobillos y dos enormes cuernos azules con blanco en lugar de orejas. Tenía colmillos grandes y filosos que sobresalían de su mandíbula. Carlos se heló al verlo, pero aquel animal lo miró sin sorprenderse.

-Humano, ¿quién eres?- dijo irguiéndose ante Carlos. Su gruesa pero tranquila voz hizo que él volviera en sí. La criatura lo miró de arriba abajo notando su vestimenta-. Cada día visten más raro.

-S...soy Carlos- no supo que más agregar. Miró su ropa y la vio normal. Normal para su mundo, claro.

-Mhh- gruño indiferente la bestia-. ¿Y qué haces aquí, Carlos?

-No lo sé, yo caí aquí. A través de un lago.

-¡Ah!, el espejo. El espejo que lleva a aquel mundo dominado por ustedes lo humanos. Sí, recuerdo que otros lo han mencionado- la bestia parecía escudriñarlo con la mirada.

-Dije lago, no espejo- espetó el muchacho ganando confianza al notar que la bestia no parecía querer hacerle daño.

-¿El lago se veía tan plano que reflejaba la superficie?- Carlos asintió- Entonces es un espejo. Humanos, siempre complicando todo.

-Entonces, ¿hay más humanos?

-Muchos, más de los que debería, diría yo- dijo con desdén y luego sonrió o por lo menos eso pensó Carlos que hacía.

-¿Sabe en qué dirección se encuentran?

Antes de que aquella bestia pudiera responder, un ruido fuerte se escuchó detrás de ellos. Detrás de los arbustos salió un enorme animal muy parecido a la mezcla de un león y un lobo, delgado, su piel casi pegada a los huesos, su pelaje era gris azulado y en su pecho llevaba incrustado algo parecido a un cristal morado. Aquel cristal parecía ser parte del cuerpo de aquella bestia.

El animal salió disparado para atacar a Carlos, pero la otra criatura se interpuso. No sirvió de nada, su fuerza era superior y salió herido por tratar de defenderlo. Sin que aquella bestia prestara atención a algo más, se fue directamente hacia Carlos con la intención de acabar con él. En sus ojos brillantes y negros se veía el deseo de cazar y sus fauces enormes la intención de matar.

Carlos no tuvo tiempo de moverse, lo único que alcanzó a hacer fue cubrirse con sus brazos el rostro y cerrar los ojos, en ese momento escuchó un golpe seco y sintió como pequeñas piedras salían disparadas hacia él golpeándolo ligeramente.

Cuando abrió los ojos vio asombrado que una roca gigante había salido de la tierra justo en el momento en que aquella bestia había intentado atacarlo. El golpe fue contundente. No supo que decir, se había quedado anonadado, ¿sería que la tierra en aquel lugar se movía de repente? Se movió con cuidado porque no sabía si aquella bestia estaba todavía consciente o no, cuando vio que ya no había peligro se apresuró para ver aquel extraño ser que le había ayudado. Se encontraba bien, pero parecía más sorprendido que nada.

-Hijo de la tierra. ¿Eres el Hijo de la tierra?- preguntó excitada aquella bestia.

-¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

-Dominas la tierra, ella hace lo que es tu voluntad. Supongo que irás en busca del emblema que te pertenece, ¿o me equivoco?

-Dominar, voluntad, emblema, esas palabras las escucho salir de tu boca, si es que a eso se le podía llamar la enorme mandíbula que tienes, pero

no significan nada para mí.

-Yo vi lo que hiciste, sacaste aquella roca para protegerte. Eres uno de los cuatro guerreros que pronto vendrían- la bestia estaba emocionada, Carlos podía percibir la excitación en su voz.

-¿De qué demonios estás hablando?- el joven se sintió algo tonto al percatarse de que sólo preguntaba sin entender nada.

-¿En verdad no sabes nada? – el muchacho negó violentamente.

-¿Tengo cara de saber de lo que hablas?- Carlos se cruzó de brazos ya algo exasperado.

-Pues, ahora que lo mencionas, tienes cara de medio idiota- Carlos gruñó- Bien. No sabes nada de lo que está poniendo el destino para ti, y para los que te acompañan.

-¿Cómo sabes que vine con otros?

-Cambios en el mundo lo anuncian. Los volcanes tiemblan, el emblema de fuego sabe que pronto será hallado; el lago congelado se está derritiendo, eso quiere decir que el emblema está ansioso. La neblina se ha vuelto más espesa, casi negra, su emblema está activo; y la tierra no ha dejado de moverse de una forma tan salvaje en aquel lugar desde hace días. Pero lo que tienes que preguntarte es ¿qué papel vas a tomar en este asunto? ¿A quién de tus amigos elegirás?

-¿Qué a cual voy a elegir? Ni siquiera somos amigos ¿Por qué voy a elegir a uno?- Carlos caminó de un lado a otro comenzando a molestarse.

-Tampoco sabes de la profecía...eso es un problema. Si ustedes no saben nada les será más difícil tomar la mejor decisión. Me parece que tendré que explicártelo todo- la bestia se sentó en el suelo y comenzó su relato- Verás, desde hace muchos años, más de los que te puedas imaginar, se esperaba la aparición de cuatro guerreros formidables. Cada uno de ellos con el poder de dominar los elementos principales a su antojo, me refiero claro al fuego, agua, tierra y viento.

-¿Quieres decir que esos guerreros son capaces de mover esos elementos?- Carlos se mostró sorprendido y confundido.

-Así es. Siglos atrás existían semejantes guerreros, pero nada es eterno y, a pesar de su gran poder, murieron. Es imposible detener a la naturaleza. En fin, esos guerreros protegían un pueblo, mejor dicho un imperio como ningún otro, solo que al pasar de los años, las cosas se salieron de

control.

-¿Cómo?- Carlos se sintió intrigado, siempre le habían encantado los relatos que su abuelo le contaba y ahora parecía que regresaba en el tiempo a ese momento.

-El poder. Generalmente nadie piensa en él ya que todos tenemos cierto poder, es decir, tú tienes el poder de decidir qué es lo que quieres hacer, o yo el de decirte o no lo que ahora explico. Sin embargo, cuando un poder aumenta, no solo el ser humano sino cualquiera que tenga conocimiento de que lo tiene, deseará más.

-¿Eso que tiene que ver?

-Es fácil. Imagínate ese imperio, gobernado por un simple humano que solo tiene el poder de gobernar a otros, ese imperio es protegido por seres que tienen una fuerza superior, son capaces de hacer cosas que otros no. Era natural que no quisieran estar bajo la sombra de un simple hombre.

-¿Así que esos guerreros atacaron el imperio que protegían?

-Sí y no. Dos elementos quisieron destruir ese imperio y formar uno mejor, con personas más poderosas, las que ellos consideraban dignas. Sin embargo, los otros dos elementos cumplieron su juramento de proteger su pueblo y su gente, ya que ellos mismos habían surgido de aquel lugar. No obstante su poder lo aprendieron de un hombre llamado Atonatiuh, así que tenían el mismo nivel de pelea, no hubo ganadores. La historia es un ciclo, es un hecho que se repetirá, pero ahora en este mundo.

-Espera, ¿estás diciendo que los que vienen conmigo y yo, peharemos entre nosotros?- Carlos lo miró ceñudo -. Admito que es algo que ya hacemos. Mucho. Realmente mucho. Pero lo que tú estás diciendo es algo totalmente diferente. Hablas de guerra.

-Escucha mis palabras, humano. Dos de ustedes querrán, por alguna razón, destruir este lugar y los otros dos lo protegerán.

-Eso es absurdo, es...es estúpido. Además, no sabemos si ellos también pueden hacer lo que yo- respondió cansado-. Sé que no nos llevamos bien pero esto es... ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Debo tomar lo que me dices como verdad? En mi experiencia las personas mienten todo el tiempo. Aun cuando lo hacen por amor- dijo amargamente agachando la cabeza y encogiendo los hombros. La tierra comenzó a resquebrajarse bajo sus pies. La criatura puso su pata sobre el hombro del joven intentando calmarlo.

-Muchacho, yo podría mentirte, es cierto, cosa que no he hecho. Pero aunque así fuera, no cambia en nada el hecho de que eres el Hijo de la

tierra. Es tu destino. Es parte de quien eres. Debes ir y encontrar el emblema de la tierra, hijo- la criatura puso esta vez ambas patas sobre sus hombros para mirarlo frente a frente-. Se encuentra en el este, en el lugar denominado Las Montañas que Nunca Duermen.

-Que nombre tan ridículo- resopló Carlos- ¿Por qué les llaman así?

-Porque desde tiempos memorables, desde que el emblema fue guardado en aquel lugar, esa zona siempre está en movimiento. La tierra, las rocas, se mueven constantemente y jamás se están quietas, el polvo se levanta y la vista es escasa, pasarlo es casi imposible, excepto claro, para el guardián de la tierra- la criatura señaló hacia el oeste-. Una vez que obtengas el emblema tendrás que ir tras la Tribu que se encuentra en el oeste, abrir el sello y liberar su poder.

-Si todo el mundo sabe dónde está el emblema, ¿por qué no tomarlo?- Carlos intrigado cuestionó mientras movía entre sus dedos unas pequeñas piedras, la acción la había hecho inconscientemente, de manera instintiva.

-Primero, no todo el mundo lo sabe. Honestamente los humanos tienden mucho a olvidar las cosas, por eso siempre cometen los mismos errores; segundo, aunque alguien más lo intentara jamás podría tomarlo. ¿Quién más sobreviviría a rocas que pueden aplastarte si no el Hijo de la tierra?

-Finjamos que te creo, ¿crees que pueda hallar ese emblema?- Carlos odió que el temor se escuchara en su voz.

-Sí- respondió de forma simple la bestia se levantó y mirando a Carlos volvió a sonreír- Te llevaré. Los humanos como tú se pierden fácilmente.

-Solo quieres pasar más tiempo conmigo. Admítelo - respondió con una sonrisa Carlos-¿Cuál es tu nombre?

-Soy una bestia de la especie de los dstors y mi nombre es Frice.

-Carlos.

Caminando en la selva Carlos se preguntaba qué clase de criaturas habitaban aquí, ninguna, hasta ahora, era similar a la de su mundo, además, podían hablar, o por lo menos algunas de ellas. Veía de reojo a Frice, quien a pesar de haber sido muy bueno con él y de mostrarle el camino a las Montañas que Nunca Duermen, le seguía intimidando con su altura y apariencia. Su cuerpo transparente y sus grandes colmillos que sobresalían. Parecía que Frice sabía lo que estaba pensando Carlos ya que se agazapó y caminó con sus cuatro patas, escondió sus espinas y de esa forma pareció menos temible. Carlos agradeció el gesto, pero no sabía cómo decírselo, realmente había dejado la costumbre hace mucho tiempo

de agradecer. Durante bastantes minutos ninguno dijo nada, aunque de repente se escuchaba una ligera tos o un estornudo que rompía el silencio.

Carlos siguió a Frice por la selva, hasta que escuchó lo que parecía ser un río. Frice corrió rápido y Carlos hizo lo posible para seguirlo, de pronto Frice se detuvo. Carlos notó en medio del río un puente y al extremo de éste una zona de árboles gigantes, donde Carlos podía vislumbrar frutas de diversas formas y colores. Frice se adelantó y caminó muy cuidadosamente a través del puente, Carlos lo siguió muy lentamente, ya que le temía a las alturas, aunque no fuera algo que él admitiría.

Cuando atravesó tomó de cada árbol fruta y la devoró. Sintió una gran satisfacción y además sentía que su energía se recargaba ya que esas no eran frutas normales, eran los frutos de los Árboles Infinitos. Mientras Carlos comía, notó la silueta de una mujer muy hermosa, alta y de tez blanca, casi como la nieve. Su cabello era de un color negro muy brillante, largo y lacio, por un instante Carlos sintió la necesidad de acercarse a esa criatura y hacer todo cuánto ella le pidiera. Se levantó y cuando se dirigía a ella Frice lo detuvo.

-¿Ya estás satisfecho?

-S...sí- dijo titubeante.

-¡Excelente! Sigamos nuestro camino- Carlos asintió muy desconcertado y confundido. Como si hubiera despertado de un hechizo. Mientras avanzaban Carlos creía que era necesario contarle a su acompañante que había visto a una mujer, pero a la vez no quería hacerlo, quería que ese recuerdo de la mujer más bella que jamás había visto fuera solamente suyo, así que inició una conversación distinta para que Frice no notara sus sentimientos.

-Entonces- comentó Carlos-, ¿cuántos años tienes?

-Casi doscientos- resopló Frice- ¡Y aún me consideran un cachorro! ¿Puedes creerlo?

-Honestamente no- Carlos sonrió. Esta criatura le agradaba mucho. Probablemente si hubiera conocido a alguien así en su mundo las cosas habrían sido diferentes para él.

-Es lo que digo- contestó animado Frice-. Ya he visto muchas cosas en ese tiempo- hizo una pausa-. El reino del mejor gobernante que los humanos han tenido, Alam, hijo de Akbal. También fui testigo de la pelea por el poder entre sus hijos Anom y Balam. Sí, fue una guerra triste. Eran

hermanos, debieron cuidarse. Protegerse.

-Anom y Balam...hermanos que pelean, vaya, parece que eso se ha vuelto muy común.

-¿Por qué lo dices?

-Dos de las personas que llegaron conmigo a este lugar son hermanos y no se llevan nada bien. Es todo lo contrario, parece que se odian de verdad.

-Se nota que los conoces bien.

-Para nada, en realidad no me llevo muy bien con ninguno de ellos- Carlos se encogió de hombros. Indiferente-Cuéntame- dijo firmemente Carlos-, cuéntame todo lo que sepas de Anom y Balam.

- Está bien- Frice lo miró con cierto interés-.Yo tenía cien años cuando Alam llegó al poder- comenzó su relato-, fue y ha sido y, me atrevo a decir, será, el mejor gobernante de todos los tiempos, hombre justo y bueno. Muchos años después, poco más de cuarenta años, cuando nació Anom, Alam se sintió verdaderamente feliz, recuerdo que mi padre fue a visitarlo, eran muy buenos amigos. Alam le confesó que en su corazón había cierto temor, por su hijo, aunque nunca supo por qué. Años después nació Balam. Era un chiquillo muy travieso y muy inteligente. Recuerdo una vez que disfrazó a unas hierbas de talls, unas criaturas que nosotros comemos, nadie sabe cómo lo hizo, el caso es que nos las entregó para comer. Hubieras visto, jamás me había sentido tan enfermo en toda mi vida-se detuvo un momento el relato por la fuerte carcajada que Frice soltó.

-¿Y ese iba ser el nuevo emperador?

-Balam tenía un orgullo inquebrantable- siguió Frice- y una mirada que hacía intimidar a cualquiera. Sí, él y Anom eran inseparables, jugaban todo el tiempo, juntos. Pero cuando hubo una batalla contra Ahavil A`ak`abil todo cambió, Anom era el comandante de todos los guerreros y Balam era todavía muy joven, por esa razón no lo dejaron pelear. Sin embargo, cuando Anom estaban perdiendo, un rayo de esperanza llegó; se cuenta que Balam resultó ser un guardián, y no de un solo elemento sino de los cuatro.

-El pueblo le tuvo miedo- Carlos no perdió la cuenta de que Frice había ocupado la palabra guardián en vez de Hijo. Hizo la nota mental de preguntarle más tarde sobre eso, cuando terminara el relato.

-No, te equivocas- Frice estaba metido en sus recuerdos-. Cuando Alam se enteró, decidió dejar como gobernante a Balam. Obviamente Anom se

molestó. Él, siendo el primogénito, debió ser el gobernante, así que lanzó el rumor de que Balam quería acabar con ambos reinos y así ser gobernante supremo en toda la isla. Alam creyó esos rumores y no le quedó más remedio que mandar a... eliminar a su hijo. Su propio hijo.

-Eso es terrible, ¿era necesario matarlo?

-No lo mataron. Huyó y nadie sabe a dónde- sentenció Frice-. Nunca más se le volvió a ver.

Siguieron su camino en la reflexión de las últimas palabras de Frice. La espesura del bosque de los Árboles Infinitos impedía que avanzaran rápidamente; aun cuando era de día no podían ver nada, pues los rayos del sol no alcanzaban a penetrar el espacio bajo las ramas. Frice pudo oler el casi inexistente aroma del agua fría cerca, dirigió a Carlos a pequeño estanque escondido en medio de unos árboles. Al inclinarse para beber un poco de agua Carlos apreció en la superficie el reflejo de la mujer que ya había visto antes, miró hacia arriba, pero no había nadie. Se sintió frustrado y desesperado, su corazón palpitaba muy rápido y sentía su sangre hervir. Quería ver a aquella mujer, quería mirarla a los ojos y perderse en ellos, tal vez rozar su piel y ¿por qué no?, robarle un beso.

Caminaba de un lado a otro desesperadamente, ya no podía más, ya no lo soportaba. Tenía que verla, solo una vez, una y ya. Sin fijarse, por su desesperación, las rocas comenzaron a levitar y chocar entre ellas, sorprendiendo a Frice que casi sale golpeado por una de ellas, lo que finalmente provocó que Carlos reaccionara. Frice no hizo preguntas, sospechó que no podía controlar del todo su poder.

La enorme bestia le dijo que era mejor descansar por un par de horas, de esa manera tendrían suficiente energía para avanzar más rápido y mejor. Carlos asintió sin prestar mucha atención a los comentarios de Frice, parecía que su mente se encontraba completamente perdida. Se imaginaba así mismo estando por la selva solo con aquella hermosa mujer, pensaba una y otra vez lo que podía decirle si es que la llegaba a ver de nuevo, y cada frase que pensaba era todavía más dulce que la anterior. Se sorprendió de sí mismo pues no era un comportamiento habitual en él.

Frice se quedó dormido en poco tiempo, Carlos no tardó en tener algo de sueño, la tranquila respiración de aquella bestia y los sonidos de la selva lo durmieron lentamente. Cuando se encontraban profundamente dormidos Carlos escuchó entre sueños una dulce melodía. Abrió los ojos y aquel sonido era cada vez más fuerte y más dulce. Su encanto llenó al joven de una sensación de felicidad y de un deseo profundo. Se levantó y entre sombras caminó débilmente por la selva, Frice se dio cuenta y se levantó rápidamente, intentó detenerlo pero simplemente el muchacho no reaccionaba, era como si un poderoso imán atrajera a Carlos. Finalmente

se detuvieron, Frice logró ver la silueta de una mujer, la misma que Carlos había visto antes.

-Icantrix- susurró Frice temeroso.

-Oh, amada- dijo Carlos con la mirada perdida y extendiendo su mano hacia ella-. Déjame estar a tu lado, siempre te obedeceré si tan solo me permites tu compañía.

-No, Hijo de la Tierra, no lo hagas, ella es un demonio. Hechiza a los hombres y se apodera de ellos para hacer su voluntad y luego los mata. No vayas, detente- Frice intentó desesperadamente detener el avance de Carlos.

-Amada- decía una y otra vez sin prestar atención a Frice-, amada, concédeme tu compañía. Haré lo que quieras por un roce de tus labios.

-¡Icantrix, déjalo!- vociferó Frice- ¡Él es el Hijo de la Tierra!

-Lo sé perfectamente Frice- respondió ella con su dulce voz-, es por eso que lo quiero más. Que mejor esclavo que él.- el sonido de su melodiosa risa lo hizo estremecer.

-No te dejaré- amenazó mostrando sus poderosos dientes y garras.

La Icantrix elevó el eco de su risa, cubrió su boca con su delicada y blanca mano. Ella vestía un vestido muy largo, blanco con tonos azules claro, parecía hecho con suave y fina seda, su cintura era rodeada por un delicado cinturón rojo y tenía unas largas mangas que llegaban hasta el piso. De las mangas, sacó varias raíces, que detuvieron a Frice sujetándolo contra los árboles.

-No lo entiendes estúpido Stors, el bosque y la selva hacen mi voluntad, no podrás detenerme con solo tu fuerza- seguía apretando más a Frice. Éste a su vez él sintió el crujir de sus huesos y de cómo sus músculos se retorcían.

-Por... favor, tóname, Hidra, pero deja al chico- suplicó.

-Hace mucho que no me llamabas por mi nombre- respondió riendo y soltó a Frice-. Si el chico se quiere ir, que se vaya- dijo ella con desdén.

-Amada quiero quedarme a tu lado- repetía Carlos incesantemente.

-Hijo de la tierra- cantó Hidra con su melodiosa voz-, ven sígueme- Carlos obedeció y fue tras ella, Frice en un intento desesperado por despertarlo lo golpeó en el rostro, logrando tirarlo, pero éste solo se levantó sin

ningún reacción de dolor.

-Intentas robarme a mi amada- expresó Carlos-, no te la llevarás, ¡Ella es mía!

Cientos de rocas comenzaron a salir disparadas por todas partes, Frice, con su gran agilidad, logró esquivar algunas y con su enorme fuerza rompió otras. Con sus puños golpeó la tierra fuertemente y ésta tembló haciendo caer a Carlos. Cuando éste se encontraba en el suelo, Frice se abalanzó en contra de Hydra quien con un fino movimiento se quitó del camino. Se mecía de un lado al otro como hoja al viento, sin recibir un solo golpe. De nueva cuenta, las ramas que salieron de las mangas de su vestido y sujetaron a Frice.

-Hijo de la tierra, muestra tu amor hacia mí acabando con este despreciable ser- Carlos obedeció y levantándose tocó el piso con sus débiles manos.

-¡No, espera!- gritó Frice, pero era demasiado tarde, Carlos golpeó la tierra y ésta se abrió enterrándolo bajo un montón de rocas filosas. Solo la mano de Frice quedó fuera sin ningún movimiento de vida.

Hydra se acercó a Carlos, sus ojos negros y su piel blanca cada vez lo hechizaban más. Los ojos del Hijo de la tierra, estaban apagados y sin brillo alguno. Parecía que la vida se le había escapado, no tenían alma. Poco a poco Hydra acercaba sus labios a los de su esclavo, lentamente el cuerpo de Carlos se volvió de un tono azul grisáceo. Una niebla baja apareció a su alrededor formando una gran esfera plateada sobre su pecho. Ella dio un beso a Carlos, y parte de la esfera desapareció, dio otro y sucedió lo mismo, la tercera vez, algo la detuvo.

-Em...ble...ma- murmuró Carlos entre dientes, fue apenas un susurro, tan bajo que casi Hydra se lo había perdido.

-¿Qué dijiste?- ella cuestionó. Tomó el rostro del muchacho entre sus manos dándole un poco de ánimo a su debilitado cuerpo- Repítelo.

-Emblema- repitió Carlos más fuerte obedeciendo a la voz de su amada.

-Hijo de la tierra- sedosamente habló Hydra al oído de Carlos-, muéstrame hacia dónde te dirigías.

-Hacia las Montañas que Nunca Duermen, amada mía.

-¿Vas por el emblema?- Carlos asintió débilmente- Escucha mi mandato, mi preciado humano. Irás por el emblema y lo traerás para que yo absorba su poder. Si lo haces estaremos siempre juntos. ¿No es lo que

quieres, amor mío?

-Solo déjame estar a tu lado y haré lo que quieras, amada- respondió anhelante Carlos buscando sus labios para otro beso.

-No, no, no...tonto niño. Si te beso de nuevo ya no podrías servirme- acarició su mejilla suave y tiernamente- Ve, mi fiel sirviente. Ve.

Capítulo 6

CAPÍTULO VI

REVELACIONES FAMILIARES

Dara se había levantado muy temprano y no había parado de caminar, estaba completamente perdida, hambrienta y sedienta. Además de sorprendida por el hecho de que había sido tragada por un lago y llegado a un lugar desconocido donde, al parecer, era capaz de mover a voluntad el aire. Se sorprendió muchísimo cuando por un descuido cayó de un barranco y en su desesperación, hizo una burbuja de aire para amortiguar la caída. Pero, a pesar de eso, ella se sentía muy a gusto con ese poder contrario a su sentimiento de repulsión al lugar donde se encontraba, había algo ahí que no le gustaba.

Se dirigió a la montaña, si había un punto alto para ver dónde estaba sin duda era ahí. Si se dejaba guiar por la luz del sol estaba segura que pasaban de las cuatro de la tarde. Había cruzado un río a través de un viejo y nada confiable puente, pero podía ver que faltaba poco para alcanzar la falda de la montaña. Si se apresuraba le daría tiempo de hacer un refugio para pasar la noche antes de que se ocultara el sol. En un punto del camino, cuando el sol sugería que eran alrededor de las seis, encontró una pequeña cabaña, era muy vieja, algo dañada en su estructura, muy pequeña, con solo dos habitaciones. Pensó que no debía estar vacío ese lugar, alguien tenía que vivir ahí, porque, pese a lo dañado y sucio había leña recién cortada a un costado de la casa. Así que entró sigilosamente a la cabaña. Había una pequeña mesa en el centro de una habitación y un par de troncos a modo de bancos para sentarse, en medio de la mesa había fruta fresca. En el otro cuarto, lo único que había era un petate, algo parecido a un baúl y un bello espejo de marco hecho de plata. Dara imaginó que no había nadie, por el momento la casa estaba completamente sola, en la parte de atrás de una de las habitaciones, había una puerta que daba a un hermoso jardín lleno de cientos de flores, el aroma que se asomaba en el aire era muy dulce.

Se preguntó quién podía vivir en este lugar, en un lugar tan silencioso y abandonado. Se detuvo un momento para oler las flores, dio media vuelta y frente a ella había un hombre muy viejo, encorvado, con poco cabello blanco a los lados. Su cuerpo lleno de arrugas estaba marcado por heridas de batalla y tatuajes de animales. Dara se sintió algo asustada al verlo, de inmediato se puso en alerta y en posición defensiva.

-Tienes instintos de batalla- la áspera voz del anciano resonó en los oídos de Dara, sin embargo, él jamás alzó la voz-. No debería sorprenderme,

por supuesto. Lo tienes en la sangre.

-Sé que no debí entrar en su casa-ella respondió tan cautamente como pudo-. Solo buscaba a mi amigo Farid, no está aquí así que me iré sin problema.

- ¿Entonces por qué entraste? - el hombre se dio vuelta y comenzó a calentar un guiso sobre la leña encendida- Quédate y come. Has caminado todo el día y solo has bebido agua del río. Necesitas descansar, está a punto de anochecer, no sabes dónde estás ni tampoco hacia dónde te diriges. Como lo veo es más razonable quedarte aquí.

-¿Cómo sabe lo que he hecho?- inquirió ella mientras caminaba a la salida sin dejar de mirar al hombre.

El anciano guardó silencio por un momento, entró a la casa y se sentó en uno de los troncos, dejó la comida sobre la mesa y con la mano indicó a Dara que se sentara a comer. Ella pensó que tal vez se encontraba en problemas o en una especie de trampa, pero ya era muy tarde para retractarse. Se sentó sin tocar la comida, odió admitir que olía exquisitamente y su estómago estuvo de acuerdo cuando emitió un sonido de protesta. Él suspiró, tomó un poco de la comida y comió de ella demostrando a Dara que no estaba envenenada.

-Eres una persona muy desconfiada. Supongo es de familia, tu padre era igual, Hija del aire.

-No hable de mi familia como si la conociera- protestó ella. El anciano le sirvió un poco de agua que él probó antes de dársela-. Asumiré que me llama Hija del aire por lo que puedo hacer aquí- el hombre asintió-. Prefiero mi nombre, Dara.

-Ahuitz- se presentó él. La tensión era palpable entre ambos. Dara jamás bajó la guardia y el viejo hombre también parecía estar alerta en todo momento. Como si ambos esperaran un ataque inminente-. Bien, Dara. ¿Qué es lo que sabes?

-¿Qué se supone que debo saber?- ella contrarrestó. Ahuitz sonrió.

-Este mundo es hermoso, ¿no crees? Lo pudiste apreciar mientras caían tú y tus amigos- Dara se tensó-. No te alteres, ya todos en Wayak' saben de ustedes. Es una maldita isla, no se necesita mucho tiempo para que las noticias corran- Ahuitz prendió algo parecido a un cigarro llamado cocom y siguió hablando-. ¿Sabes quién domina el elemento de la tierra?

-No sabía que yo podía controlar el aire, mucho menos si Farid o los

demás tienen una habilidad similar.

-La tienen, todos ellos. Agua, tierra, fuego y aire- dio otra bocanada y el humo del cocom se arremolinó sobre ellos-. Esperaba que supieras quién es el Hijo de la tierra. El necio de tu padre...

-¿Por qué quieres saberlo?- interrumpió Dara- ¿Por qué es más importante él que los demás?

Ahuitz la miró fijamente por largos segundos. Parecía que se debatía consigo mismo por algo, hasta que asintió a nadie más que a sí mismo. Se dirigió a lo que Dara solo pudo describir como un baúl, aunque muy rústico y hecho de madera y hoja de palmera. Dara, desde donde se encontraba, no podía mirar bien lo que el viejo tenía en las manos, fue cuando él se giró que se dio cuenta de que llevaba unos pergaminos.

- En este pergamino se encuentran los nombres de mis ancestros, de mi hijo y nietos- explicó él-. Es el árbol familiar. Se remonta generación tras generación hasta llegar a las Tribus legendarias. Aquí hay dos nombres muy importantes, Ehecatl, Xihuitl, mis nietos.

-Fascinante- ironizó Dara. De pronto ella se dio cuenta de cuánto había sonado a Carlos. Carlos, quien seguro debía controlar un elemento.

-Sabíamos- Ahuitz continuó sin importarle el comentario de la chica-, desde hace mucho tiempo, que nuestra familia sería la poseedora de los elementos de la tierra y el aire. Es nuestro legado, nuestra responsabilidad, nuestra maldición.

-Espere un momento- Dara se levantó asustada comprendiendo rápidamente lo que Ahuitz intentaba decir-. Eso no es posible. Usted no estará diciendo que...- Dara miró el pergamino identificando el nombre de Ahuitz y leyó el nombre su padre, su padre biológico, Iktan. Su madre, Akna. Dara tembló de pies a cabeza, sintió ira y tristeza, el viento se arremolinó a su alrededor. Las pocas cosas que había en la habitación se agitaron a causa del viento que se tornó cada vez más fuerte. Ahuitz sujetó el pergamino con fuerza entre sus manos, su único tesoro y en ese momento Dara notó la vulnerabilidad del hombre. Estaba solo, sin familia, en medio de la nada, aguardando una oportunidad para encontrar a sus nietos. Su sangre.

-Esa es la verdad de ti y de tu familia- Ahuitz debió sentir que Dara se relajaba porque comenzó a hablar de nuevo y aunque susurraba su voz jamás tembló-. No es coincidencia que ambos volvieran aquí, a este mundo, después de tantos años.

-¿Por qué razón Carlos y yo nos encontrábamos en otro mundo si nacimos

aquí?

-No lo sé- suspiró pesadamente-. Iktan los tomó un día, los arrancó del brazo de tu madre. Tú no tenías ni siquiera un año, tu hermano era solo un año mayor que tú, pero lloraron. Lo hicieron tanto, como si supieran que jamás volverían a ver a su madre, lo que finalmente sucedió. La tristeza la mató- Ahuitz acarició el nombre de Akna sobre el pergamino con ternura. El silencio de la habitación y el peso de la revelación cayó sobre los hombros de Dara.

-¿Esperaste todos estos años a que apareciéramos?

-Los emblemas y las cámaras que guardan la Tribu Ik y la Tribu Lúum se encuentras en polos opuestos de la isla, solo era cuestión de tiempo que alguno apareciera- terminó de fumar su cocom. Se levantó de su asiento y caminó hacia la habitación trasera-. Aquí dormirás- señaló el lugar-. Sé que tienes que proseguir en tu camino, no te detendré, pero me gustaría que te quedaras esta noche y mañana por la mañana podrás irte con más energía.

-Sí, buena idea- Dara se levantó y caminó hacia donde le había indicado Ahuitz. Él le acababa de revelar algo importante, sin embargo, no podía confiarse, todo podría ser una mentira-. Aunque tengo una duda ¿qué emblema y que cámara?

-¡Ah!- Ahuitz exclamó mientras avivaba un poco las llamas para calentar la habitación-. Verás, la llave es el emblema del elemento que representas y la cámara es donde se encuentra la Tribu que encierra tu verdadero poder. El emblema del aire se encuentra al oeste, la neblina cubre en donde hay decenas de tornados que se mueven violentamente y lo protegen; la cámara del aire, el lugar donde debes colocar el emblema y liberar la Tribu, se encuentra en el este.

-¿Una tribu entera?- Dara se sintió estúpida al hablar con Ahuitz. Conversar con él implicaban más preguntas y confusiones que respuestas. ¿Se supone que ella debería saber todo eso? Probablemente si hubiera crecido en Wayak' así sería. Incluso pudo haberse llevado bien con Carlos. Su hermano. Sintió náuseas de pronto.

-Las tribus eran un grupo de guerreros élite que protegieron a nuestro pueblo durante años- Ahuitz inició su relato encendiendo otro cocom. Se sentó en el suelo junto a la leña encendida y veía el fuego mientras contaba la historia, y como todos los viejos relatos, él comenzó a entonarlo en un suave canto-. "Esto ocurrió años antes de que nuestros antepasados decidieran habitar este lugar y escapar de los invasores. Había cuatro tribus, grupos de personas guardianas de los elementos, cada uno protector de la esencia de la naturaleza. Ellos eran elegidos para habitar sobre las altas montañas, ubicándolos en los cuatro puntos del

viento. Vigilaban, protegían y amaban a su pueblo.

“Durante algún tiempo, la paz y la prosperidad de nuestro imperio floreció, no había guerras ni hambre ni peste, las tribus nos protegían. Las tribus nos amaban- el canto de Ahuitz cambió a uno más rápido y tenso-. Sin embargo, la tribu que guardiana de los poderes ocultos del fuego quiso gobernarnos. Atacó. Ya no amaba a su pueblo. Devastada, la tribu protectora del agua la enfrentó. Nos amó. Nos protegió. Viento y tierra, nos alejaron de la destrucción. No emitieron juicio ¿cómo saber quién estaba en lo correcto? ¿por qué nos dejó de amar el fuego?

“El reino no soportó más. El pueblo dejó de amar a las tribus. Viento y tierra pagaron el precio. Al suceder esto, la tribu del agua, herida, pagó nuestro desprecio con odio y decidió destruirlo todo. Iniciar un nuevo pueblo. Todos como ellos. Todos guardianes de los elementos. La tierra y el agua se unieron. No había escapatoria.

“El viento nos salvó. Avivó al fuego y nos protegió. Su aliento encendió las brasas apagadas. Nos amaron. Nos protegieron. Hermano contra hermano alzaron su mano. Ya no se amaron. Fueron desechados uno por uno hasta volverse rojos los campos. Sonaron las alarmas, enemigos extranjeros venían a conquistarnos. Ya no teníamos protección, las tribus habían fracasado.

“La destrucción de su pueblo sería culpa de ellos por acabar la única y verdadera protección que tenían. Avergonzados por el destino cruel que había de venir, juntaron todo su poder para abrir el portal hacia un mundo completamente nuevo y desconocido, podíamos empezar de nuevo con cimientos de mortandad. Ni un solo cuerpo dejaron.

“Conjuraron el poder de sus elementos. La luz y la oscuridad se unieron. Los cuerpos de todos los guerreros se elevaron en una brillante luz, cada uno fue introducido al cuerpo de su líder y así con cada fibra de su cuerpo y con cada gota de sudor y sangre, fueron creadas las armaduras. Cada una hecha con el recuerdo y poder de su tribu, la tribu que las creó”- Ahuitz terminó su canto. El humo del cocom adornó su rostro y le dio una apariencia mística- Es por eso qué les llaman Tribus, fueron creadas con los cuerpos de los guerreros antiguos. Esa es la razón por la cual todos le temen, los guerreros invencibles.

-¿Insinúas que nos atacaremos entre nosotros cómo sucedió antes?- Dara pensó en todas las veces que los cuatro pelearon en la escuela, cada discusión, cada palabra hiriente, cada golpe. No tenía que hacer mucho esfuerzo para imaginar el desastre que sería si obtuvieran los emblemas. No podía ser prudente despertar a las tribus. Lo mejor sería escapar. Huir.

-No puedo afirmarlo- sentenció él-. Sin embargo, es una posibilidad. Sus decisiones definirán quiénes son, los caminos que seguirán. Ya hay heridas y rencores entre ustedes, lo sé porque tres vinieron contigo y solo has preguntado por uno, por Farid. Nadie puede huir de su destino, Dara, Hija del aire- Después de eso Dara se fue a dormir, o por lo menos lo intentó.

La noche pasó rápidamente para Dara. Al final pudo dormir un poco sin embargo no pudo evitar soñar el recuerdo de todas las peleas que tuvo con Carlos y cómo éste siempre se burló de ella y la hizo menos. Despertó poco después del amanecer, lo primero que percibió fue el aroma de comida caliente, seguro Ahuitz ya había reparado algo para los dos. Ella miró el techo procesando todo lo que había hablado ayer con él. ¿Tenía que llamarlo abuelo? ¿Iktan también había muerto? Odió sentirse tan insegura. Era ya demasiado siempre tener que luchar contra todos en la escuela, tener que trabajar, que estudiar y el divorcio de sus padres, y ahora tenía que añadir esto. Este mundo le trajo más dolor, más cosas por las cuales pelear. Debía huir. Tomó la decisión de escapar de ahí en cuanto se asegurara que Farid estaba bien. ¿Debía ver por Carlos?

Finalmente salió de la habitación y, como imaginó, había comida ya servida a la mesa. Ahuitz le dijo que había agua caliente afuera para que se lavara el rostro y que se sentara a comer antes de partir por el emblema. Ella no lo contradijo, no quería decirle que huiría, no quería decepcionarlo. Comieron en silencio, él debió sentir algo porque no dejaba de mirarla. Dara se sintió analizada, escudriñada.

-¿Cómo aprendieron los guerreros originales a controlar los elementos?- preguntó ella. Reamente no quería saber, sin embargo, utilizó la pregunta para dejar de sentir la analizadora mirada de Ahuitz sobre ella. Tan profunda e intimidante.

-Los verdaderos guardianes aprendieron todo de Atonatiuh. Un supremo gobernante de nuestro pueblo. El cómo aprendió él es todo un misterio- Dara maldijo. Esperaba una historia tan larga y fascinante como la de anoche, sin embargo, Ahuitz no tenía intenciones de hablar mucho o simplemente no se dejó engañar por el intento de Dara-. En la cúspide de la montaña Itzmara- dijo él señalando hacia arriba- se encuentra el espejo para ir a tu mundo. Solo si te reflejas en él podrás regresar, Dara- ella no se perdió el tono seco y despectivo que él usó en su nombre, tampoco que, por primera vez, no la llamo Hija del aire.

-No es mi lucha, Ahuitz- ella se justificó y tal vez tenía razón. Una semana antes no tenía la idea de que había otro mundo, de que sus padres la habían adoptado. Una semana antes todo había sido normal, solo una chica más.

-Todavía. Aun no es tu lucha, todavía- respondió él-. Lo será. Ya sea por tu sangre, ya sea por tu poder, porque quieras proteger a tu familia. Dara -el anciano por primera vez tomó su mano, fue cálido y firme, pero apremiante y urgente-, el hecho que las Tribus estén preparadas para ser despertadas significa que hay peligro. Están hechas para proteger, Dara, a tu mundo y al mío porque pertenecen a ambos. Hija del aire, son la única defensa contra el Tirano. Él vendrá, no hay duda, y destruirá Wayak' y tu mundo y cualquier cosa que conozcas.

-No entiendo, ¿a quién te refieres? – dos flechas entraron a la casa, una de ellas rozó la sien de Dara. Ella cayó sorprendida y asustada, Ahuitz la sujetó y ambos entraron a la habitación de atrás- ¿Amigos tuyos?

-Están aquí por ti- contestó él mientras sacaba un arco, unas flechas y una cuchilla-. No todos en la isla están contentos con su llegada- golpes en la puerta lo interrumpieron. Los enemigos que habían llegado pronto la tirarían-. ¿Arco o cuchilla? – Dara lo miró como si hubiera perdido la cabeza- Arco será. Apunta a la pierna si no quieres matarlos.

Dara a regañadientes tomó el arma en sus manos. Una rápida explicación de Ahuitz sobre cómo sujetar el arco y pronto se encontró frente a una puerta casi vencida apuntando con una flecha. La adrenalina corrió por su cuerpo, los latidos de su corazón retumbaron en sus oídos evitando que escuchara cualquier otra cosa. ¿Sería todo el tiempo así si obtenía la Tribu? Una flecha atravesó una abertura casi hiriendo su hombro, escuchó vagamente la voz de Ahuitz ordenándole que se concentre. Cuando Dara vio que la puerta finalmente cayó y, por primera vez, vio los rostros enemigos, soltó la cuerda liberando la flecha.

Sintió el ardor en su antebrazo izquierdo cuando la cuerda lo rozó, un error común en aquellas personas que jamás habían utilizado un arco. Ahuitz atacó sin reservas a quien intentara ingresar, Dara, al estar lanzando flechas, evitó que se abalanzaran sobre ellos. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no era posible mantenerlos afuera con solo herirlos, eran guerreros orgullosos que se levantaban una y otra vez, tenía que ser letal si quería sobrevivir. Titubeó un momento bajando el arma, una mujer frente a ella le apuntó, Dara miró la flecha ser disparada y atravesar el hombro de Ahuitz quien la había protegido. Él arrojó su cuchilla a su atacante de una forma precisa matándola en un segundo.

Otro hombre se acercó a ellos, Dara no tenía tiempo de preparar su arco así que tomó la flecha, la enterró en su pierna y luego lo golpeó con el arco en la cara derribándolo. El movimiento hizo que el viento se agitara dentro de la casa y Dara no perdió tiempo después de eso. Lanzó flechas sin la necesidad de usar el arco y golpeó a cada enemigo con ráfagas de viento dejándolos inconscientes. Ahuitz, aunque herido, no

cesó de pelear y en poco tiempo derribaron a todos.

Diez cuerpos a su alrededor descansaban inertes, algunos amarrados de manos y pies, mientras Ahuitz fumaba su cocom y era curado por Dara. A pesar de las peticiones de él para eliminarlos a todos Dara decidió no matar a ninguno. Ella no sería una asesina.

-Eres una guerrera natural- Ahuitz alentó-, y si quisieras, también serías letal.

-Pero no quiero- ella terminó de curar a Ahuitz-. Puedo pelear sin matar. Hoy he confirmado eso.

-Tienes que irte. Ya saben que estás aquí- Dara intentó protestar, pero Ahuitz alzó su mano en señal de que guardara silencio-. Tú eres una protectora, Hija del aire, ese es tu camino. Uno más importante que el mío.

-Si saben que estoy aquí ellos vendrán y te atacarán. No podrás con todos- aunque Dara lo intentó no pudo evitar que sus ojos se humedecieran-. Ven conmigo.

-Mi niña- Ahuitz tomó el rostro de Dara en sus manos tiernamente, una mirada dulce ocupó el lugar en los ojos antes severos-, crecí y he envejecido, y mis ojos jamás han visto algo tan hermoso como verte a ti, mi nieta. Tuve días en que dudé que esto pasaría, pero estamos aquí, estás aquí- besó su frente-. No pude protegerte en el pasado, puedo hacerlo ahora, puedo detenerlos lo suficiente. Ve por el emblema, protege el mundo que amas y el mundo que amo, en el cual debiste crecer. Se fuerte.

Esta vez Dara no evitó en nada las lágrimas que se derramaron sobre sus mejillas. Supo exactamente qué significaban las palabras de Ahuitz. Era la despedida. Otra vez. Él le dio un odre lleno de agua y comida envuelta en hoja de plátano. Le dijo que siguiera río abajo y llegaría fácilmente a la neblina que cubre el emblema, al obtenerlo tendría que regresar y llegar hasta el este, más allá de la Torre Oscura, hallar la cámara que guarda la Tribu y liberarla. Ahuitz le dijo que jamás olvidara que la Tribu es solo una herramienta, la esencia de cómo se usaría vendría solamente de ella.

No supo cuánto corrió entre la oscuridad de la selva, cuando se dio cuenta ya estaba muy lejos de la casa del hombre que dijo ser su abuelo. Escuchó el agua correr junto de ella, el río debía estar cerca. Caminó hacia el sonido hasta que dio con la orilla de un río caudaloso. Bebió agua y llenó su odre, comió un poco y siguió su camino río abajo.

Dara pensó que si conseguía rápidamente su emblema podía ayudar Ahuitz. No podía asegurar que había creído las palabras del hombre, sin embargo la sinceridad de su voz y de su mirada llena de voluntad la hicieron pensar. Por supuesto que no dejaría de amar a sus padres y hermanos en el otro mundo, pero no pudo evitar pensar en sus padres biológicos, si es que las palabras de Ahuitz eran ciertas.

La noche pronto iba a caer cuando Dara se encontró a mitad del camino, subió a un árbol con ramas muy gruesas y se durmió con la espalda contra el tronco. No hacía frío, el aire era cálido y acogedor, pronto se encontró entre sueños. Sueños y recuerdos de su vida y de lo que pudo ser, creciendo ante los ojos de sus padres y hermanos, también cómo pudo ser crecer ante los ojos de Ahuitz y de Iktan y Akna, sus padres biológicos, crecer junto a Carlos. Sus mejillas empapadas por sus lágrimas la despertaron, el sol comenzaba a salir cuando se lavó el rostro para borrar cualquier signo de duda y debilidad. Comió un poco más y guardó lo que quedaba para más tarde.

Era medio día cuando notó un campo de niebla a medio kilómetro de distancia, observó que la bruma era intensamente densa y una vez dentro no podría ver nada frente a sus ojos, ni árboles, ni camino, río o barranco, estaría a ciegas una vez que ingresara. Suponía que era una prueba para que solo aquel que fuera digno del emblema pudiera salir ileso del lugar. Siguió avanzando hasta adentrarse completamente en la niebla. Los sonidos de la selva dejaron de escucharse en cuanto ella puso un pie dentro, solamente sus pisadas, lentas y firmes se escucharon. La temperatura bajó lo suficiente para que ella viera su aliento en cada exhalación y pronto su ropa se sintió empapada y pesada, cuanto más se adentró más denso sentía el aire y le dificultaba respirar. Se sintió perdida y sola más que nunca en aquel banco de neblina. Le pareció escuchar pasos y murmullos a su alrededor y se puso en cuculillas intentando detectar los sonidos.

El llanto de un bebé la alertó, la risa de un hombre, las súplicas de una mujer pidiendo por sus hijos, la voz de sus padres, sus hermanos jugando. Ahuitz. Carlos. De pronto lo supo, la niebla vio en su interior y trajo los sonidos de sus miedos y temores, de sus deseos y anhelos. Queriendo regresar a casa, donde creció, y, sin embargo, imaginando crecer ahí, en Wayak'. Su confusión se agrandó y con ella el murmullo de las voces. Escuchó peleas y decepciones, palabras hirientes contra ella; a Iktan satisfecho con abandonar a sus hijos en otro mundo y Akna muriendo de tristeza. Sus amados padres discutiendo por saber quién tiene la culpa de su desaparición en el otro mundo. Las voces siguieron en aumento y rápidamente el murmullo se volvió estruendo. Ella intentó huir, correr sin ver a dónde se dirigían sus pisadas hasta que cayó por un precipicio.

Cuando ya había caído varios metros, por su mente pasó que no sabía que tan profundo estaba o qué había abajo, si es que había un final. Pensó en cómo había ocupado su habilidad en la casa de Ahuitz y se dijo a sí misma simplemente ocuparía el aire para detenerse y no salir lastimada. Así lo hizo, con un poco de esfuerzo hizo un giro de viento que la detuvo lo suficiente hasta llegar al suelo.

-No puedes huir siempre, Dara- la voz de Ahuitz resonó entre la neblina, aunque esta vez no sonó nebulosa, distante y fría como hace unos minutos, se escuchó como si el anciano se encontrara fumando cocom a unos pasos de ella-. Tienes que ser fuerte, Hija del aire.

-Duele- sollozó Dara-. Duele saber cómo pudo ser. Lo que debió ser.

-No te equivoques, Hija del aire- su voz sonó cerca de Dara-. Lo que debió ser es solo bruma, fantasía, no es una realidad. Lo que fue solo ha servido para forjarte para este momento. Únicamente hay un tiempo que importa en el mundo, en cualquier mundo y es el presente.

-¿Qué será si me equivocó?- ella cuestionó.

-El futuro no está escrito en piedra-él contrató-. Se puede modificar, mi niña. Recuerda eso siempre.

-Tengo miedo- fue la sincera respuesta de la chica.

-Serías una tonta si no fuera así.

Caminó unos cuantos metros y pronto la neblina se transformó en tornados, aunque los terribles vientos impedían que viera claramente, alcanzó a notar que en la cima del tornado más grande y poderoso se encontraba un templo flotante. Pudo sentirlo, la llamaba, el emblema la llamaba. Las ventiscas fuertes y sin misericordia le impidieron avanzar, incluso la respiración era algo que pronto ya no podría hacer. Tenía que detener los tornados.

-No te preocupes niña, no tendrás que subir- dijo una voz extrañamente familiar. Cuando Dara miró se trataba de uno de los hombres que había atacado a su abuelo- Ahuitz pudo vencer a mis compañeros, pero yo soy mejor, ahora te reunirás con él, con tu padre y con la traidora de tu madre- Empuñó su arma y la levantó contra ella, era ahora o nunca, tenía que vivir. Corrió rápidamente y se dirigió a uno de los tornados rogando que funcionara su plan, cerró los ojos y se lanzó a los vientos huracanados. La violencia del viento era tremenda, tanto que por unos breves segundos se desmayó, puso todo su esfuerzo en esto, Ahuitz murió por ella, su abuelo dio la vida por ella, era justo pagar algo tan

grande.

Juntó sus manos como si se tratara de una oración, luego extendió sus brazos rápidamente y con fuerza, al instante el viento dejó de moverse y lo único que hacía era obligarse a flotar plácidamente. Cuando su agresor notó este cambio en el tornado, se lanzó contra él para alcanzar a Dara, ella, al darse cuenta, saltó hacia otro, luego lo calmó y así estuvo sobre cada uno hasta que alcanzó al más poderoso de todos, en cuya cúspide aguardaba el templo y, por tanto, el emblema. El hombre que la perseguía saltó tras ella cada vez, hasta que vio que Dara había entrado al último tornado, se detuvo, pensó que si ella lograba dominarlo iría tras ella, sino, significaba que había muerto y ya no tendría que preocuparse. Durante varios minutos el hombre esperó, la violencia del tornado era abrumadora y él sospechó que no había manera que alguien, Hija del aire o no, sobreviviera a tal violencia. Satisfecho, el perseguidor dio media vuelta para saltar y salir de ahí.

De repente, desde abajo del tornado, el viento disminuyó su velocidad hasta detenerse, poco a poco el descenso de la velocidad alcanzó la zona más alta y ahí se podía ver la silueta de Dara, fatigada y pálida porque había ocupado demasiada energía en esta última prueba. Aquel hombre la miró con odio, un anciano y una niña le habían causado muchos problemas, con mucha agilidad y furia subió casi hasta donde estaba ella. Dara, cuando se dio cuenta de la presencia de su perseguidor, subió hasta dónde se encontraba el templo.

No era muy grande, de hecho apenas y podían caber unas cuantas personas, el lugar se encontraba muy viejo y sucio, las paredes comenzaban a quebrarse y en medio de la habitación una simple caja de piedra sin aparente importancia. Miró de nueva cuenta hacia abajo y su perseguidor aún no salía del torbellino que, aunque el viento ya era más tranquilo aun impedía un ascenso sencillo como en los anteriores tornados.

Ella, entonces, se encaminó hacia la caja y con sumo cuidado la abrió, ahí se hallaba algo parecido a un relicario con el emblema grabado. Cuando Dara lo tomó, se escuchó un terrible y horroroso grito. Miró hacia fuera y todos los tornados habían desaparecido, sin ellos su agresor simplemente cayó al abismo. Miró el relicario entre sus manos y tomándolo lo colgó en su cuello, tomó vuelo y se lanzó. Cuando estuvo a punto de chocar contra el piso, hizo una burbuja de aire y se detuvo. Solo miró una vez el templo y después volvió a la casa de Ahuitz sin saber que Farid, Diego y Carlos supieron el momento exacto en que había tomado su emblema.

Cuando llegó lo único que pudo ver era la cabaña entre llamas, se encontraba muy cansada por todo lo que ya había hecho, pero decidió tomar sus últimas reservas de energía para apagar el siniestro. Hizo que

el viento soplara provocando que el fuego se elevara y se alejara del lugar; cuando retiró todas las llamas ella entró. La batalla, ella pudo observar, fue violenta. No pudo identificar a Ahuitz entre todos los restos. Seguramente el pergamino de su familia también se había destruido con el fuego y nada de lo que había sido la casa quedó de pie.

Se sintió muy débil y agotada, no solo de una forma física, también emocionalmente. ¿Cuántas vidas más tendrían que perderse? Con esto en mente perdió el conocimiento y su cuerpo cayó entre los escombros, ahí, desprotegida y desmayada, sin una gota de energía, permaneció dormida hasta el amanecer. Cuando reaccionó se levantó lentamente y miró a su alrededor, recordó todo lo que había pasado en los últimos días.

Los pedazos de madera quemada se encontraban tirados por todas partes, el hermoso jardín que había fue consumido por el terrible fuego, Dara sintió un gran vacío en su corazón y una gran culpa ya que si ella se hubiese quedado a pelear, tal vez Ahuitz seguiría con vida. Con sus manos comenzó a levantar cada pedazo de madera que encontró, intentó buscar de forma insistente cada cuerpo. Pudo escuchar en su mente las voces de Carlos y Diego mencionando que era una tontería, tal vez incluso Farid tendría dificultades en entender sus acciones, pero, entre todas las voces, podía escuchar claramente a Ahuitz diciéndole que ella había elegido ese camino. No el camino de la guerra, la muerte o el odio, si no el camino de la vida, la esperanza y el amor.

Se sintió ridícula por un momento.

Comenzó a limpiar y escombrar para que el terreno quedara lo mejor posible, enterró los cuerpos y luego se adentró de nueva cuenta a la selva y de ahí tomó decenas de flores bellas y exóticas, con colores brillantes y llamativos y las fue colocando alrededor de dónde alguna vez estuvo la cabaña. Tardó un par de horas en tomar las flores necesarias para esto, pero finalmente acabó. Luego con unas piedras hizo un monumento y escribió: "El que no conoce su historia, está condenado a repetirla". Así, viendo por última vez aquel hogar al que hubiera pertenecido, se marchó, sin mirar atrás, con una sola idea en la mente, terminar lo que hacía siglos fue empezado. Y con el pensamiento de no derramar una sola lágrima, ni ante la tumba ni lejos de ella, en memoria del guerrero que peleó por su familia, guiada por el deseo de proseguir en su extraño destino, se encaminó hacia el este en donde se hallaba la cámara que resguardaba el alma de quinientos guerreros atrapados en la armadura del viento.

Capítulo 7

CAPÍTULO VII

LA TORRE OBSCURA

Mientras Diego caminaba buscando una pista de dónde se podía encontrar el emblema que tanto buscaba, la paciencia se le agotó, fue en ese momento que sintió una turbación en el aire. Ella tenía el emblema, estaba seguro de eso, debía apresurarse para obtener el suyo. Había intentado ir río arriba desde Ahavil Sasil, sin embargo, después de eso no tenía ni idea de qué más hacer. Se encontraba a la parte noreste de las faldas de la montaña, en algún momento tendría que cruzar el río, pero no sabía qué dirección seguir después. Escuchó ruidos muy extraños entre las copas de los árboles o en los arbustos- Solo es el viento- se decía a sí mismo, intentando engañarse. Pero bien sabía que del viento no salen voces extrañas y murmullos. Ya impaciente se llenó de valor y vio por detrás de los arbustos, se vio cara a cara con unos pequeños hombrecitos de no más de treinta centímetros, con colmillos como jabalíes y largos brazos que llegaban al suelo. Todos vestían unos pantaloncillos y playeras sucios, Diego observó que llevaban palas y picos.

-¿Quiénes son y por qué me siguen?- preguntó Diego.

-Somos googsis, señor- respondió uno de ellos-. No lo seguimos, señor. Los googsis no somos rastreadores, señor. Nosotros cavamos- Diego pudo observar que, en efecto, llevaban cavada una gran zanja al costado del camino, tras los arbustos-.Yo soy Ahct, estamos excavando, eso es lo que hacemos día y noche, señor. ¿Quién sois vos?

-Soy Diego, y busco el emblema del agua. ¿Alguno me podría ayudar? Quiero saber dónde está- los googsis hablaron entre ellos con murmullos, miraban a Diego y luego volvían a hablar. Algunos se les podía ver mover la cabeza en forma negativa y otros asentían con gran sonrisa.

-Bien- continuó un Googsis anciano-. Si queréis ayuda nosotros ayudaremos. Pero escuchad con atención las advertencias que os digo, señor. Cuando anochezca, vos haced una fogata lo antes posible, nunca miréis hacia atrás y si lo llegáis a hacer no salgáis corriendo. Ahora, mirad a lo lejos, en dirección sureste, ahí, entre la espesura de la selva, se halla la gran Torre Oscura, solo alguien existe ahí. No se sabe si está vivo o muerto, pero, él, con agrado, os ayudará, señor.

-¿Solo tengo que ir a la torre y ya?- preguntó Diego.

-¡Sí, sí mi señor! Si todo marcha bien y no rompes ninguna de nuestras advertencias, estaréis a salvo y su ayuda llegará. De lo contrario solo muerte hallaréis- al decir esto, siguieron cavando.

Diego los miró desconcertado, después de esa inquietante advertencia ellos lo ignoraron totalmente. Posteriormente vio el horizonte, ahí a unos cuantos kilómetros se veía una enorme torre que se elevaba hasta el cielo. Diego avanzó y se encaminó hacia el extraño lugar, mientras avanzaba vio las nubes que aparecían por arriba de él y a lo lejos vio lo que parecía ser un ave azul, muy grande, con cola parecida a la de un pez y pico de Tucán. En aquel lugar se le daba el nombre de volkcs. Esta ave atravesó lo que en un principio Diego confundió con una nube, pero el ave no salió, en cambio solo se veían plumas azules saliendo por todas partes.

-Ese trectons ha comido muy bien- dijo una voz chillona. Al instante Diego volteó y se trataba de uno de los googsis. Era muy joven y no tenía barba, sin embargo estaba muy encorvado.

-¿Qué quieres?- preguntó Diego.

-Mi señor, si aprecias su vida no sigáis adelante- dijo temblando y tomando a Diego de la mano-, mejor huid y perderse vuestros pasos. Pero, vos, al marcharse, perderá el derecho a mirar a cualquiera a los ojos, por cobarde. Peligros insospechados os esperan adelante y nadie hará nada por el señor.

-Tú lo dijiste, tengo que ir, tengo que encontrar a mi hermano y cuando lo halle no quiero que vea a un cobarde- dijo Diego mientras seguía caminando.

-Entonces- continuó el googsis-, tomad este cuchillo que será la única protección del señor. Recordad que en cuanto el sol comience a morir, haced una fogata que os proteja de la oscuridad- al decir esto el googsis se marchó.

-Que seres tan extraños- se dijo Diego mientras guardaba la daga. Luego vio el cielo y notó que el sol comenzaba a matizar. Hizo lo que le dijeron aquellas extrañas criaturas y encendió una fogata en medio de la oscuridad, a unos cuantos metros de la división del río. Ambos brazos del río se dirigían al oeste, sin embargo, uno se desviaba al norte y otro al sur. Si atravesaba aquel torrente pronto llegaría a la Torre Oscura. Se sentó a tan solo un metro de la fogata y observó las llamas saltar.

De pronto escuchó ruido tras de él, pensó que de nuevo eran aquellos hombrecitos, pero recordó lo que le dijeron. No mirar atrás una vez que

encienda la fogata y no correr jamás. Así lo hizo, pero el ruido era muy fuerte, escuchó lo que parecían ser aullidos y arañazos, luego gruñidos aterradores. Embriagado por la curiosidad poco a poco giró la cabeza y aterrado miró a las bestias que se escondían tras los arbustos. Animales tan altos como él, albinos, con ojos enormes, con dos pares de brazos y con dientes afilados. El nombre de esas criaturas era Mish. Ningún animal salía cuando ellos se encontraban cerca. Eran muy peligrosos y comían cualquier tipo de carne, incluso la humana. Diego quiso salir corriendo al verlos, pero detuvo su andar, los volvió a mirar y notó que no se acercaban a él y se escondían entre sombras.

-No soportan la luz. Por eso no debo correr- entonces se acercó aún más al fuego y los Mish no se podían acercar. Diego comenzó a notar que poco a poco la fogata se extinguía, así que tomando un pedazo de madera encendido se dirigió a los arbustos y árboles para tomar madera. Hizo el mismo procedimiento otras dos veces más, pero la última vez notó que los mish hablaban entre ellos, o, mejor dicho, gruñían. Diego los observó por un instante, ya que la oscuridad lo invadía, no notó a un mish que se acercaba a él, y con un recipiente, echó agua a la antorcha.

El Hijo del agua se dio cuenta de que estaba sin protección y que la fogata se encontraba a unos quince metros de él, corrió hacia ella, pero fue detenido por decenas de manos frías. Golpeó ciegamente a su alrededor intentando quitarse a sus atacantes. Tomó el cuchillo y con él se defendió como pudo. Pero en la oscuridad estaba totalmente indefenso. Por fin cuando lo tiraron, comenzaron a desgarrar sus ropas para matarlo, de pronto un rayo golpeó justo al lado de ellos. Los mish, sorprendidos huyeron despavoridos. Mientras, Diego se quedó tirado en medio de la selva. Después de unos largos minutos logró levantarse con algo de esfuerzo, Miró el cielo, no había ni una nube, las estrellas se veían brillantes y cercanas. Se sintió aliviado y a la vez consternado, se acercó a su fogata, se aseguró de que tuviera suficiente leña y luego, agotado, se quedó dormido.

Al amanecer Diego se vio así mismo con la ropa llena de sangre, suya y de los mish. Escuchó el río cercano y ahí se lavó el rostro, las manos y la sangre seca. Sentía un terrible escalofrío en todo su cuerpo al recordar a aquellas horribles criaturas, sus garras sobre él, sus gruñidos cerca de su oído y aquel rayo golpeando tan cerca, casi estratégicamente. Finalmente miró hacia la Torre Obscura, poderosamente erguida a lo lejos, al otro lado del río, por el cual le era inútil cruzar a menos de que hallara un puente. De pronto escuchó, de nueva cuenta, murmullos tras de él.

-Señor, ha sobrevivido- dijo una voz que Diego reconoció- ¿Se acuerda de mí?

-Eres el googsis, que me dio la daga. ¡Claro que me acuerdo de ti, me

hubieras dicho a qué me enfrentaba! - se quejó Diego de manera hosca.

-Se ha enfrentado a los mish, señor. Vos debe ser muy poderoso para enfrentarlos a todos, señor.

-Me he salvado de puro milagro- respondió de mal humor-. ¿No ves todas las heridas que tengo? Idiota – Diego siguió lavando sus heridas en el río- ¿Cómo no los atacaron a ustedes?

-Cavamos y pusimos fogatas, Señor- Diego vio a todo el grupo de googsis que seguían cavando, algunos estaban descansando y tomando agua de unas pequeñas cantimploras- Podemos curar sus heridas, si el señor quiere- el Hijo del agua se acercó a un grupo que parecía demasiado entusiasmado de curarlo para su gusto. Pronto pusieron en sus heridas una mezcla viscosa azul y hojas de árboles cercanos. Un agradable calor lo cubrió y supo que estaba sanando correctamente. El aroma de la mezcla era ácido, sin embargo, embriagante, sentía que lo ayudaba a mejorar. A descansar. Pronto su mente se sintió relajada y distante, como si durmiera, pero al mismo tiempo podía escuchar todo a su alrededor. Pronto unos susurros llegaron a sus oídos, y elevaron sus voces hasta que percibió palabras y pudo distinguir una conversación que había escuchado hace tantos años y que había dejado olvidada en su memoria.

-De una u otra forma mi familia es la que tiene la llave de la destrucción- dijo Balam a un hombre que Diego nunca pudo ver.

-Es verdad, pero gracias a lo que hiciste los mundos tienen esperanza- respondió ese hombre, su voz también resultaba familiar.

-¡Mi hijo, mis hijos!- gritó él- Destinados por mi pueblo, por mis ancestros, a destruir o crear, a bendecir o maldecir. Todo por culpa de él, por querer ser lo que no es. Pero quizá ahora haya una esperanza, solo espero que sean capaces de perdonarme.

-No tenías otra opción- respondió el hombre-. Con el Libro de las Sombras y la Piedra Infinita, brindaste una ventada de esperanza. De ellos dependerá cómo la aprovechen,

-Solo espero- continuó el padre de Diego-, que ellos dos no se destruyan antes de lo planeado. Se odiarán, lo sé, pero juntos serán la última defensa o el mazo de la destrucción- en ese momento alguien dentro de la habitación se movió, Diego se dio cuenta que era Claudia- Dime, ¿pudiste encontrar lo que te pedí?

-Sí, señor -contestó Claudia-. El espejo se encuentra donde sospechabas.

-Escuchen, les dejaré una tarea muy importante por si algo me llegara a pasar- ordenó Balam-. Mis hijos estarán bajo su cuidado. Asegúrense de

que no se maten hasta que lleguen a Wayak”, la profecía debe cumplirse.

-¿Estás dispuesto a que tus hijos peleen?- preguntó Claudia.

-No hay opción- respondió el otro hombre- es necesario. Por esa razón ocupamos el Libro de las Sombras.

-Sí, ipero son sus hijos! - contestó fríamente Claudia-. Como no se trata de los tuyos lo tomas a la ligera.

-Que no se te olvide, Claudia- respondió molesto aquel hombre-, que mi familia también peleará, eso me duele, pero mi corazón de padre no se interpondrá con mis decisiones de guerrero.

-Hablando de eso- interrumpió Balam después de un largo silencio-. ¿Qué pasará con ellos?

-No te preocupes, los hemos colocado en familias que nosotros protegeremos- dijo el hombre.

Diego reaccionó cuando sintió que los Googsis habían terminado de curarlo. Le sorprendió el trabajo, aunque rústico, bien hecho. Agradeció a las criaturas que estaban encantadas con el tono amable que les dio el Hijo del agua, muy raro en él, aunque ellos no lo supieran. Finalmente, Diego caminó hacia el río y tomando una profunda respiración extendió la mano y se concentró en detener el flujo del agua. La corriente era muy fuerte y el río caudaloso, sin embargo, la voluntad del joven fue firme y lentamente el flujo fue deteniéndose hasta que el nivel del agua menguó y Diego pudo pasar por el camino ahora seco. Los googsis vitorearon y gritaron el poder del Hijo del agua y él se sintió complacido y orgulloso de que se reconociera su esfuerzo.

Finalmente, después de una larga jornada, Diego llegó a la entrada de la Torre Oscura. Como dice su nombre, era una enorme torre en forma circular, constaba de unos cincuenta pisos y cada piso contenía ventanas en forma arqueada. Alrededor llevaba unos caminos que llegaban hasta la cima pero eran bloqueados por grandes rocas, derrumbes de la misma Torre y algunas partes de las escaleras se habían dañado con los años. Rodeando ese lugar estaban varias esculturas de caballos con alas de un murciélago, venados blancos alados y leones con cabeza humana. Las paredes estaban muy dañadas y llenas de maleza muerta, parecía que la Torre había sido construida hace mucho tiempo, hace ya milenios. Todo a su alrededor era naturaleza muerta, no había animales ni plantas, arriba de ella siempre existía una nube negra que cubría su parte más alta. La entrada era de madera muy vieja y podrida, que en otros tiempos pudo haber sido ejemplo de belleza y elegancia, estaba tallada las imágenes de cuatro personas, llevaban plumas en sus cabezas y en los escudos, y se podía notar que alguna vez estuvieron pintados y adornados con piedras

preciosas.

Cuando Diego se acercó para abrir la puerta aquellas figuras de personas se movieron y colocaron sus lanzas en forma de cruz para no dejar pasar. Diego se sorprendió bastante al verlo cayendo al suelo de la impresión, las figuras volvieron a su estado normal cuando ya no sintieron su presencia cerca de la entrada. El joven permaneció en silencio e inmóvil durante algún tiempo, jamás dejó de mirar la puerta entre asombrado y aterrado, se levantó sin dejar de mirar a los guerreros tallados sobre la madera. A pesar del daño en ella los guerreros seguían protegiendo la entrada de aquel misterioso lugar. Diego se acercó un poco más, lo suficiente para no ser detectado, a esa distancia se dio cuenta de que había algo escrito en la puerta. Era una escritura extraña y él jamás supo decir si siempre había estado sobre la puerta o apareció después. Pese a la extraña escritura, muy diferente a los códices mayas, entendió perfectamente lo que decía:

Somos los guardianes del tiempo

somos los guerreros del ayer;

representamos tu presente

y nos convertiremos en tu futuro.

Si eres digno de entrar

abre la puerta sin pensar,

si no márchate

o la muerte encontrarás.

Somos los guardianes del tiempo,

los cuatro hijos de Atonatiuh;

somos los hijos de los elementos.

dinos ¿quién eres tú?

¿Era un acertijo? Diego no estaba seguro, pero sí sabía que tenía que hacer algo para pasar por aquella puerta. Podría ser tan simple como anunciarse y decir quién era. Eso era lo que pedía la puerta, ¿cierto?

-Soy Diego, - esperó un momento y la puerta no se abrió. Probablemente sería más complicado de lo que pensó. Analizó nuevamente las palabras leyéndolas una y otra vez- Soy el Hijo del agua y soy el primogénito de Balam- anunció con voz firme y potente. Los guerreros tallados sobre la puerta abrieron sus bocas y emitieron un terrible gemido de dolor, Diego tuvo que cubrirse los oídos con ambas manos para soportarlo.

-Hijo del agua- anunciaron las voces- una verdad has dicho, tu más noble identidad. Guardián del agua, tu pasado y tu destino finalmente unidos estarán una vez que entres por estas puertas- callaron los guerreros, sus rasgos se endurecieron más, a Diego le pareció como si perdieran la magia que les permitía moverse o solo volvieran a dormir. Sin estar seguro, y no queriendo más sorpresas, ingresó a la Torre Oscura lo más rápido que le permitieron sus piernas. Dentro de la torre, Diego notó una sala vacía, circular, pobremente iluminada y al final solo se hallaban tres puertas. El piso era marmoleado, blanco y negro, no había escaleras en ningún lado y dos antorchas alumbraban el lugar con una luz violeta. Caminó y entró por una de ellas, cuando salió se encontraba en el mismo lugar. Diego se confundió un momento, luego notó que había una placa de metal en donde se encontraba escrito algo.

Él inicia su camino por el este,

descansa de su duro trabajo en el oeste,

pero se vuelve un gigante a medio día.

-Un acertijo. Veamos. El este, es mi derecha- se metió en la puerta de la derecha, salió en el mismo lugar-, luego el oeste es mi izquierda- entró en la puerta izquierda y volvió a salir al mismo sitio-. Finalmente, el medio día es el centro- entró a la última puerta, la del medio y cuando salió se encontraba en frente de una enorme escalera en espiral, las antorchas comenzaron a encenderse una por una con una luz azul, alumbrando toda la escalera.

Poco a poco subió las escaleras llenas de tierra y polvo y piedras pequeñas, el eco de sus pasos se escuchaba por toda la torre haciendo temblar la débil estructura, sintió cierto temor ya que no le gustaba el crujir de las rocas. Después de haber subido varios metros pisó un escalón débil por el tiempo y éste se derrumbó haciéndolo caer. Diego logró sujetarse de un pequeño hueco en la pared, miró hacia abajo y se encontraba tan alto que el suelo ya no se alcanzaba a ver, así que puso

todas sus fuerzas y determinación en subir. Una vez a salvo volvió su vista hacia el frente y desde donde estaba había una distancia de diez metros para el siguiente escalón. Miró a sus espaldas, regresar aún parecía seguro, pero sin duda no era una opción para él.

-Genial- miró a su alrededor y tocó la pared, algunas piedras eran fáciles de mover, por lo que quitó algunas de tal forma que podía apoyarse en los agujeros que quedaban. Así fue moviéndose lentamente, pegado a la pared; sus manos pronto sangraron por la fuerza que Diego utilizó para sujetarse y el dolor le era insoportable-.

Después de eso pisaba con mucho cuidado cada uno de los escalones, la luz azul de las antorchas resplandecía quedamente, así que Diego no pudo ver que en la pared había unos treinta agujeros, cuando pasó frente a ellos salieron disparadas flechas dirigidas hacia él. Todo fue tan repentino que algunas flechas lo alcanzaron en un hombro y en la pierna, rápidamente se arrojó al otro extremo para no salir más herido. Ya a salvo, logró quitar las flechas de su cuerpo, la sangre caía poco a poco, así que rasgó la ropa que llevaba y se vendó. A pesar del gran dolor que padecía, tuvo la fuerza suficiente de levantarse y seguir.

Siguió caminando, ahora no solo pisaba con mucho más cuidado también se fijaba si había agujeros en la pared, y aunque eso lo hacía moverse más lento no quería ser sorprendido de nuevo. De pronto escuchó el sonido de agua corriendo, cada vez más fuerte mientras seguía subiendo hasta que la tenue luz de las antorchas le permitió ver el brillo del agua al caer. Diego sabía perfectamente que el agua no caía hasta el fondo, puesto que metros abajo la hubiera notado. Al llegar a la orilla del escalón se dio cuenta que se trataba de una pequeña cascada artificial, no había escaleras y tampoco podía sujetarse de la pared puesto que el agua lo arrastraría hacia abajo. El siguiente escalón se encontraba a unos quince metros, no podía saltar tan lejos.

-Por fin una prueba hecha a mi medida- se dijo. Levantó un brazo y lo extendió hacia el frente. Cada día sentía que dominaba más el agua, podía apreciar mejor el poder que corría en su cuerpo. El agua de la cascada se elevó y dejó de caer, Diego logró crear un piso de agua. Extendió ambos brazos y lentamente, cerrando los puños, los regresó a su pecho, como si extrajera algo. Poco a poco el agua se fue congelando permitiendo un piso sólido. Diego atravesó sin ningún problema, cuando finalmente cruzó permitió que la corriente del agua siguiera su curso. Satisfecho consigo mismo de superar una prueba hecha para él avanzó nuevamente, pero fue cuando se dio cuenta.

-El escalón la prueba de la tierra- decía mientras caminaba-; las flechas la prueba del aire; la cascada es la prueba del agua y finalmente...- guardó silencio, antes de que dijera la última prueba Diego miró hacia atrás y una gigantesca bola de fuego se acercaba rápidamente hacia él. Corrió, no le

preocupó los escalones que podían derrumbarse en cualquier momento o las flechas que podían atravesarlo, lo único en su mente era el deseo de no morir quemado. Sin agua a su alrededor que dominar estaba totalmente desarmado y expuesto.

Al mirar al frente se dio cuenta de que se encontraba a pocos metros de la única puerta que se hallaba al final de la escalera, tomó toda su energía para correr más rápido y llegar a ella pues sentía cada vez más el calor abrasador. La puerta estaba cerrada y aunque haló con todas sus fuerzas no pudo abrirla y no había nada escrito en ella que le indicara cómo quitar el sello. La esfera cada vez se acercaba más a él. Tomó una decisión, si este era su fin, no iba a hacerlo fácil para nadie. Concentró toda su energía y mente en sentir el más minúsculo vestigio de agua cerca de él; respiró profundo, aun sintiendo que el fuego se acercaba más, abrió los ojos y de un solo movimiento violento dio un aplauso que resonó en toda la torre. Cada diminuta molécula de agua que había en la Torre Obscura se dirigió directamente a la bola de fuego. A un par de metros de alcanzar a Diego el orbe infernal había sido extinguido. El joven cayó rendido, agotado por la exigencia que se había autoimpuesto, el sonido de una cerradura abrirse llamó su atención. La puerta a sus espaldas finalmente se abrió de una forma exageradamente sencilla. Diego tomó su tiempo para ponerse de pie y atravesar la entrada.

Ingresó a la habitación, contrario a toda la Torre, estaba muy bien alumbrada. El piso estaba brillante y pulido, ajedrezado, de colores negro y vino. Tenía doce ventanas que permitían la entrada de la luz exterior, estaba pocamente amueblado, sin embargo de forma agradable. En medio de la sala estaba un sofá, una mesa cafetera y un sillón, todos le pareció a Diego, eran parecidos a las salas que encontraba en cualquier casa de su mundo. En otro lado de la habitación había un escritorio, sobre él había hojas, libros, algunos pergaminos también y una brújula, el joven prontamente notó que, a diferencia de todo en la Torre Obscura, este espacio parecía que alguien lo habitaba actualmente. Sobre el escritorio, pegado a la pared se encontraba un viejo pergamino brillante. No había nada escrito en él, tampoco nada dibujado, cuando Diego se acercó, el pergamino brilló aún más fuerte. Cuando lo tocó, las palabras Mapa de Wayak', aparecieron en el centro.

-Es la isla en donde ahora nos encontramos, es este mundo- se escuchó una voz fría y en forma de siseo. Diego miró a sus espaldas, asustado, pues no había notado la presencia de nadie más, no obstante solo vio una figura brumosa hecha de sombras en medio de la habitación. -. Acércate Hijo del agua, hace mucho que no recibo una visita.

-¿Quién eres?- Diego cuestionó mientras se acercaba con cautela.

-Un recuerdo vago de lo que alguna vez fui, solo soy el susurro de mi existencia. Pero no temas, no te haré ningún mal- respondió

tranquilamente la espesa sombra. Parecía que se movía mientras hablaba, a Diego le pareció el movimiento como neblina y telas delicadas movidas por el viento.

Diego no quitaba la vista de aquella visión, caminó hacia atrás y al chocar contra el escritorio al instante el mapa brilló y mostró toda la isla y el lugar de cada cosa en ella. En medio de la isla se encontraba la montaña Itzamara, al este, en el extremo de la isla, se encontraban Las Montañas que Nunca Duermen, a su lado el bosque de los Árboles Infinitos, cerca de ellos, al sur, la Torre Oscura, al norte, cruzando el río Ikal, el Lago congelado de Aquetzali. Al norte de la isla la entrada al Mar de los Espejos, al noroeste se encontraba Ahavil Sasil. Al este La Neblina y debajo de ella, Ahavil A'ak'abil y al sur los volcanes llamados el Anillo de Fuego. Diego vio que había pequeños poblados marcados en el mapa, diminutas comunidades comparadas con el territorio de Anom e Ixchel.

-Vienes por el emblema, quieres saber dónde está, ¿no es así? – habló la sombra. Diego por un momento había olvidado que estaba ahí, puesto que al ver y estudiar el mapa por primera vez pudo notar que tan largo había sido su viaje desde Ahavil Sasil hasta la Torre Oscura y no solo eso, todos los lugares y posibilidades en dónde podría estar su hermano. El joven nuevamente fijó su atención en la silueta y asintió- Si te ayudo ya no podrás jamás detener lo que vendrá- sentenció la sombra-. Tu decisión será fundamental para el destino de los mundos, Hijo de agua- esas palabras llegaron de golpe a la mente de Diego-.

-Supongo que esta ayuda no saldrá gratis.

-No, Diego- el aludido se tensó pues no había mencionado su nombre-, lo que tendrás que pagar es del mismo tamaño en cuanto al valor de lo que me has pedido.

-¿Cuánto es eso?

-¿Quieres mi ayuda o no?- el joven asintió determinadamente-Valiente decisión o muy estúpida, ¿qué te puedo decir yo? Hace tanto que no existo- la sombra se movió de lugar y dejó al descubierto un caldero burbujeante con espeso líquido plateado-. Acércate, con tu daga coloca una gota de tu sangre dentro de la mezcla- él obedeció-. Piensa en lo que quieres encontrar- Diego pensó en el emblema, de la nada un humo dorado salió de la olla envolviéndolo, lo respiró y al hacerlo unas palabras se formaron en su mente: Lago congelado Aquetzali. -. Ahí lo tienes Hijo del Agua, a ese lugar debes ir. Llévate aquella brújula que se encuentra encima de la mesa- él la tomó pero no había nada escrito en ella solo una flecha roja en medio-, cuando salgas de la Torre indica hacia dónde quieres ir y ella te guiará.

-Tengo una última pregunta. ¿Sabes qué es el Libro de las Sombras y la Piedra Infinita?

-El Libro de las Sombras- a Diego le pareció que la sombra se estremeció-. Hace mucho tiempo que no escucho que alguien lo mencione- comentó aquella sombra-. El Libro de las Sombras es el diario de un poderoso gobernante llamado Atonatiuh, en él alberga muchos conjuros poderosos. Se dice que gracias a él, se salvaron muchos mundos.

-¿Y la Piedra Infinita?

-La Piedra Infinita- esta vez Diego estaba seguro de que la sombra se había estremecido, pues de pronto se agitó violentamente-, es un objeto en el cual puedes guardar el alma de una persona, su cuerpo morirá pero su alma no será destruida.

Diego asintió comprendiendo lo que aquel ser dijo, pero sin entender por qué su padre había necesitado esos dos objetos y más aún, ¿cómo podía él saber que existían? Para saber eso su padre tuvo que ser consciente de la presencia de Wayak', conocer el lugar y su gente y sus historias. Diego descubrió en ese momento que la isla no le era ajena a su padre y que él conocía desde hace mucho tiempo que sus hijos estarían en ese lugar tarde o temprano. De hecho era algo que esperaba que pasara.

Ya estando afuera Diego tomó la brújula entre sus manos, pensó en el Lago Aquetzali y la flecha al instante comenzó a girar muy rápido, en medio de la brújula apareció el nombre del lugar al que Diego quería ir. Después la flecha se detuvo, señaló al norte y el joven sin demora partió a donde sabía encontraría el emblema de su Tribu.

Capítulo 8

CAPÍTULO VIII

EMBLEMAS

Farid comenzó a sentir un calor cada vez más intenso, sabía que se acercaba a su destino y que el emblema del fuego estaba cada vez más cerca. Él subió por el costado de una colina que se encontraba en el sur de la isla, le costaba algo de trabajo ya que algunas de las piedras estaban sueltas y cuando las pisaba resbalaba, no obstante su determinación para seguir adelante no cesó en ningún momento; le gustaba el reto que presentaba aquel lugar. La isla era exigente, la selva y los animales salvajes eran obstáculos que él sabía que si sucumbía ante ellos fracasaría en lo venidero. No podía detenerse por nada, aunque ya se encontraba muy cansado físicamente, su espíritu y mente estaban más fuertes que nunca ahora que podía sentir que Dara tenía su emblema. Cuando logró subir a la cumbre miró su horizonte, notó todos los volcanes que aparecían no muy lejos de ahí, todos activos. No eran muy grandes, la mayoría tenían un par de cientos de metros de altura, no obstante su poder de destrucción era enorme. Comenzó a inspeccionar todo el lugar para ver si había una pista de en dónde se hallaba la llave que necesitaba.

Notó que los volcanes hacían un círculo, como un anillo, en medio de éste se encontraba el volcán más grande; la lava lo cubría perfectamente en todas las direcciones, nadie podía subir a la cima, ni siquiera acercarse pues sin duda el calor sería letal para cualquiera. Estuvo pensando por un largo tiempo cómo entrar, sabía que ahí se encontraba lo que necesitaba, en ningún otro lugar podía estar el emblema ya que esto parecía ser un gran monumento natural al fuego. Tendría que abrirse camino ordenándole a la lava que se retirara.

Caminó entre las llanuras de aquellas bestias de fugo, el gran poder que poseían aquellos volcanes lo amenazaban constantemente ya que no estaba completamente seguro si poseía la fuerza suficiente para vencerlos. Sabía que si no era capaz de utilizar todo su poder prudentemente podría llegar a perder la vida y con ella toda esperanza de encontrar a su hermano y amigos.

Siguió caminando, tal vez, por una hora, hasta que por fin logró llegar a la base del volcán en donde la lava llegaba al suelo, sabía que tenía que actuar rápidamente pero con cierta sabiduría, debía poner toda su concentración en lo que debía hacer. Comenzó a subir y de inmediato el calor aumentó significativamente y la lava se agitó aún más, sin duda el

emblema se estaba defendiendo. Cerró los ojos, tranquilamente elevó sus brazos, sentía el calor que emanaba la espesa lava brillante, abrió los ojos y con las manos hizo el ademán de que estuviera abriendo puertas, poco a poco la lava que se encontraba enfrente de él se abrió, Farid sabía que gastaba mucha energía en esta acción así que debía apresurarse, corrió entre el camino que había despejado. No podía detenerse, cada vez que avanzaba, el camino que dejaba atrás era otra vez cerrado por el río de lava. Pronto se sintió fatigado, la energía se le acababa y se encontraba a mitad del volcán. La lava lo rodeaba, se arrodilló agotado y pensó que era su fin, no tenía el poder suficiente para vencer esta prueba. Recordó en un segundo, a su madre, hermano y amigos, pero la última visión que tuvo fue la imagen de su padre. Si Farid se rendía en aquel lugar todas las enseñanzas de su papá quedarían en el olvido y eso no lo podía permitir, sabía que él no recordaba mucho, pero sí podía recordar a Balam enseñándole a no rendirse a dar todo por lo que quería.

De la voluntad que ardía dentro de su cuerpo sacó la fuerza necesaria para al fin lograr lo que lo trajo al volcán; tomar el emblema era el primer paso para estar con su hermano, no podía dejarse vencer ahora. De un solo golpe abrió el camino, esta vez avanzó lentamente y la lava no regresó a su estado original. Sí, sentía cada vez más calor en cuanto se acercaba a la cima, pero eso solo lo fortalecía, aumentaba su poder.

Cuando se dio cuenta ya había llegado a la cúspide, el cráter no era muy grande, parecía ser de unos seis metros de diámetro; miró hacia abajo y notó la lava que se encontraba en su interior agitándose salvajemente, en medio de esta, suspendida, se hallaba un nicho, dentro estaba el emblema del fuego. Con la energía que le restaba obligó al magma subir como un puente, así, de esa forma, traería el objeto a sus manos. Lo atrajo y cuando estuvo frente a frente con él sintió cierto temor por haberlo encontrado, realmente Farid no entendía lo que implicaba tener el emblema, mucho menos despertar la Tribu Kaak. Su mano titubeó un momento, pero finalmente abrió las puertas del nicho y lo tomó. Era pequeño, cabía en la palma de su mano. Estaba tallado en un metal plateado y a Farid le recordó a una moneda grande de plata.

Al instante de tocarlo el calor desapareció, la lava se desvaneció y los volcanes dejaron de estar activos, a Farid le pareció sentir que ellos dormían, que ellos elegían dormir. Todo se volvió normal, por lo menos a la vista, en el momento que tomó el emblema y los volcanes durmieron, sin que él estuviera enterado, Diego, Carlos y Dara pudieron sentir un cambio importante dentro de ellos, supieron, sin entender cómo, que el emblema del fuego había sido tomado. El emblema y, por consiguiente la Tribu, le prestaría poderes más allá de lo que jamás pensaron.

Farid no podía perder más tiempo, guardó bien el emblema y partió en dirección a la cámara de la Tribu Kaak. Sabía exactamente a dónde ir, la

insignia lo guiaba, estaba seguro de eso.

En el otro extremo de la isla un joven fatigado apenas despertaba de su largo sueño, bebió un poco de agua y se mojó la cara para despejarse un poco más. Durante toda la noche tuvo la extraña sensación de que alguien lo miraba, sin embargo no prestó atención a su instinto porque por el momento tenía cosas más importantes que pensar. Se levantó, sacudió sus ropas y emprendió el viaje en busca del emblema. Se detuvo, algo había cambiado, su cuerpo vibraba y de pronto lo notó, Farid había conseguido su emblema. Esto lo motivó todavía más para ir pronto por el suyo y despertar a la Tribu Ha', necesitaba salir de ahí cuanto antes, no permitiría que esa tonta profecía se cumpliera.

Cuando iba a atravesar el puente para llegar al Lago congelado Aquetzali escuchó unos pasos detrás de él, giró rápidamente, pero no pudo ver a nadie. Estaba seguro de lo que había escuchado. Esto comenzaba a molestarle, días atrás había sentido exactamente lo mismo y era una sensación diferente de estar con los Mish, había más peligro en el aire. Continuó avanzando, esta vez puso sus sentidos más atentos para encontrar cualquier sonido que indicara que lo seguían.

Cuando estaba atravesando el puente un par de hombres aparecieron ante él obstaculizando su paso. Eran grandes y fuertes, sin embargo sus caras no se podían ver porque tenían máscaras representativas de animales, una era de lobo y la otra de ocelote, ambos hombres tenían unos cuchillos de obsidiana con los que amenazaron a Diego. Él no sabía qué hacer ni siquiera sabía quiénes eran, lo único que sentía era la extraña presencia de maldad, le pareció excelente que aquellos hombres no mostraran su rostro, ya que intuía que si miraba sus rostros el terror lo invadiría. Se quedó inmóvil aguardó a que ellos mostraran sus intenciones. Sin más espera lo atacaron, Diego sacó su arma, la que Ixchel le había entregado antes de salir, pero estaba en clara desventaja; ellos eran guerreros experimentados en batalla, él solo era un muchacho que hasta hace unos días vivía en una pequeña ciudad. Uno de ellos logró golpearlo y lo derribó, Diego cayó soltando su cuchillo el cual cayó en el río y cuando se vio totalmente vulnerable y amenazado él, moviendo el brazo en dirección a ellos, atacó a uno de los hombres con un potente golpe de agua, luego hizo lo mismo con el otro derribándolos, Diego entonces pudo correr y cruzar el puente, no se detuvo hasta que estuvo frente al lago. Dio media vuelta y frente a él estaban los dos hombres listos para atacar, Diego estaba atrapado, delante de él aquellas personas amenazantes, detrás de él una capa de agua congelada que no estaba seguro poder pisar sin caer y congelarse.

-¿Quiénes son? ¿Por qué me persiguen?

-Di tus últimas palabras, niño. Morirás, mi amo lo quiere así y no interferirás en sus planes. Tu hermano será su esclavo y tú serás la llave para eso.

El escuchar la amenaza contra su hermano lo alertó, ellos querían herir a Farid, ellos querían utilizarlo. La ira lo invadió. Los hombres lo atacaron con cuchillo en mano, él esquivó el primer golpe, pero el segundo le dio en el brazo. Ahora que sabía que Farid estaba en problemas no podía ser vencido; vio el lago, era su única oportunidad, llamó su poder interno y levantó finas capas de hielo hasta que formó filosas cuchillas. Él sonrió, al final el hielo era solamente agua congelada, Diego no perdió tiempo y las arrojó contra ellos, uno logró esquivarlos al esconderse detrás de una roca, el otro no tuvo tanta suerte y cayó muerto.

Comenzó una gran batalla, ninguno de los dos perdió el tiempo en atacar. El hombre con la máscara de ocelote era verdaderamente veloz en sus ataques, Diego con trabajo logró esquivar y atacar al mismo tiempo, consiguió golpear a su oponente haciendo que su máscara se cayera, lo que vio lo dejó horrorizado. El hombre tenía un rostro desfigurado, aunque a Diego le pareció que había sido hecho a propósito, casi quirúrgicamente. Aprovechando la sorpresa el hombre se arrojó hacia Diego para dar un golpe certero con el cuchillo al corazón, sin embargo, Diego logró reaccionar apenas consiguiendo ser herido superficialmente a pesar de que cayó al lado del cuerpo inerte del otro atacante. Sin pensar en lo que estaba pasando tomó el cuchillo de aquellas manos muertas y frías y procedió a atacar cuerpo a cuerpo. Ambos lanzaron golpes y se atacaron con gran violencia, finalmente su atacante lanzó una estocada la cual Diego aprovechó pues con el hielo de las cuchillas que habían quedado clavadas en la tierra formó un pequeño muro de protección donde el brazo de su agresor había quedado atrapado. Diego entonces cambió de mano el cuchillo y antes de que su enemigo pudiera zafarse lo enterró en su espalda. Una, dos, tres veces. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho se echó para atrás y miró sus manos manchadas con sangre, soltó el arma homicida impresionado por lo que acababa de pasar. Diego vio el cuerpo del guerrero que apuñaló, se dijo a sí mismo una y otra vez que había sido para salvarse, para salvar a Farid; nunca se había sentido tan extraño, la adrenalina que recorría su cuerpo a causa del peligro, de la batalla, fue hechizante. Había un nuevo sentimiento dentro de él aunque no supo ponerle nombre.

Sin embargo, tuvo que centrarse en lo que lo atrajo a ese lugar, se paró a la orilla del lago, con un giro de sus manos el hielo se quebró permitiendo a Diego ver que toda el agua, desde su superficie hasta el fondo, estaba totalmente congelada. El joven caminó sobre el frío lugar e hincándose colocó sus manos sobre la superficie, cerró los ojos y sintió cada porción de hielo bajo ellas y supo dónde se encontraba el emblema;

con una breve exhalación el lugar bajo sus manos comenzó a descongelarse, estaba haciendo un camino bajo el hielo en el cual nadar. Cuando estuvo satisfecho de su labor se sumergió en el túnel que había creado, maldijo internamente al sentir el frío del agua rodearlo de golpe, pero determinado tomó aire y se sumergió. Utilizó sus nuevas habilidades para nadar más rápido a las frías profundidades; al llegar al fondo se encontró con unas puertas talladas en una roca, las abrió y encontró en el interior un anillo plateado y sobre él el emblema pulcramente incrustado. Tomó el anillo entre sus dedos y al momento todo el lago quedó descongelado, el cambio de temperatura fue inmediato, a Diego le pareció sentir que el lugar cobraba vida. Y tal vez fue así, puesto que los animales que estuvieron dormidos mientras todo estaba congelado comenzaron a despertar.

El joven se colocó el anillo en el dedo anular de su mano derecha, le quedaba perfecto y supo en ese instante que ese objeto lo estaba esperando solamente a él. Entendió que esta aventura distaba de terminar, alguien había trazado los caminos, tiraba de los hilos para que todo tuviera el curso que ahora seguía. No estaba seguro si tenía la fuerza suficiente para enfrentarlo, para evitarlo porque, en cuanto sintió el anillo fijarse en su dedo, lo supo, nadie le arrebataría este nuevo poder.

En Ahavil Sasil la situación comenzó a tensarse. Sin saber muy bien si los Hijos de los elementos seguían vivos o no, Anom e Ixchel habían discutido en el Templo Nichte Ha. La hermosa joven deseaba ir en busca de esos chicos y ayudarles, mientras que su padre estaba decidido a dejarlos solos. Si ellos eran dignos de los emblemas debían serlo completamente solos. Él estaba plenamente consciente de que uno de ellos sería su destrucción, sin poder saber cuál de ellos era, dejaba al destino decidir.

-Padre, ¿crees que esto acabe bien?- cuestionó Ixchel al ver el serio semblante de su padre.

-No- respondió Anom tan sencillamente que por un momento Ixchel pensó que bromeaba, pero su semblante se endureció aún más y sus ojos se oscurecieron con temor y dolor-. Esos jóvenes son la representación en carne viva de la profecía que las estrellas clamaron durante tantas y tantas lunas. Es injusto para ti tener que vivirlo tan joven, pero confío en que tendrás la madurez necesaria para superar esto y vencer. Luz y oscuridad no tienen nada en común, hija mía, sin embargo, no es posible entender la existencia de una sin que la otra esté presente.

-Hablas como un hombre que está próximo a la muerte, padre.

-¿Y no todos lo estamos?- él la miró y a Ixchel le pareció ver que los años se acumulaban en sus facciones- Al momento de nacer la muerte nos

acecha. Solo es cuestión de tiempo que nos encuentre, pero me temo que esta vez los portadores de los emblemas y las Tribus son sus mensajeros.

Ixchel salió del Templo y corrió entre la espesura de la selva llegando a una muy pequeña pirámide abandonada. Subió los pocos escalones y entró, en el interior no había nada excepto hojas secas y polvo. Quitó la hojarasca acumulada en una de las esquinas y debajo de ésta se hallaba una trampilla que llevaba a un cuarto debajo de la estructura. Bajó por las escaleras que comenzaron a formarse al abrir la entrada, mientras avanzaba luces diminutas, como pequeñas estrellas, alumbraron el pasadizo. Cuando llegó al final del camino las luces se amontonaron creando un guardián con cabeza de serpiente, cuerpo de jaguar y alas de águila.

-He'bik- pronunció Ixchel, la puerta se abrió y ella siguió su camino acompañada del guardián. El lugar estaba completamente oscuro y estaba segura que si no fuera por el vigilante ella no podría ver ni las palmas de sus manos, aunque las tuviera en frente. No había ni un sonido, las pisadas suaves y elegantes de Ixchel se mezclaban con la oscuridad, su acompañante emitía una suave luz perlada que permitía ver lo suficiente para no tropezar. El guardián de pronto se detuvo, apoyó su frente contra la de Ixchel y permanecieron así breves instantes. La enorme bestia se transformó de nueva cuenta en diminutas luces blancas, azules y moradas; antorchas entonces se encendieron alumbrando una vacía habitación, luego todas las diminutas luces juntas se posaron en la mano de la joven dejando una llave hecha de mármol, era ondulada y tenía cabeza de quetzal. Ixchel tomó la llave y la incrustó en la pared frente a ella fusionándose. Ella pudo escuchar cómo los cerrojos se movían y crujían detrás del gigantesco. Al abrirse una entrada ella avanzó e ingresó a una habitación totalmente cubierta de oro puro, había toda clase de vasijas y ornamentos, esculturas, sellos, mosaicos de todos los tamaños, las paredes tenían incrustaciones de piedras preciosas, aguamarina, esmeralda, lapislázuli, zircón y amatista. Al final de la habitación había un mausoleo y dentro de él un altar, sobre el altar unos emblemas, sobre los emblemas un epitafio. Un epitafio que simplemente decía:

Aquí reposa

el principio,

aquí duerme

el ayer.

Se acercó a esta singular tumba, era hermosa y bellamente tratada y cuidada. Tenía grabado en los costados a los héroes que pelearon contra

el Tirano hace miles de lunas, sus respectivos nombres tallados para la posteridad. Tenía escritos cientos de palabras que contaban sus vidas y sus muertes. El altar tenía cuatro postes de madera, uno en cada esquina, que sostenían una placa, sobre ella un libro muy antiguo, grueso y desgastado parecía muy frágil. Sobre su portada estaban detalladamente pintados los emblemas y en medio de ellos una cerradura con una forma muy extraña.

-Imaginé que te encontraría aquí- Nematini se colocó al lado de su hermana y ambos miraron el viejo libro.

-Los emblemas del agua, fuego, viento y tierra- ella mencionó mientras con su mano acariciaba el frágil libro, luego miró el mausoleo-. Aquí descansa el poderoso Atonatiuh. Tengo el presentimiento de que pronto sabré por qué razón su cuerpo reposa aquí junto con el Libro de las Sombras, aunque sin la Piedra Infinita es imposible saber su contenido.

-¿Qué es lo que te atormenta, Ixchel?- él cuidadosamente guardó el cabello de su hermanita detrás de su oreja- ¿Qué respuestas buscas en medio de los muertos?

-Los emblemas son la esencia de las Tribus y aun así existieron mucho antes que ellas. Los emblemas que originalmente pertenecieron al poderoso Wetha'ra, al glorioso Laerúmuth, al inalcanzable K'indiwi y al sabio Fák'raeik', los que vencieron al Tirano.

-¿Viniste para repasar tus clases de historia, hermanita?

-Vine porque creo que mi padre está equivocado. No peligra nuestro mundo, peligran todos los mundos.

Mientras tanto Farid hizo una fogata en medio de un bosque que se encontraba no muy lejos de ahí, al noreste de los volcanes donde encontró el emblema. Tomó algunas frutas que anteriormente había visto que unas criaturas comían y las devoró pues su hambre era demasiada. Estaba exhausto, había caminado por horas, y la noche había caído sobre él rápidamente. Tenía que ir hacia el norte en donde aguardaba la cámara que guardaba la Tribu Kaak. Estaba ansioso por llegar hasta allá, pero el sueño y la fatiga no lo dejaron. Así que optó por recostarse y recuperar energías, mañana a primera hora se levantaría para seguir. Por última vez miró la llave. Su emblema cabía en la palma de su mano y podría pasar por cualquier objeto ordinario, se preguntó si esa habría sido originalmente la finalidad de su forma. Miró el cielo infinito, recordó a su hermano y pensó cómo rescatarlo, si es que realmente necesitaba rescatarlo. A decir verdad, no confiaba mucho en Tizoc, había algo en él, en su voz, su forma de mirar y de ser que le parecía aterrador y sombrío.

Cuando regresara con él tendría mucho cuidado de no darle la espalda. Guardó el emblema entre sus cosas, preparó una fogata y se durmió.

Al noreste de ese lugar, justo donde el río Ikal se dividía, se hallaba Diego, con su emblema en la mano derecha y con un cuchillo en la otra. Podía escuchar el agua agitarse y avanzar en el cauce del río y el sonido lo llevó a recordar lo sucedido esa misma mañana. El mundo había cambiado en solo unos minutos, la sangre del guerrero que intentó matarlo todavía podía apreciarse sobre su ropa, solo unas gotas, pero sin duda suficiente para ser un fijo recordatorio de lo que había pasado. Miró su mano derecha, su dedo anular cargaba con el emblema, la llave para obtener la Tribu que todo el mundo parecía temer y reverenciar.

Capítulo 9

CAPÍTULO IX

EN MEDIO DEL BOSQUE

Farid regresaba a Ahavil A'ak'abil con el emblema en la mano y con muchas preguntas en su mente. Algo dentro de él le decía que no le llevara ese emblema a Tizoc, pero sus dudas le apremiaban todo el tiempo, más ahora que sabía que su hermano había obtenido su emblema necesitaba algunas respuestas. Si Diego hubiera sido capturado por los habitantes de Ahavil Sasil, como Tizoc había afirmado, no era posible que obtuviera el emblema del agua. Necesitaba encontrarlo y Tizoc debía saber el lugar donde se hallaba la Tribu Ha'. Cuando atravesara el bosque quedaría poco para llegar a aquella tierra infértil y lúgubre, tenía que tomar una decisión pronto. Llegó a pensar que una opción podría ser ir a Ahavil Sasil él mismo y enfrentar a esas personas para que le hablaran de Diego. La cabeza le daba vueltas.

Las ramas secas del bosque se escuchaban crujir bajo el toque de sus pasos, la luz fue apagándose a medida que se adentraba en el lugar y Farid hace rato que había dejado de ver cualquier tipo de animal. A él le había parecido extraño encontrarse con un bosque en medio de la selva, sin embargo, ver ese lugar casi muerto llamó su atención. ¿Había sido algo natural? ¿Provocado? Sumido en sus pensamientos no se dio cuenta que había dejado de caminar hasta que, sin previo aviso, una luz muy pequeña apareció delante de él. Era muy parecida al sol, su color y su brillantez se semejaban, la luz molestaba sus ojos, pero Farid tuvo mucha curiosidad y sin pensar la tocó. Se dio cuenta que sus dedos eran lentamente absorbidos por la esfera, seguidos por su mano y luego su brazo, cuando reaccionó ya era demasiado tarde para zafarse. Sintió una gran sacudida y luego cayó bruscamente, golpeándose en la cabeza y quedando inconsciente.

Despertó de golpe, conmocionado entre sueños y recuerdos, miró a su alrededor y se encontraba en una habitación sumamente pequeña para alguien de su tamaño. Estaba recostado en el piso porque la cama que estaba a su lado era diminuta para él. Quiso incorporarse, pero el techo le impedía pararse por completo así que se encaminó a la salida, tuvo que arrastrarse para pasar la puerta y hacer un esfuerzo para que su cuerpo lograra pasar. Cuando lo consiguió notó que se encontraba en un castillo, uno en miniatura, o por lo menos era lo que él pensaba. Bajó las escaleras de tres en tres, pues sus largas piernas se lo permitían, hasta el salón principal donde pudo apreciar varios pasillos. Estando ahí en medio se

pudo estirar totalmente, aunque sus manos podían tocar techo.

Miró hacia arriba y hacia los lados, algunas paredes del castillo estaban decoradas con bellos murales e imágenes esculpidas de criaturas que para él eran totalmente desconocidas. La decoración del lugar era exuberante, sin duda todo estaba perfectamente coordinado, pero para el gusto del gemelo estaba sobre cargado. Había armaduras colocadas sobre pedestales en cada una de las paredes, eran pequeñas, pues aun a esa altura apenas y llegaban a la barbilla del joven, los brazos y las piernas eran pequeños y los cuerpos un poco regordetes, aunque la espalda era bastante ancha. Farid inmediatamente comprendió que el lugar no pertenecía a humanos, eso lo puso en alerta. Buscó su emblema en el bolsillo del pantalón, pero no lo encontró por ningún lado.

-Es un muy bello lugar, ¿no lo crees?- Farid volteó velozmente y vio una muy pequeña y extraña criatura. No tenía pelo y era muy delgada de los brazos y piernas pero su cuerpo era grueso y pesado, su color de piel era gris, aunque su vestimenta era muy llamativa. Vestía un pantaloncillo violeta brillante, un chaleco amarillo canario y un sombrero de copa verde jade, con una pluma morada adornándole. No era exactamente la mejor combinación pero para esas criaturas eso era muy elegante-. No temas- dijo al ver la cara de Farid-, no te haré ningún daño, te trajimos aquí porque te encontramos desmayado en el bosque.

-Gracias- respondió cauteloso Farid. Seguía buscando el emblema en sus bolsillos de la forma más discreta que encontró.

-Soy Vhan, el príncipe de este reino- la criatura, tuvo que admitir Farid, se movía con elegancia, lo que contrastaba con su cuerpo y ropa llamativa.

-¿Qué eres?- no pudo evitar preguntar el joven. Se sonrojó por su arrebató y levantó la mano en señal de disculpa.

-Soy un belker- respondió con una risa entre dientes Vhan, pues notaba la incomodidad del joven-. Una criatura muy inteligente, quizás más que los humanos. Sin ofender muchacho. En cuanto a ti, ¿quién eres?

-Oh, disculpe, soy Farid, guardián del fuego.

-¿Con que guardián del fuego?- inquirió Vhan de una forma que a Farid no le gustó- Que sorpresa, que sorpresa-. Dio unas palmadas y otro belker entró al salón, su ropa era igual de llamativa, aunque no llevaba un sombrero-. Preparen la comida, quiero todo un festín, traigan lo mejor del vino y del pan, las mejores bestias para saciar nuestra hambre. Ya que nuestro invitado es el guardián del fuego- el otro belker miró a Farid con sorpresa, luego hizo una reverencia y se marchó.

-No es necesario hacer un festín, de verdad. No es gran cosa- Farid cada vez se sentía más incómodo.

-¿No es gran cosa?, muchacho ¿no tienes ni idea de lo importante que eres? No eres una persona ordinaria, no eres una criatura más. El alma, el poder del fuego se esconde dentro de ti, te ha elegido de entre miles, quizá millones, para que tú seas su...guardián- esta vez Farid no perdió el tono burlón-. Es un gran honor, pero más que nada una gran responsabilidad. Pero, no hablemos ahora de eso, en la comida te diré todo lo que quieras saber. Ahora, sígueme, ven acá. Te mostraré mi reino.

Salieron del castillo, Farid no tuvo más remedio que seguirlo. Su adrenalina estaba recorriendo su cuerpo a velocidades inimaginables, estuvo en alerta a cada paso. Estaba casi seguro que Vhan o uno de esos belkers tenía su emblema y debía encontrarlo. Afuera la brisa era muy refrescante y el aroma de las flores dulce. Farid miró a su alrededor y todo eran campos verdes y jardines inmensos, más allá, a lo lejos, se podía ver la frontera, un bosque muerto. Se dirigieron al pueblo, las casas y los establecimientos eran no más altos que Farid, pintados con colores muy llamativos y con enormes ventanales. Los belkers que por ahí pasaban veían a Farid muy asombrados, muchos se apartaron del camino al verlo, y hacían una leve reverencia, ya que a su lado se encontraba el príncipe Vhan. A Farid todo esto le parecía un cuento de hadas, de esos que tanto había leído de niño, con criaturas extrañas y lugares encantados. Se detuvieron en varios lugares para comprar algunas cosas, los sirvientes de Vhan cargaban tanto que Farid quiso ayudarles en varias ocasiones, pero el príncipe se lo prohibió.

-No te molestes, ellos son solo sirvientes, no son iguales a nosotros, los elegidos para gobernar.

-Yo no soy un gobernante- dijo fríamente Farid-, soy una persona normal. Y no tienes por qué tratar a esas criaturas tan despreciablemente. A final de cuentas son de la misma especie.

-Detente ahí, muchacho- interrumpió algo molesto Vhan-. ¿Cómo te atreves a compararme con los sirvientes y enfrente de tanta gente? Aquí, en mi reino, se hace mi voluntad y mi palabra es la ley.

-No importa que tu palabra sea ley, solo te obedecen por temor, por miedo, no por respeto o porque te lo merezcas. Un verdadero gobernante busca lo mejor para su gente y pueblo, no para él mismo- espetó Farid sintiendo, de pronto, que hablaba con su hermano.

La conversación fue interrumpida cuando un belker, vestido con un gran peto metálico dorado y una espada colgada en la espalda, llegó agitado delante de ellos. Fatigado por correr habló entre jadeos

anunciando que el demonio Lark, estaba aterrorizando cerca del lago, ya había destruido varias casas y los soldados cada vez eran menos. No podían detenerlo. Farid entendió la urgencia y el peligro e inmediatamente se ofreció a ayudar. Vhan dio órdenes a Krok, el belker que había anunciado el peligro, que guiara al muchacho con Lark. Krok hizo una reverencia y se marchó, Farid corrió detrás de él. Aun cuando Farid era mucho más grande Krok, sin duda, era más veloz, así que le costó algo de trabajo seguirlo hasta que, finalmente, Farid logró observar una criatura muy terrible a lo lejos.

-Es un loham- dijo Krok. Era en realidad un animal de lo más espeluznante. Muy parecido a una roca, con un solo ojo y no tenía oídos. Su boca de encontraba a la mitad de su cuerpo, un agujero profundo y dentado. Tenía cuatro patas muy parecidas a la de los elefantes, gruesas y pesadas, dos de ellas también le servían para llevar la comida a su boca. Se podía ver a lo lejos a varios belkers intentando detenerlo y él, con un solo movimiento de sus brazos, los mandaba a volar sin esfuerzo alguno-. Cada vez es más difícil detenerlo, pronto llegará al pueblo y luego al castillo.

Farid se acercó lentamente, quería observar la situación, se percató de que aquella bestia era más o menos de su misma estatura, eso facilitaría las cosas. Comenzó a frotar sus manos creando una fuerte fricción, luego una pequeña esfera de fuego fue creada. Krok lo observó asombrado, sabía quién era Farid, pero jamás había presenciado semejante poder. Poco a poco Farid se acercó y con fuerza arrojó la bola de fuego rodando a Lark, quien, a pesar de su nula expresión, estaba sumamente sorprendido por el acto tan extraño. Intentó escapar, pero las llamas eran tan fuertes que no podía escapar, en ese momento los belkers aprovecharon la oportunidad para comenzar a arrojar lanzas y hachas, a Lark no le quedó más remedio que arriesgarse a saltar las llamas y escapar. Cuando la pequeña batalla hubo cesado todos se alegraron, aun cuando había unos cuantos heridos.

Regresaron al castillo, dentro se encontraba Vhan y su padre, el rey. Aunque todas las criaturas se parecían entre sí, el rey parecía ser, en gran manera, muy distinto a los demás. Poseía una mirada muy penetrante y un porte inquebrantable. Su sola presencia hacía intimidar a cualquiera. Su vestimenta sin duda era la mejor que Farid hubiera visto hasta ahora, sí, tenía color, pero se veía sobrio y muy bien coordinado. Cuando Farid notó que todos se arrodillaban delante de él no le quedó más remedio que imitarlos.

-Hijo del fuego, por favor, no es necesario que te arrodilles ante mí- dijo y para la sorpresa de Farid su voz era muy profunda-. Déjame presentarme. Soy Goh, rey de este hermoso lugar y de toda criatura que lo habita.

Quiero expresarte mi agradecimiento por ayudarnos en contra de Lark.

-No fue nada, en verdad- respondió humilde Farid-. Me siento honrado de ayudarles.

-Lo sabemos- continuó Vhan por su padre-. Tienes un corazón noble. No dejas que el poder te corrompa- sonrió con verdadera admiración-. Ni siquiera dudas en defender tus principios ante un gobernante terco y testarudo.

-¿Me estabas probando?- cuestionó Farid entre divertido y sorprendido.

-Sí- respondió el rey-. Por esa razón quisiera pedirte algo muy en particular, pero será después de la comida y, si no te molesta, quisiera hablarlo a solas contigo- Farid asintió. Y después de anunciar que la cena estaba lista Farid tuvo que sentarse en el suelo porque era demasiado grande para un asiento. Además tuvieron que llevar más comida de lo normal, porque, obviamente, no iba alcanzar para su enorme invitado.

Después de la cena el rey Goh indicó a Farid que lo siguiera, salieron por una puerta trasera hacia un precioso jardín en donde había flores hermosas, brillantes luciérnagas, fuentes y varias estatuas de los reyes antiguos, cada una de ellas con una leyenda de la historia de aquel rey. Farid pudo notar que todas tenían historias fascinantes acerca de batallas y enfrentamientos terribles. Farid caminó sin decir nada detrás del rey, solo observaba a su alrededor esperando decir algo, pero nada salía de su boca, solo podía esperar lo que el rey le tuviera que decir. Finalmente Goh se detuvo y Farid se acercó cautelosamente a él.

-¿Sabes?- comenzó a decir- Yo no soy el mejor rey de este lugar, mi padre y el padre de mi padre, siempre serán mejores y haga lo que haga no los superaré. Sin embargo, esta noche, intentaré hacer algo que trascienda, no en mi reinado, no en mi vida, sino en tu propia vida y, en consecuencia, de todos los mundos.

Farid quería cuestionar al rey con respecto a sus palabras, ¿de qué mundos estaba hablando? Sin embargo el rey mostró en su mano el emblema de Farid, el emblema del fuego. Antes solo era una pieza parecida a una moneda de plata, pero ahora estaba atada a una pulsera, una que, al joven le pareció, estaba tejida. Goh la sostuvo ante su mirada y luego la desvió al Hijo del fuego. Con un agraciado movimiento de muñeca el rey le arrojó el emblema a Farid y le rogó, encarecidamente, que si iba a ser el guardián del fuego debía, por mínimo, mantener a salvo una pieza tan valiosa e importante. Ahora Farid entendía un poco el tono burlesco que tenía Vhan cada vez que lo llamaba guardián; si ellos hubieran sido enemigos, nada los hubiera detenido de robar el emblema.

Tomó la pulsera y con seguridad la sujetó en su muñeca izquierda.

-Vengo a ti para decirte algo muy importante y a pedirte un gran favor- habló sereno el rey mirando las estrellas-. Solo te pido que me escuches, no importando que tan doloroso sea todo- Farid asintió débilmente ya que el tono de voz que ocupó en ese momento Goh lo asustó un poco-. Como bien debes saber existe una muy poderosa profecía en este lugar, una que te afecta a ti y a tu hermano.

-Sé de la profecía, no obstante ignoro lo que dice- se quedó pensando un momento-. Yo no le he hablado de mi hermano, ¿cómo...?

-En pocas palabras- interrumpió Goh- la profecía dice, o por lo menos eso entiende cada criatura, que tú y tu hermano están condenados a destruirse el uno a otro- Farid se sorprendió y estuvo a punto de replicar, pero Goh lo interrumpió nuevamente-. Farid, todos en este mundo saben de la profecía, pero muy pocos saben de su verdadero significado. Tú padre era uno de ellos. ¿Sabías que él pertenecía a este lugar? Creció entre estas bestias, corrió por estos senderos. Hubo una vez que incendió una de mis torres- Goh tenía los ojos vidriosos al recordar esos momentos-. Todo se arruinó cuando esa profecía se escuchó por primera vez. Cada habitante de Wayak' creyó que sus hijos tendrían tal cruel batalla que acabaría con todo. Su propio hermano, Anom, quien ahora es emperador de Ahavil Sasil, intentó matarlo para evitar que se cumpliera.

-Eso explica por qué Diego y yo venimos a este lugar. Estamos conectados con él- suspiró Farid pasando su mano por su cabello-. Sin embargo no aclara por qué Dara y Carlos también están aquí.

-Te voy a explicar algo muy importante que quizá no entiendas del todo. Sin embargo debes saberlo para que el día de mañana tomes la mejor decisión posible- Goh caminó entre las estatuas de sus antepasados dándole la espalda al joven humano-. Juré que jamás diría esto, tal vez mi palabra y mi honor queden destruidos, pero no puedo ver la destrucción de este mundo, de ningún mundo, sin antes intentar hacer algo- suspiró nuevamente y con determinación miró a Farid-. No mal entiendas mis palabras Hijo del fuego, la profecía se cumplirá no importa lo que suceda, solo te voy a explicar por qué existe y por qué es que se cumplirá- guardó silencio un momento como para recordar los hechos-. Todo sucedió hace dieciocho años- continuó-, Balam y tu madre supieron que serían padres. Muy pocos supimos de esto ya que no convenía que Anom o alguna otra persona se enterara. Tu madre jamás pisó este mundo, pero Balam venía de vez en cuando a visitarnos, por esa razón estábamos al tanto de varias cosas. Sin embargo no todo fue alegre, un día cuando estábamos en La Torre Oscura intentando encontrar algunas respuestas de lo que sucedería con su hijo, se halló una profecía, todavía la recuerdo perfectamente, "Hijo de rey, hijo de mortal, despertará de su largo sueño en cuerpo nuevo y terminará lo no terminado, guerra habrá por su causa y su

destino al fin se cumplirá". Por un momento pensamos que se trataría del hijo de Balam.

-Creo que es bastante obvio que no es así- replicó Farid molesto. La mirada penetrante de Goh lo paralizó en su lugar-. Quiero decir, imagino que pensaron que su hijo sería este ser de guerra, pero se equivocaron, rey, nacimos dos niños.

-¡Hace una semana pensabas que había solo un mundo!- gritó excitado Goh-¡Hace unos días, pensabas que era imposible dominar el fuego o cualquier elemento! ¡Hace tan solo un minuto, pensabas que siempre habían sido solo tú y Diego! Te equivocas Farid- dijo casi en un susurro-, tu padre tuvo que tomar una decisión muy difícil para salvar a los mundos, para librarnos del terrible Tirano.

-¿El Tirano?- Fue lo único que Farid pudo repetir idiotamente. Si Goh quería que con esta conversación Farid tuviera menos dudas, sin duda el rey estaba completamente equivocado. Con cada cosa que el gobernante comentaba miles de preguntas se presentaban en su mente. Goh explicó que el Tirano había vivido hace miles de lunas y casi había destruido todo en su afán de gobernar todos los mundos. El bosque muerto, el agua podrida en Ahavil A'ak'abil, solo eran señales de su retorno. La muerte estaba siendo anunciada y poco a poco la vida se iría consumiendo para darle paso a él. El rey Goh insistió, casi solemnemente, que solo había una persona que podía librarlos de esta cruenta batalla.

-¿Qué hizo papá para dar esperanza?- Ahí estaba, por fin una pregunta que no era estúpida o vaga. Estaba seguro que Diego querría saber la respuesta y, por su emblema, él también.

-Balam utilizó un libro muy antiguo que perteneció al poderoso Atonatiuh y también la Piedra Infinita, con esos objetos logró traer...- una terrible explosión sacudió la tierra, Goh y Farid miraron y vieron con horror que el castillo comenzaba a incendiarse.

-¡Majestad!- gritó Krok- ¡Majestad los loham están atacando el castillo, son demasiados no podemos contra ellos, será mejor huir!

-¿Huir?! ¿Como cobardes? No. Yo pelearé junto con Vhan, preparen mis armas.

Farid insistió que se fueran, él podría detener lo suficiente a los loham para darles oportunidad de huir. Sin embargo el rey Goh fue implacable, y mientras se ajustaba su armadura y sacaba la espada, explicó que ningún soberano, ningún ser que tuviera algún grado de poder, debía, jamás, abandonar lo que le han dado a proteger y cuidar. Goh afirmó que, el gobernante es el primer siervo del pueblo y esa era una frase que Balam siempre tomó como suya. Farid asintió comprendiendo lo que la criatura

quería decirle, miró el emblema y entendió que, pese a que abriría un gran poder, sin duda la meta del emblema y de la Tribu Kaak era cuidar y proteger. Esa debía ser la meta de cada Tribu.

Se dirigieron al castillo, al llegar se dieron cuenta que casi todo estaba destruido, Farid vio a los loham atacar a Vhan y sus guerreros con gran ferocidad. Las enormes bestias eran más de quince y los belkers, aunque mayores en número, eran más pequeños. Si les costaba trabajo vencer a uno, quince eran demasiados. Vieron el castillo, toda la hermosura que alguna vez representó se había consumido por las llamas. En un movimiento de sus manos Farid logró apagar el fuego. Goh se colocó a su derecha y empuñando su espada atacó con ferocidad; Vhan, recobrando ánimo al ver a su padre, hizo lo mismo y en un grito de guerra se abalanzaron en contra de las bestias. Para sorpresa de Farid, tanto el rey como el príncipe eran sumamente buenos en batalla, esquivaban velozmente los golpes y enterraban las espadas en las bocas de sus enemigos.

Se notaba considerablemente como es que los Belkers se sentían más seguros al pelear al lado de su rey. Sin duda alguna fue una batalla formidable, aunque también muy difícil, las bajas eran muchas del lado de los belkers. Farid peleaba enardecidamente tomando espadas de belkers caídos o heridos, que en sus manos parecían puñales, atacaba a diestra y siniestra utilizando su control sobre el fuego para repeler las embestidas y los ataques de los loham. No obstante, pese a estar en medio de una batalla así por primera vez en su vida, sus pensamientos estaban dispersos. En su mente se repetía una y otra vez las mismas palabras pronunciadas por Goh: "...pensabas que siempre habían sido tú y Diego", "Solo una persona puede salvarnos y está despertando". ¿Qué significaban esas palabras? Sumido en sus pensamientos no se dio cuenta que Lark, intentando vengarse, se arrojó hacia él hiriéndolo en la pierna. Farid no pudo levantarse tanto por la herida como por la impresión. Esto era real, estaba en una batalla por primera vez en su vida y si perdía iba a morir. Lark se acercó amenazadoramente con sus brazos a la altura del cuello de su presa y atacó, el silencio se hizo presente, los belkers se quedaron atónitos y los loham, por unos instantes, se unieron a ellos.

Farid abrió los ojos de sorpresa al ver el cuerpo de Goh ser arrojado por Lark después de interponerse en el ataque. El rey cayó inerte a unos metros con su armadura destruida y su espada abandonada a su lado. Enfurecido, Farid sacó todo su poder escondido llamas rugientes salieron de sus puños contra los loham hasta que quedó uno, Lark. Éste retrocedió lleno de temor, quiso huir pero las llamas lo rodearon y esta vez eran más intensas de lo que nunca fueron. Las llamas no se apagaron hasta que finalmente consumieron lo que se encontraba dentro. Farid se arrodilló exhausto, su respiración agitada y el golpeteo de su corazón acelerado lo desenfocaron por un momento, pero al alzar la mirada vio el cuerpo de

Goh.

-Goh... ¿por qué lo hiciste?- dijo con lágrimas de rabia e impotencia.

-¡Padre!- gritó Vhan- Padre resiste, por favor, no me dejes, no ahora, te necesito a mi lado, por favor, te imploro padre, te ruego- el joven príncipe rogaba sujetando con fuerza la vestidura del rey.

-Hijo...mío no llores- habló débilmente Goh-, tenía que ser así. Tienes que ser fuerte, ahora eres el rey- sonrió débilmente aunque su mirada estaba llena de orgullo-. Fue un honor- continuó diciendo mirando a Farid-, prestar mi vida para salvar la tuya, tu padre debe estar muy orgulloso de ti- decía mientras se retorció del dolor-, eres un guerrero formidable- Farid intentó hacerlo callar, pero Goh aún tenía la determinación de seguir con lo que habían hablado en el jardín-. Debes ir más allá del Mar de los Espejos. Ya que...- guardó silencio, el dolor cada vez era más fuerte-. Escucha, más allá, después del Mar de los Espejos hay un lugar que incluso el más terrible de los animales se niega a ir. Ahí, en una cueva, entre la maleza del pantano y venenosas aguas, existe un belker. Ve y él te dirá lo que necesitas que saber. Su nombre es Bardack. Prométeme que irás.

-Lo prometo, Goh, lo prometo...- la sorpresa lo interrumpió, el rey había dejado de respirar y su mirada se había tornado nebulosa- ¿Goh?... ¿Goh? ¡No! ¡No!

-¿Papá?- Vhan susurró con un nudo en la garganta- Papá despierta, levántate, eres el rey y tienes que gobernar... ¿Papá?- el cuerpo de Goh comenzó a brillar como el oro mismo. Farid y los demás se apartaron, lentamente, su cuerpo inerte se iba desintegrando como si fueran miles de luciérnagas y cada parte se iba elevando al cielo. De pronto, regresaron como estrellas fugaces, uniéndose nuevamente para crear una estatua de Goh. En la base, una placa vacía y en un instante las palabras fueron grabadas.

"¡Viva el Rey Goh!

¡Viva el rey más justo de todos los tiempos!

¡Viva el rey misericordioso!

¡Viva el rey de honor!

Quien venció a los loham

peleando lado a lado

con el Hijo del fuego.

¡Viva el Rey Goh!”

Después de eso todos lloraron durante la noche, cada aldeano y súbdito iban a rendir tributo a su rey. Farid se encontraba completamente desconsolado y nada podía hacerlo sentir mejor, solo pudo recostarse y por la fatiga quedó profundamente dormido. Al día siguiente, todo el pueblo comenzó la reconstrucción del castillo, ya habían cambiado de lugar la estatua de Goh para que estuviera con las demás. Farid se levantó con una gran tristeza en su interior, se sentía culpable, se sentía todo un perdedor. Si no hubiera pensado en otras cosas, si no hubiera estado distraído, ¿cómo estaría todo en estos momentos?

-Farid- Vhan le llamó, su vestimenta había cambiado, ahora era más parecida a la de su padre-. Ven, vamos a dar un paseo- Farid accedió no muy alegremente, sin embargo pensaba que era lo menos que podía hacer. Notó que también la voz aguda del príncipe había sido remplazada por una un poco más grave y profunda-. Debo agradecerte- la cara de Farid no pudo ocultar su sorpresa y molestia por el comentario, era obvio que se creía ser responsable de la muerte de Goh-. Sé muy bien cómo te sientes, mi muy estimado amigo- esas palabras sonaron muy fuerte en el corazón de Farid-. Sí, así es, te llamo amigo. Nosotros somos criaturas muy orgullosas Farid, no aceptamos a muchos en nuestro castillo y mucho menos les ayudamos cuando se encuentran inconscientes en el bosque. Pero tengo que decirte que tú eres especial- Farid oprimió el emblema que traía en su muñeca-. No, mi amigo, no por el poder que llevas, sino por el corazón que guardas y a la vez entregas, sin condiciones o prejuicios.

-¿Por qué me dices esto Vhan?- Farid se detuvo abruptamente. La pequeña criatura siguió avanzando un par de pasos hasta que paró y dándose vuelta miró solemne a Farid quien, cobardemente, no pudo sostenerle la mirada.

-Mira siempre fijo sin desfallecer, Farid- su voz hizo que el joven alzara la mirada, no solo esa frase se la decía siempre su padre, sino que, por un momento, le pareció escucharlo a él. Ajeno a las emociones del humano, Vhan siguió hablando- Si mi padre murió protegiendo tu vida es porque eres una persona de extrema importancia. Tú no debes morir aquí, no hasta que hayas realizado el trabajo que te fue otorgado.

-¿Cuál es exactamente?- explotó Farid- ¿Vencer a mi hermano? ¿Vencer a un Tirano? ¡Dios! Hace un mes mi mayor preocupación era pasar la preparatoria. ¿Cómo se supone que salvaré a los mundos, lo que sea que

eso signifique, si no tengo ni idea de qué hacer?

-Tienes algo con qué empezar. Ir más allá del Mar de los Espejos es tu única pista ahora. Jamás he dudado del juicio de mi padre, Farid, no hagas que comience ahora- se acercó a él-. ¿Valió o no la pena su muerte?

Después de eso Vhan se retiró dejando a Farid con esas últimas palabras. Inevitablemente, quizá después de una feroz batalla o por la pérdida de Goh, Farid se echó a llorar como cuando era niño. Sus lágrimas recorrían su rostro y caían sobre el pasto quemado. Él, frustrado, golpeó la tierra una y cien veces más. Gritó, golpeó y luego calló. Miró al cielo y luego miró la estatua de Goh, a pesar de todo lo que sentía y de lo confundido que se encontraba, sabía perfectamente que no podía desaprovechar el sacrificio del padre de Vhan. Tenía que ir más allá del Mar de los Espejos y buscar a ese Bardack, quizás él sería la única forma de entender todo lo que estaba sucediendo. Y de lo que vendría. Farid se dirigió al castillo, donde Vhan lo esperaba con un gran costal de comida para el viaje.

-¿Cómo supiste?- preguntó Farid.

-Por tu corazón- fue la única respuesta de Vhan-. Dirígete hacia el noroeste, ahí encontrarás un camino muy estrecho, al final de él hallarás una lucecilla que te transportará a la salida del bosque- el rostro confundido de Farid hizo sonreír al nuevo rey-. Solo un invitado puede ingresar a este bosque, aunque, claro está, no tengo ni idea quién te invitó- Se rascó la barbilla pensativo-. Sé que te has enterado que Anom es hermano de tu padre y, más aún, intentó matarlo, pero es necesario que vayas con él, háblale de lo que sabes. Estoy seguro de que está muy arrepentido de lo que sucedió. Ve y perdónalo.

-Lo intentaré- luego se marchó corriendo hacia dónde Vhan le había indicado que estaba la salida. Caminó por senderos verdaderamente angostos, entre arbustos y espinos, que rasgaban sus ropas y herían un poco su cuerpo. Finalmente después de arrastrarse por un pequeño túnel lleno de espinas salió para encontrarse con la luz diminuta que le habían dicho. Tardó mucho tiempo en tocarla, la verdad era una sensación desagradable ser absorbido, pero después de darle muchas vueltas al asunto, por fin la tocó.

Cuando se dio cuenta se encontraba fuera del bosque y a lo lejos, pasando unas pequeñas colinas, se encontraba Ahavil Sasil, lo supo en cuanto vio la enorme pirámide erguirse a lo lejos. Se dio cuenta, entonces, que el bosque lo transportó varios kilómetros. No tardó nada en encaminarse hacia aquel lugar. Siguió el río y solo se detuvo un minuto para comer algo y beber un poco de agua. Después de un par de horas llegó a la entrada del pueblo, la gente lo miró pero no dijo nada, no les

importó que estuviera ahí. Era como si ya lo hubieran visto antes.

-¡Diego, Diego!- Ixchel lo recibió con gritos corriendo apresuradamente a él- Por fin estás aquí, tengo que hablarte de algo importante. Tú tienes el poder del agua y tu hermano el del fuego ¿verdad?- Ixchel nunca dejó que Farid respondiera, sino que siguió su monólogo- Al parecer una de las personas que vinieron contigo es el dueño del poder del viento porque su poder ha despertado.

-Lo sé- Farid afirmó la tomó de los hombros-. De hecho hay mucho que decirnos

-Hay algo más- Ixchel desvió la mirada y agachó un poco la cabeza-. Se ha vuelto más fuerte el rumor que Farid se ha unido a Tizoc y peleará en nuestra contra.

-Eso es mentira- replicó indudable el joven.

-¿Cómo puedes estar seguro?

-Porque yo soy Farid.

Capítulo 10

CAPÍTULO X

DESPERTANDO DEL HECHIZO

El atardecer había desaparecido, la noche se asomaba sobre la isla y las estrellas titilaban indómitas a lo lejos. Una silueta caminaba entre la bruma de la selva, sus pasos eran muy torpes, parecía estar muy lastimado y también confundido, tanto que se tropezaba con todo lo que encontraba a su paso, aun así, parecía que no sentía nada. Los golpes que recibía de los árboles, los rasguños de las hiedras o caídas al chocar con piedras no lo detenían, simplemente se volvía a levantar, sin mirar atrás, sin quejarse. Siguió caminando, se escuchaba el sonido de los animales nocturnos, criaturas extrañas que pasaban a su lado a gran velocidad, pero por una razón no le atacaban. Su murmullo aterrador daba a entender que había un enemigo cerca, uno muy peligroso, pero a esa silueta parecía no importarle todo lo que pasaba a su alrededor. Quitaba piedras y plantas de su camino hasta atravesar la espesa selva, cuando llegó al final vio un poco de luz, a lo lejos en la penumbra se encontraban Las Montañas que Nunca Duermen.

Se trataba de un gran grupo de formas rocosas que salían y se hundían como geiser, las rocas saltaban volando de un lado a otro, chocaban entre ellas violentamente haciendo gran daño y caían nuevamente. Cualquiera que fuera golpeado por esas rocas no sobreviviría para contarlo. La oscuridad invadía el lugar, la luna menguante apenas y permitía ver las gigantescas siluetas de aquellas torres moviéndose de un extremo a otro como lava ardiente. Más allá, en medio de toda esa oscuridad, se encontraba un conjunto de gigantescas rocas apiladas formando una torre alta e impresionante. No se movía como lo hacía lo demás a su alrededor, que claramente la protegían, sino que de su estructura salían piedras en forma de espinas, tan grandes que podían atravesar un auto completo.

Aquel joven no pareció inmutarse ante aquel peligro o ante la falta de preparación para aquel terrible recorrido, de hecho sonrió. Parecía divertirse tanta osadía o quizá ya no pensaba claramente y todo se había convertido en algo irrelevante para él. Avanzó, envenenado por aquella Icantrix de nombre Hidra, idiotizado por su cruel hechizo de muerte. Siguió, ante él, los gigantes de piedra que podrían aplastarlo; su objetivo, la torre más alta que será su mayor reto; su miedo, ninguno. Una roca salió disparada y fue directamente hacia él. La miró y la roca explotó en el

aire haciéndose pedazos.

Fue saltando de piedra en piedra hasta llegar a las formas rocosas que se movían sin cesar. Parecían ríos violentos de tierra, yendo de un lado a otro como olas de mar, capaces de destruir todo lo que se encontraba a su paso. Cuando llegó a una buena extensión de tierra se inclinó y tocó con las palmas de sus manos, al instante un círculo dorado apareció alrededor de él y una porción de tierra se levantó. Él, encima de ella, se movió entre las rocas, los estruendos y los golpes, los impetuosos ríos y los temblores.

De pronto los ríos de tierra y piedra comenzaron a salir como fuentes sin control alguna, sin aparente dirección y en un segundo fueron contra Carlos. Atacaron a diestra y siniestra, fue tan repentino que su cuerpo, ya lastimado, fue golpeado varias veces hasta caer, incluso en el aire seguía siendo atacado por aquellas descomunales rocas. Lentamente pudo abrir los ojos y dio una vuelta en el aire para caer sobre una roca flotante. Aun en su mente nebulosa la situación le parecía interesante y divertida.

Extendió sus brazos al frente haciendo gran esfuerzo. Poco a poco, en la intimidad de la noche, se escuchó un murmullo lejano, suavemente, pero de forma constante el sonido se convirtió en estruendo y cada vez se acercaba más. Los gritos y chillidos de las bestias aterrorizadas rompieron la tranquilidad de la noche, agitados por una ola gigantesca de piedras, tierra, hierba y maleza. Carlos arrojó todo ese poder contra las rocas vivientes y móviles; abrió el suelo y destrozó el lugar. El choque provocó que el polvo se levantara bruscamente y quedó suspendido en el aire impidiendo la visibilidad durante varios segundos. Con un movimiento de sus manos el polvo cayó al suelo dejando libre el camino.

El lugar estaba irreconocible, algunas rocas sobresalían apenas y todo había quedado destruido, no parecía que hace tan solo un momento había una hermosa selva alrededor, ahora se había convertido en un mundo deshabitado y destruido, gobernado solo por aquella torre intacta en medio del campo. Carlos gruñó cuando se dio cuenta que, pese a la violencia de su ataque, no hizo ningún daño a la estructura. Avanzó tranquilamente, ahora solo tenía que subir y tomar lo que había venido a buscar. Simple. Repentinamente escuchó un crujir, se detuvo para percibir algo, nada se movía a su alrededor. Parte de su cerebro quería estar en alerta, pero su mente nublada no quiso prestar real atención. Inició otra vez su andar y súbitamente, por debajo de sus pies, salió una enorme mano de piedra y hierba que lo atrapó. Carlos miró hacia abajo y observó cómo surgía una criatura de toda aquella destrucción.

Medía unos quince metros de alto, tenía la cabeza de un tosca y gruesa, su cuerpo era deforme, salían de él árboles y troncos destruidos, rocas filosas y puntiagudas que, sin duda, podían atravesarlo. Tenía tres brazos, en uno de ellos no había mano sino una de lanza hecha de roca y

árboles. Carlos notó que no tenía piernas, sino que se encontraba fusionado con el suelo y se movía a través de él.

-No me detendrás-dijo Carlos con un gran esfuerzo-. Yo... te... venceré.

La criatura arrojó a Carlos haciendo que chocara contra el suelo, levantó el brazo con la lanza para atravesarlo y lo atacó, pero Carlos logró poner una pared de piedra para protegerse. Corrió, era la primera vez que sentía miedo después de ser hechizado. La criatura lo seguía por donde fuera, no había escapatoria y no se podía esconder en ningún lugar, todo lo había destruido él mismo. Aquella bestia se sumergía en el suelo y podía salir por donde quisiera, eso, sin duda alguna, no favorecía en nada a Carlos.

El monstruo comenzó a moverse en forma extraña como si tuviese un extremo dolor de cabeza, Carlos hincado de cansancio, solo pudo observar. Decenas de rocas afiladas como espadas salían del cuerpo de la criatura, en un movimiento repentino, el monstruo dio un estruendo aterrador y todas aquellas piedras salieron disparadas en contra de Carlos. El movimiento fue demasiado rápido, así que a Carlos le costó trabajo reaccionar. Saltó de un lugar a otro y desvió con sus habilidades varias de las piedras. Su velocidad era cada vez más lenta y las piedras más rápidas, no estaba preparado para esto, algunas alcanzaron su pierna izquierda y su hombro derecho, pero eso solo logró que Carlos despertara su fuerza y en una extensión de sus brazos mandó todo a volar.

Sin embargo, la mano de aquella criatura lo logró golpear directamente, él salió volando y cayó muy cerca de un precipicio, probablemente hecho por él mismo en su primer ataque, la mitad de su cuerpo yacía en el aire y poco a poco resbalaba más. La bestia se acercó amenazadoramente, Carlos seguía sin moverse, parecía desmayado. El monstruo lo tomó con sus deformes manos y lo oprimió. Eso despertó al joven guerrero, sus aterradores gritos de dolor se podían escuchar por todo el lugar, incluso algunos animales y aves que quedaron después de aquella avalancha de tierra, salieron huyendo. Se escuchó el crujir de sus huesos, todavía no se rompían pero estaban al límite de la resistencia humana; el dolor era totalmente insoportable, tanto que un par de veces quedó desmayado para luego, al ser presionado, despertar gritando.

En su desesperación, la nebulosa mente de Carlos le dio una salida obvia. Esta bestia estaba hecha de tierra. Él era capaz de controlar todo lo que venga y esté hecho de tierra y aquella bestia no sería la excepción. Abrió sus ojos y miró los de la bestia, ésta, a su vez, regresó la mirada. Lentamente fue abriendo sus manos, al segundo siguiente las cerraba violentamente, parecía que no quería obedecer, quería realmente eliminarlo. Pero Carlos no se dio por vencido, esta era su última oportunidad para liberarse, así que se concentró lo más que pudo, hubiera sido más fácil si tuviera todos sus sentidos intactos, pero logró que la

bestia lo liberara. Cayó al suelo sin poder siquiera amortiguar su caída, toda su fuerza la había utilizado en aquel último intento de salvación.

La criatura reaccionó después de un momento, se sujetó la cabeza, parecía que despertaba de un sueño. Miró a su alrededor, se sumergía entre la tierra y salía por otro lado completamente opuesto, buscaba algo. Finalmente vio un pequeño cuerpo tirado boca arriba, inmóvil, herido, se dirigió amenazadoramente a Carlos que se encontraba completamente desmayado, incapaz de salvarse. De la nada se escuchó el sonido de una flauta, era un sonido muy hermoso y a la vez lleno de tristeza. Carlos despertó y pudo escuchar las últimas notas de aquella melodía que hizo que la criatura se desvaneciera entre los escombros para no salir jamás. Carlos no pudo soportar más el cansancio, el dolor y las heridas y finalmente perdió el sentido.

Cuando despertó ya era de día, el sol alumbraba con todo su esplendor quemándole el rostro. Débilmente se incorporó sentándose en el suelo. Se golpeó la cara quedamente para despertar totalmente y se levantó. Miró a su alrededor parecía no conocer el lugar en donde se hallaba, luego, como un torbellino de recuerdos, todo llegó a su mente. Frice, Hydra, lo que había hecho por ella y todo lo que sucedió la noche anterior. Se miró y estaba vendado, sus heridas habían sido sanadas, pero ¿quién lo había hecho? Buscó por todas partes, pero no había rastro de nadie, aun así, era obvio que alguien lo había ayudado. Si no hubiera sido por esa persona, él estaría muerto, porque estaba seguro que fue la misma que tocó esa melodía con la flauta. Debía ser alguien sumamente poderoso, pues solo con unas cuantas notas, logró deshacerse de la terrible criatura. Carlos miró a sus pies y vio que había una cantimplora y un par de frutas, por un momento dudó en comer y beber pues no sabía si podía confiar o no. El rugido de su estómago y la lógica de su mente lo convencieron de comer, puesto que, si lo hubieran querido muerto, jamás lo habrían ayudado.

Recordó a Frice, se sentía devastado. Sabía que él no era la mejor persona del mundo y que constantemente tocaba la línea de lo legal y lo ilegal, pero la criatura había sido alguien bueno y gentil con él, paciente y cuidadoso y aunque fue solo por el hechizo de la Icantrix no dejaba de culparse. No era como matar un humano, ¿o en ese lugar sí lo era? Se llevó las manos a la cabeza desesperado. ¿Qué era este lugar? Aunque, por otro lado, esa melodía, esa hermosa y triste melodía, que le había salvado la vida, ya la había escuchado alguna vez. No podía recordar dónde, pero aun así estaba muy agradecido porque gracias a ella se salvó de una muerte segura. Esos dos pensamientos no dejaban la cabeza de Carlos, pero, a pesar del dolor, hubo un pensamiento más que dominó su mente. El emblema. Hydra le había perdonado la vida con tal de llevarle el emblema de vuelta, también Frice mencionó que era sumamente importante. Carlos miró la torre, sus grandes rocas filosas no habían dejado de moverse. Él seguía herido y confundido, pero algo era seguro,

nadie lo utilizaba como títere y se salía con la suya.

Con todo lo que pasó anoche no le quedaba muchas ganas de volver a arriesgar su vida, pero si deseaba vengarse de Hydra tenía que conseguir el emblema. Además tenía el presentimiento de que si conseguía, no solo el emblema, sino también la Tribu, lograría encontrar a la persona que le ayudó y obtendría respuestas de qué era este lugar. Se preguntó por un momento si los demás estaban en esa misma situación. Él creía que sí, bajo el hechizo de la Icantrix pudo sentir alteraciones a su alrededor. No podía describirlo, pero era como si los elementos estuvieran conectados y se hablaran entre ellos.

Terminó de beber y con el agua que sobró lavó su rostro. Observó desde todos los ángulos la torre, cada lado parecía peor que el anterior, imposible de traspasar. Se dio cuenta de que lo único malo de haber despertado del hechizo era que ya tenía miedo de fallar. ¿Qué harían los demás?, ¿se arriesgarían? Por desgracia Carlos sabía perfectamente la respuesta que los otros- incluso Dara- darían y él no se quería quedar atrás. Los cuatro eran terriblemente tercos. ¿Esa habría sido una razón para ser trasladados a ese lugar?

Le dolía la cabeza, su cuerpo estaba herido y definitivamente no estaba seguro de lo que estaba haciendo, pero si era cierto lo que sentía, que los demás tenían sus emblemas, entonces él debía adquirir el suyo. Una razón debía existir para que todos se arriesgaran así. Por tanto él no descansaría hasta tomar lo que, al parecer, le pertenecía por derecho. Aun no sabiendo como lograría llegar a la cima, se encaminó a la base de la torre, era impresionante su tamaño, más alta que la bestia de la noche anterior. Respiró profundamente y se concentró para detener aquellas espinas, pero no pudo. No importaba cuanta fuerza utilizara para ello, simplemente no podía detenerlas. Se detuvo a pensar por un momento, si no podía detener las espinas y escalar, entonces, lo más factible, era utilizar una roca para subir en ella y elevarse hasta la cima y así lo hizo, se elevó unos cuantos metros cuando, inesperadamente, la roca se detuvo.

-Vamos, ¿qué pasa?, ¿por qué te detienes?- inquirió Carlos molesto haciendo un gran esfuerzo para seguir subiendo, pero la roca sencillamente no se movió- Bien, quédate aquí, no me importa- bajó de un salto y tomó otra roca para subir, al igual que la anterior se detuvo a medio camino y no quiso seguir más- .No puede ser, ¡¿pero qué diablos está pasando?!- Dolorosamente se dio cuenta de que no tendría otra opción más que escalar la torre. Colocó sus manos sobre la pared y comenzó a subir muy lentamente sintiendo, a través de las yemas de sus dedos, el movimiento de las piedras para poder evitarlas. Estaba lastimado de un hombro y de una pierna y eso complicaba mucho las maniobras para subir. Si no prestaba atención a lo que hacía y donde

pisaba, podría terminar muerto.

El ascenso fue bastante pesado, no era fácil escalar una torre de más de veinte metros de alto con heridas profundas. Llevaba menos de diez metros cuando una piedra se soltó haciéndolo resbalar, con mucho esfuerzo logró sostenerse con sus manos, pero éstas terminaron bastante dañadas. Se animaba a sí mismo para seguir adelante, siempre fue así, buscaba un reto que vencer y nadie le ganaría jamás. Si los otros tres habían obtenido sus emblemas él obtendría el suyo para estar a la par que los demás. Nadie lo haría menos nunca más. Carlos se enfocó en llegar a la cima, esta vez con más cautela, para no volver a resbalarse. En una abrir y cerrar de ojos la velocidad de las rocas afiladas aumentó considerablemente tanto que le fue imposible saber dónde saldrían nuevamente. Respiraba con fatiga, estaba cansado, la herida del hombro se había abierto y estaba seguro que una de las afiladas piedras lo atravesaría en cualquier momento. Cerró los ojos brevemente, cualquier otra persona, en su sano juicio, se hubiera retirado, pero no soportaba la idea de no estar a la par que sus compañeros. No le daría la oportunidad a nadie de verlo inferior. Ahora no solo estaba a prueba su resistencia física y mental, sino su valía.

Carlos sintió en la palma de sus manos el momento justo en que una de esas piedras letales y filosas saldría frente a su pecho, fue cuestión de microsegundos cuando la adrenalina invadió sus sentidos y su cuerpo reaccionó instintivamente. Presionó sus manos contra la superficie rocosa de la torre con tal violencia que sus brazos se hundieron hasta los codos. De abajo hacia arriba las rocas comenzaron a explotar una tras otra dejando al descubierto un pequeño templo. Carlos cayó con fuerza sobre sus pies frente a la entrada de aquel lugar y entró en él. El lugar era muy pequeño; en medio de todo, iluminado por un tenue destello de sol, una pequeña mesa de piedra y sobre ella, un arete dorado con el adorno de una pluma azul, era el emblema. El poder de la tierra estaba más a su alcance, había logrado demostrar que estaba a la altura de la situación, fuera cual fuese.

Carlos estiró el brazo para tomarlo, sin embargo se detuvo a unos centímetros antes de tomarlo. Hidra y Frice dijeron que el emblema era sumamente importante. Frice le comentó que con él lograría despertar la Tribu Lúum, pero nunca le explicó qué lograría con eso. Él, Carlos, simplemente fue arrojado a este lugar y de pronto estaba arriesgando su vida en cada esquina; otros le decían qué hacer y había cosas ocultas. Sonrió con ironía, era como estar en casa. Tenía tantas dudas que llenaban su mente y conocía solo una forma de responderlas, por la fuerza. Tomó el emblema y un terremoto azotó la zona destruyendo el templo, el joven guerrero logró reaccionar con velocidad y salir ileso. A lo lejos vio la gigantesca montaña Itzamara resquebrajarse, pero aún sostenerse en pie. Seguramente toda la isla sintió el temblor anunciando a

toda criatura que el emblema de la tierra había sido tomado.

Carlos se colocó el emblema en la oreja izquierda. Su cabello largo, sus ojos oscuros y el brillo del arete le dieron una apariencia amenazante puesto que sus facciones gritaban una sola cosa, vengarse de Hidra. Nadie, absolutamente nadie, iba a engañarlo y usarlo otra vez.

Entre los arbustos que quedaron a la orilla de aquel lugar destruido se vislumbraba una silueta que veía al Hijo de la tierra partir en dirección a su venganza. Guardó su flauta en la funda de su cinturón y se giró para ver al hombre que lo acompañaba.

-Llegaste justo a tiempo- comentó el hombre.

-Que sorpresa encontrarte aquí, Antonio- respondió el otro mirando los árboles caídos-. Creí que estarías con la señora Eva hasta el tiempo acordado.

-Es mi deber estar aquí- contestó el profesor secamente-, y apreciaría más respeto de tu parte- el aludido apretó los labios tan fuertemente que se volvieron blancos, obviamente luchando con la idea de decir o no algo.

-No esperaba que obtuvieran tan pronto su emblema- si a Antonio le molestó el cambio de tema no lo demostró jamás-. Creo que son más fuertes de lo que pensábamos, o más tercos. Realmente la línea es muy delgada con ellos.

-Pronto irán por sus Tribus- Antonio afirmó con voz tensa- y en ese momento todo se convertirá en tormento.

-Creí que ya lo era. Esto ya es un jodido infierno.

-Cuida tu lenguaje, Canek- respondió fríamente Antonio-. Has sido educado mejor que eso.

-No por ti, padre- le recordó el joven mientras se retiraba sin añadir más a la conversación. Antonio lo vio irse y luego dirigió su mirada a donde Carlos había desaparecido. Si debía ser honesto consigo mismo le preocupaba la rapidez con que todos obtuvieron sus emblemas, habían subestimado sus capacidades para dominar su elemento. Un fragmento más grande de la montaña se derrumbó al momento que los vientos se volvieron más salvajes. Augurio de que Wayak' peligraba cada vez más.

Carlos siguió avanzando a toda velocidad, esquivaba todo lo que se encontraba en su camino; su determinación le dio la voluntad para seguir adelante. Además ahora que había obtenido el emblema sentía su cuerpo

con mayor fuerza, un nuevo poder lo recorría. Hydra era alguien muy poderosa, pero no tanto como ahora era el deseo de venganza de Carlos. Recordaba perfectamente el sitio en donde se encontraba ella, además tenía cierta ventaja, Hydra lo esperaba como un esclavo, no como su enemigo, ella tendría la guardia baja y eso lo aprovecharía él para atacarla. Si en algún momento dudó en matarla, desvió esas dudas recordando cómo lo usó para matar a Frice.

Llegó a la zona donde, tan solo unas horas atrás, tuvo varias conversaciones con Frice; se detuvo, tenía que aparentar que aún estaba hechizado, debía ser torpe en sus movimientos, con una mirada perdida y fingiendo no sentir dolor. Así se aventuró a la guarida de aquella Icantrix. Frente a ella llegaría el momento oportuno para emerger como guerrero de la tierra, hasta entonces, solo era su sirviente.

Continuó avanzando hasta llegar a un grupo de árboles muertos que formaban un círculo, en medio de ellos estaba una pequeña cueva en la cual estaba ella. Carlos avanzó despacio, en cualquier momento podría salir esa mujer. Se detuvo a escasos metros de la entrada y se inclinó. Ante él, dentro de la cueva, apareció una mujer muy hermosa, Hydra. Ella sonrió complacida al ver a Carlos que le hacía reverencia. Pero estaba aún más feliz al pensar que le daría el emblema.

-Esclavo mío- dijo ella-, ¿has traído lo que te he pedido?, ¿me has traído el emblema?

-Sí, amada- contestó Carlos sin levantar la cabeza-. Lo traigo conmigo. Si me permite acercarme se lo entregaré.

Hydra le concedió el permiso y, levantándose, caminó torpemente hacia ella. Él fingió tomar su emblema, cuando las puntas de sus dedos acariciaron el arete Carlos levantó la mirada clavándose en las pupilas de ella y la miró con odio. Hydra dio un paso hacia atrás, temerosa de la intensa mirada del joven, sus instintos se pusieron en alerta, pero ya era tarde, Carlos la había tomado por el cuello con su mano derecha, mientras que con la izquierda se preparaba para atacar.

-¿Acaso creías que siempre me tendrías cautivo? No, Hydra, te equivocaste, la criatura que maté por culpa tuya era noble y buena. No merecía la muerte y la única culpable de eso eres tú- Carlos prácticamente había escupido esas palabras en el rostro de la hermosa criatura-. Además, no intentes hechizarme de nuevo, desde que el emblema de la tierra se encuentra en mis manos soy más poderoso y ese truco no funcionará de nuevo conmigo.

-Hijo de la tierra, ese no es el único truco que tengo bajo mi poder- confesó sonriente Hydra-. Lo que utilicé contigo no es nada a comparación de lo que te haré después- cuando dijo esto una rama salieron por las

mangas de su vestido sujetando a Carlos del cuello, brazos y piernas.

-No seas tonta Hydra- respondió Carlos-, yo domino este elemento.

-Tú podrás dominar todo el bosque si lo deseas- cantó ella burlona con su melodiosa voz-, pero las ramas que te sujetan no existen, están en tu imaginación, tu propia culpa por matar a Frice. ¿Mi pecado dices?- ella se burló- No te resististe ni siquiera cuando te rogó- confesó-. Lo que acabará matándote es tu propia mente- respondió sosteniendo la cabeza de Carlos-. Ahora, que yo recuerde, te di dos besos de muerte; te quité dos terceras partes de tu alma, me falta una.

Carlos deseó atacarla, pero entre más esfuerzo ponía para liberarse las ramas se tensaban más a su alrededor. Hydra tomó cariñosamente su rostro y se acercó lentamente a los labios de Carlos, este no podía moverse en lo más mínimo y la Icantrix sonrió victoriosa. Una pequeña esfera luminosa había salido ya del cuerpo de Carlos, la última porción de su alma. Lo besó, y un aire frío enredó los dos cuerpos, las enredaderas soltaron a Carlos y éste se apresuró a abrazarla posesivo. Cuando Carlos dejó de besarla, ella parecía más débil que nunca; a pesar de su color blanco en la piel, parecía más pálida de lo habitual, era como si le hubiesen robado la vida. Se arrodilló ante Carlos que seguía sin moverse, solo mirando al frente. Ella se abrazó a sí misma y con un llanto desgarrador miró derrotada al Hijo de la tierra.

-Maldito humano, imaldito humano!, ¿cómo fuiste capaz de sobrevivir?- su vestido, antes inmaculado, iba deshaciéndose lentamente en polvo y jirones.

-Hydra, te lo dije, soy más poderoso ahora- la tomó de la mandíbula y la levantó-. Dejé que me besaras para poder recuperar las porciones de mi alma.

-Maldito seas, ¡te destruiré!- Hydra se abalanzó en contra de Carlos, pero las raíces de los árboles muertos la atravesaron antes. Con las ráfagas de viento, el vestido de Hydra desaparecía como pedazos de tela podrida. Ella se miró a sí misma. La expresión de su rostro era de terror- No, no mi poder, mi belleza, ¡todo! ¡Regresa por favor, regresa!

Cuando el vestido y el cuerpo se desvanecieron, solo quedó un pequeño y retorcido árbol, sin hojas, sin vida. Sus raíces ya se encontraban muertas y sus ramas secas. Eso era todo lo que quedaba de aquella hechicera Hydra. Carlos aplastó las raíces con sus pesadas botas y miró con desprecio el lugar. Dos vidas, llevaba dos vidas tomadas en el poco tiempo que había estado en ese lugar. Aún quedaba algo por hacer y sin pensar más por el momento se adentró en la parte más oscura del bosque, en donde sabía que se encontraba Frice cubierto de piedra y roca y, efectivamente, se hallaba donde él lo había recordado, justo como lo

dejó. Comenzó a quitar todo, pero no con su poder, sino con sus manos, era lo menos que podía hacer. Enterrarlo como un verdadero guerrero y no como un cobarde. No supo en que tardó más, si quitarle todas las rocas o hacer un agujero profundo. Y, aunque estuvo casi todo el día en ese lugar, no se arrepintió ni se quejó de estar perdiendo el tiempo, ya había saboreado lo que es perder a un aliado ¿Estaría preparado para hacer las tumbas de los demás y la de él mismo? A estas alturas se dio cuenta de algo importante, este lugar no los libraría tan fácilmente, si es que podían escapar de él.

Cuando terminó de cubrir la tumba de Frice puso unas pequeñas piedras en pirámide para que nadie perturbara aquel lugar, luego miró una vez más y se fue. Durante el camino recordó lo que Frice le había contado con respecto a Anom y Balam. Sentía algo sumamente extraño al respecto, pero no sabía muy bien de que se trataba. Hermanos que peleaban entre sí. Sonrió con pesadez, los humanos tendían a repetir, una y otra vez, sus mismos errores.

Emprendió el rumbo hacia el lugar en donde supuestamente estaba su Tribu Lúum, si bien era cierto que él no tenía un interés particular en encontrarla, al sentir que los otros tomaron sus emblemas, se dio cuenta de que necesitaba estar a la par que ellos. Su cuerpo lo guiaba y no sabiendo exactamente que encontraría, deseaba llegar pronto. Quizás hallaría respuestas acerca de tantas cosas que ya habitaban su cabeza. Más aún la identidad de aquel que le salvó la vida. Cuanto más tiempo pasaba, más recordaba esa melodía, cómo deseaba tanto recordar dónde la había escuchado, pero su mente se nublaba a pasos agigantados. Y la verdad era que el tiempo no era su mejor aliado, ya que cada minuto que él perdía, su salvador podría estar más lejos y en realidad nunca había estado tan equivocado. Aquella persona que lo salvó siempre estaría cerca, siempre estuvo cerca.

Capítulo 11

CAPÍTULO XI

EL MAR DE LOS ESPEJOS

-¿Para qué demonios ponen el emblema del elemento en un lugar, si la Tribu se encuentra hasta el otro lado de la isla?- se quejó exhausta y malhumorada Dara mientras se encaminaba en busca del templo del viento.

Habían pasado tres días desde que descubrió la verdad de su familia y la realidad era que no se sentía nada bien. Recordó cumpleaños, fiestas, navidades, regaños, lecciones, todo lo que había vivido con los que pensó eran sus padres y hermanos, todo lo que alguna vez creyó era real. ¿Había dejado de serlo? No, ella misma se respondió. Los sentimientos eran reales, las risas, las lágrimas, los abrazos y besos, todo fue real, todo. Ahuitz pudo tener razón en que ella era originaria de Wayak', pero sin duda alguna su identidad, su alma, su corazón, lo que la convertía en ella no venía de su origen, si no de la vida misma.

Aunque sus pensamientos internos pudieron terminar con una conclusión sabia su humor no era exactamente muy calmado. No importaba cuánto deseaban ver a Dara los demás, si ellos la hubieran visto en esos momentos era poco probable que se hubiesen acercado a ella. Sin mencionar que su estado de mal humor había empeorado desde que se dio cuenta de que se había perdido. Conocía la dirección que debía tomar, sin embargo no era precisamente la mejor ubicándose. Extrañamente se había dirigido al sureste, confundiéndose completamente.

Cuando ya no pudo más, y el cansancio le pesaba tanto que le era imposible dar otro paso, se recostó entre la hierba fresca. Era un muy bonito lugar para descansar, el sol era cálido, pero no quemaba y se percibía el olor a mar. Era una sensación muy satisfactoria después de haber caminado mucho tiempo y los lugares en donde había descansado eran húmedos, tristes y malolientes, así que esta vez había conseguido un buen sitio. Su idea era descansar un momento, lo suficiente como para retomar energías, y avanzar unos cuantos kilómetros más hacia su meta.

Mientras lo hacía, entre los recuerdos que surgían intempestivamente acerca de lo que se había vivido en los pocos días, surgía el presentimiento de una tristeza inmensa, alguna impresión de que las cosas no saldrían del todo bien. Acostada miró el cielo, ¿sería el mismo que en casa? La angustia de no volver a ver a sus molestos hermanos y a

sus padres la invadió; inmediatamente recordó a Ahuitz y cómo él esperó años en ese lugar abandonado solo para poder ver a sus nietos. A Carlos y a ella. Hundió su rostro en sus manos, estaba emocionalmente agotada. Lloró. Si todo era verdad, si la profecía, las Tribus, el Tirano, todo lo que le dijo Ahuitz era cierto, sin duda alguna mucho dolor vendría en camino.

-Carlos, ¿hermano mío?- pensó mientras veía el cielo nuevamente, deseando encontrar las respuestas en su profundo azul-, ¿ambos nacidos en este mundo?- se repetía. La cabeza le da vueltas, era demasiado para creer en tan solo unos días. Cerró los ojos, deseaba descansar y olvidarse por un segundo de todo lo que sucedía. Acostada en el pasto, con una tranquilidad fingida, recordaba la leyenda que le contó su abuelo; en poco tiempo sabría si era verdad que ella tendría que elegir un camino que la llevaría a devastadoras guerras. No obstante ella había tomado una decisión, su voz, su identidad reclamaba vida, no muerte. Si tenía que pelear, lo haría bajo sus propios términos. La muerte no era una opción.

Pensando en esto el sueño la venció. Quedó profundamente dormida en medio de aquel torbellino de preguntas, sin embargo, a pesar de su cansancio, parte de ella permaneció en alerta. Su abuelo se lo había advertido, los días de juegos y niñerías habían terminado. Repentinamente sintió algo húmedo y baboso que apretaba sus piernas, despertó y miró que había una criatura, o por lo menos sus tentáculos la habían tomado, Dara intentó zafarse, pero era demasiado tarde, estaba completamente sujeta. Aquello horribles tentáculos de color arena, la jalaban cada vez más hacia el orificio de donde salían, Dara en su desesperación tomó una vara y comenzó a golpear aquello que la atacaba, pero no funcionó, salió una extremidad más y arrancó la vara de sus manos. Ella estaba rendida y al mismo tiempo asustada, no había probado comida o bebido agua desde hace un par de días, sin duda alguna ya no tenía fuerzas con qué luchar. Se rindió, cayó completamente al suelo y sintió como se desmayaba, lo único que alcanzó a ver fueron unas botas de piel sucias que se detuvieron a su lado, luego no recordó más.

Después de lo que a Dara le pareció cinco minutos- que realmente fue día y medio-, despertó en una cama pequeña y poco cómoda dentro de un camarote. Se encontraba en un barco y por lo que podía sentir ese barco estaba navegando y no se encontraba encallado. Se levantó bruscamente y estuvo a punto de caer, aún estaba muy débil, tomó un poco de fuerzas y se dirigió a las escaleras para salir a cubierta y encontrarse con las personas que había ahí.

Cuando intentó subir escuchó que se abría la puerta, Dara miró arriba y se encontró con el rostro de un joven marinero que le sonrió cálidamente, solo pudo distinguir que llevaba un arete dorado en su oreja izquierda, ella intentó alcanzarlo, sin embargo, su agotamiento era tal que no pudo y por segunda vez estuvo muy cerca de caer; aquella persona logró agarrarla del brazo impidiendo su caída. La tomó de la cintura, la

cargó en su espalda y la llevó de vuelta a la cama.

-Espera- dijo Dara con un susurro-, necesito...

-Tranquila- respondió el joven. Era de piel oscura y cabello corto, tenía ojos verdes y una gran sonrisa-, debes tomar fuerzas para hacer lo que tengas que hacer. Quédate aquí, te traeré algo de comer y de beber. Espero que no te importe la comida quemada, ninguno de nosotros sabe cocinar.

-No, está bien- respondió- no importa la comida, he estado comiendo cualquier tipo de cosa últimamente.

El muchacho se fue y al cabo de unos minutos regresó con una bandeja llena de comida- no quemada, sino aún peor- un vaso de madera viejo lleno de agua y una manzana roja que parecía que era lo único decente. Claro que cuando llevas más de tres días sin probar bocado, todo eso te sabe a los manjares más ricos de todo el mundo. El chico la miró comer con cierta ternura, tanta que logró sonrojar a Dara, cosa que no cualquiera podía hacer. Dara, mientras comía, vio a su alrededor, el camarote era algo pequeño, pero le cabía la cama, una mesita y un estante con algunos libros.

-Es pequeño el camarote- dijo su acompañante al observar a Dara-, el barco es muy grande, pero tenemos reservado este lugar para las visitas, aunque como nunca las tenemos, pues no lo limpiamos.

-Está bien, solo me llamaba la atención. No sabía que había barcos en este mundo- murmuró Dara la última parte.

-¡Pero por supuesto que sí!, aquí mismo está la prueba- al parecer Neico no tenía ningún problema auditivo porque logró escuchar perfectamente a Dara, ella notó que él no se sorprendió por la idea de varios mundos-, pero en estos momentos nos dirigimos a la entrada hacia El Mar de los Espejos.

-Espera- Dara prestó atención a eso último-, yo tengo que ir al este. Tengo que encontrar el Templo del aire.

-¿El templo de qué? ¿Aire?, no sé dónde queda eso.

-¿No sabes nada de eso?- el joven negó-, ¿de la profecía?, ¿de los emblemas?- una y otra vez el joven negaba a las preguntas de la chica- Increíble, creí que todo el mundo lo sabía.

-Mira- continuó el chico-, vamos hacia el noreste, te podemos dejar en tierra firme y solo caminas lo que tengas que caminar; de seguro te

habremos acercado un poco más a tu destino.

-Muchas gracias...ah, ¿tu nombre cuál es?

-Soy, Neico. ¿Y tú eres?

-Yo soy Dara. Disculpa mi indiscreción, pero ¿no eres muy joven para estar un barco?

-De donde vengo, no- él parecía divertido con la pregunta o, muy probablemente, era de esas personas que todo le daba risa-. Al contrario, entre más joven te aventuras, mejor augurio tendrás en el futuro. ¿Te sientes mejor?, ¿puedes levantarte?- Dara asintió y poco a poco, con la ayuda de Neico, se levantó y caminó hacia las escaleras. Muy lentamente las subió y salió encontrándose en cubierta donde había un grupo de marineros limpiando y descansando.

-¡Neico!- gritó un anciano, Dara observó a su alrededor, el barco, a diferencia al camarote, estaba muy limpio y brillante, toda la madera relucía, el asta y las velas resplandecían con el sol. Sin duda el capitán y toda la tripulación se esmeraban por tener todo en orden-, por fin despertó la chica. ¿Ya le diste de comer?- repentinamente Neico cayó al suelo sujetándose la cabeza y porque Dara le había proporcionado un buen golpe con un pedazo de madera. Todos se quedaron asombrados y creyendo que habían subido a un enemigo desenvainaron sus espadas.

-Un caballero ¿no?- Dara ignoró la creciente amenaza que le rodeaba al despotricar contra el joven marino- ¿Me puedes decir quién me cambió?- Dara no se había percatado, seguramente por lo débil que estaba, que sus ropas habían sido cambiadas, ya no llevaba la blusa gastada, ni sus pantalones rotos o sus tenis sucios. Sino que traía puesto unos pantalones de piel café, botas, una blusa blanca y una gabardina oscura.- Solo veo hombres aquí y les juro que si...

-Tranquila niña- interrumpió una voz femenina- yo te cambié. Ellos solo son marineros, aventureros, no salvajes-Dara volteó y miró a una chica, más o menos de su misma edad, pelirroja, con el cabello corto y muy alta, sus ojos eran oscuros y su piel morena clara. Llevaba el mismo tipo de ropa de Dara a excepción de que ella tenía un paliacate rojo en la cabeza-. Soy Marín, la única mujer abordo, pero la mejor de los marinos.

Dara se avergonzó de su reacción al darse cuenta de su error intentó disculparse con Neico y con todos los presentes. No obstante Neico tomó todo como un evento gracioso y restándole importancia invitó a Dara a seguirle para que conociera al capitán del barco. Ella, sin decir nada más y volviendo a disculparse con todos le siguió en silencio. Mientras estaban en cubierta Dara notó la costa, estaban lo suficientemente cerca como para verla, pero bastante lejos como para saber que nadar hasta allá no

era una opción. Ella se detuvo un momento para notar la isla. Sí, Wayak' era grande, muy grande, se dio cuenta que encontrar a los demás no sería tan fácil. Lo mejor sería pedir ayuda en Ahavil Sasil, como le indicó Ahuitz, tendría que preguntar a Neico si sabía dónde estaba ese lugar. La montaña Itzamara permanecía erguida en medio de la selva, sin embargo, Dara notó día tras día que los constantes temblores la estaban dañando. La selva también se notaba cada vez más fría, ya no tenía su vida habitual.

Neico pareció notar su incertidumbre porque, mirando en dirección a la isla le anunció que el mar, desde hace unos días atrás, estaba cada vez más agitado e inquieto. El viento salado ya no daba su fuerza como antes y que, realmente, daba la sensación de que la isla y sus alrededores estaban muriendo muy lentamente. Dara se cuestionó internamente si eso se debía al hecho de que ellos habían tomado los emblemas, el inminente despertar de las Tribus o la razón por la cual habían sido traídos a este mundo: la profecía. Finalmente el joven marino la instó a seguirle para anunciarse con el capitán.

Entraron a otro camarote, uno muy grande y hermoso, había cortinas de seda y grandes estantes con enormes libros. Una mesa en el centro de la habitación con un frutero encima lleno de manzanas, uvas y frutas deliciosas. Un espejo en la pared con bellos acabados en piedra; sofás y cojines por doquier, sin duda era la habitación del capitán puesto que el ambiente denotaba la importancia de quien se quedaba ahí. En una de las paredes de aquella habitación se encontraba clavado un mapa, era el mapa de Wayak', estaba grabado en piel curtida, se veía asombrosamente elegante. En otra pared también se encontraba el mapa del mar, una zona donde había muchas islas pequeñas. El nombre "Mar de los espejos" estaba escrito en bella caligrafía. Cada isla tenía un nombre peculiar. Einoc, Plaise, Vordoc, Adonoc, Kilex, y muchos otros nombres más. Dara se preguntó por qué cada isla tenía un nombre propio cuando eran tan pequeñas. Pensó que sería más fácil llamarle a la misma zona solo "Mar de los espejos".

-El capitán vendrá pronto- comentó Neico-. Veo que te llama la atención el mapa, a pesar de ser solo un grupo de pequeñas islas, dentro de ellas se esconden extraños mundos- eso respondió la duda de Dara sobre por qué el marino no se había sorprendido al hablar sobre el otro mundo. Si lo que decía él era verdad, su mundo y Wayak' solo eran una pequeña muestra de lo que existía realmente. ¿Podían visitar cada uno de esos lugares?

-¡Hola!- gritó muy emocionado un hombre al entrar al camarote interrumpiendo los pensamientos de Dara. El hombre era de una estatura media, cabello largo y lacio, de piel morena oscura, sin duda alguna tenía la sonrisa más grande que Dara jamás hubiera visto de alguna manera le recordó al joven que estaba a su lado- ¿Qué tal? Quiero presentarme ante esta encantadora dama, mi nombre es Lot, el capitán Lot. Y me siento

profundamente agradecido de que algo tan hermoso como tú haya pisado este viejo y sucio barco.

-¡Vaya!, eh... gracias- contestó Dara tímidamente impresionada por la actitud tan jovial y directa del capitán-. Gracias por permitirme estar en su barco, capitán.

-¡Oh, que voz, que voz!-entonó alegre Lot- Más melodiosa que cualquier hermoso sonido que yo haya escuchado. Más que el sonido de mar; tu voz es perfecta- Dara y Neico alzaron la ceja, la primera con incredulidad, el segundo un poco divertido con la situación.

-Es muy exagerado ¿no lo crees?- interrumpió Dara.

-¿Exagerado? ¡Sincero, diría yo! No, más que sincero, soy el profeta que anunciará tu perfección en el mundo. Imagínatelo, los dos, tú siendo la diosa y yo el sumiso servidor.

-De acuerdo, oficialmente estoy incómoda y asustada- murmuró Dara y de inmediato consideró saltar del barco.

-¡Oh, Dara!-continuó Lot ignorando la risa de Neico y el ceño fruncido de la chica- Eres, eres algo que no puedo describir- volvió a entonar Lot-. Eres la luz del sol, el atardecer entre nubes, la luna llena, el lago quieto, la tormenta sobre el mar, el sonido del viento, el pasto verde, el silencio del bosque, el murmullo de la selva...

-Quiero ir a tierra firme, Neico- Dara prácticamente gruñó mientras se masajeaba las sienes en un vano intento de evitar que no le doliera la cabeza- o las cosas realmente se volverán agitadas aquí.

-...la fogata encendida, la nieve en la montaña, la erupción del volcán, la electricidad del rayo, la luz en mi oscuridad, el tormento en mis pesadillas, el antídoto de mi veneno, la droga que no puedo dejar, la marea que me cobija...

-¿Me puedes explicar acerca de los mundos?- inquirió Dara a Neico sospechando que, hasta que el capitán no regresara de sus fantasías, no podía pedir que le llevara a tierra firme.

-Como te habrás dado cuenta, en la zona del Mar de los Espejos, cada isla tiene un peculiar nombre; dentro de cada isla, en un lugar oculto, hay un espejo; puede ser de diferente forma o tamaño dependiendo del mundo, cuando te colocas frente a él y tu reflejo aparece eres bienvenido, si no te reflejas mejor da media vuelta y márchate.

-¿Cuántos mundos hay?- Dara estaba sorprendida, emocionada e intrigada. Si bien quería regresar pronto a su casa tampoco podía negar la

curiosidad que cosquilleaba su mente sobre la posibilidad de conocer todos los mundos.

-Nadie lo sabe- respondió Neico-. Mira este mapa, puedes ver veintitrés islas, cada una con espejos, pero quizá en otro mundo no exista una zona así, si no que estén distribuidas las entradas, ¿podrías encontrarlas todas? ¿Serían las mismas que hay en Wayak' o en tu mundo?- Dara pensó que eso tenía sentido. Hasta ahora nunca había escuchado que en su mundo existieran entradas o portales para ir a otros sitios, así que no estaba segura de que existieran más espejos que los llevaran a otros lugares del que encontraron ellos

-...como el canto del ruiseñor, la brisa marina, la sangre corriendo por mis venas, el palpar de mi corazón, cada fibra de mi ser, la tierra húmeda en mis manos, la sonrisa de los niños-Suspiró el hombre-. Sí, creo que no tengo palabras para describirte- por un momento, tanto Dara como Neico se habían olvidado del capitán-. Bien, está decidido.

-¿Qué está decidido?- preguntó Dara.

-Es obvio-respondió sencillamente Lot-, que te convertirás en mi esposa.

-¡¿Qué?!- exclamaron al unísono Neico y Dara.

-¿Esposa, capitán?- preguntó pasmado Neico- Pero usted nunca había pedido matrimonio a alguien. Ella es solo una pasajera, solo una chica que rescatamos, no puede casarse con ella. Está buscando a sus amigos.

-Detalles- respondió Lot encogiéndose de hombros mientras hacía un ademán con su mano restándole importancia al asunto-. Bien, ahora...- se dirigió a su escritorio murmurando la planeación de la boda que se llevaría a cabo esa misma tarde en la cubierta de la nave. Dara, aún en estado de sorpresa y pánico, pudo detectar frases como "¿Estará bien que yo oficie la boda si soy el novio?" o "No debí comer esos rollitos de canela, no me quedará el traje de angora". Finalmente, lo que rompió su estado lleno de estupor fue escuchar a Neico comentarle al capitán que al final el traje azul le quedaba mejor.

Dara frunció el ceño a los dos hombres que revisaban qué colores de servilletas de tela podían disponer y fue cuando lo vio, eran extremadamente parecidos. Sí, Neico podía tener su edad y Lot tal vez unos veintitantos, no obstante, viéndolos ahora lado a lado, pudo notar cuán parecidos eran. Eran agradables a la vista, piel morena, ojos claros y una bella sonrisa, una muy burlona que comenzó a irritarla grandemente. Al parecer Neico sintió la amenazadora mirada y el inminente peligro puesto que alzó la vista para encontrarse con la de Dara y un escalofrío recorrió su espalda. Dándose cuenta de su probable error, tosió levemente aclarando su garganta y las ideas e instó a Lot a darse cuenta de la

locura, -o lo inapropiado- de la idea casarse sin previo consentimiento -o por lo menos algunos días más de preparación-, con Dara. Si a Lot los argumentos que le dio Neico le parecieron sensatos o no, realmente nunca se sabrá porque Dara, fastidiada de una conversación tan tonta, decidió mandar a volar al capitán. Literalmente. Una ráfaga de viento golpeó directamente a Lot arrojándolo sobre el escritorio y estrellándolo con la puerta del camarote.

Lot, al intentar incorporarse, fue lanzado por segunda vez a través de las puertas dobles que resguardaban el lugar. Todos los tripulantes asombrados notaron a su capitán volar varios metros hasta caer de forma poco digna sobre cubierta. Miraron hacia la entrada del camarote donde vieron a Neico con ojos desorbitados y a Dara con una mano estirada, ella, en un último movimiento, ordenó al viento agitarse para cerrar las puertas. Los marinos, furiosos por el ataque a su líder, corrieron al camarote para someter a la osada chica y al traidor de Neico, porque, ellos pensaron razonablemente, que Dara no tendría la fuerza suficiente para arrojar a su capitán de esa manera. Así que, ignorando a Lot, que intentaba incorporarse sin ningún éxito, se abalanzaron contra las puertas para abrirlas. Neico, que estaba en modo supervivencia, las había cerrado con llave y colocado un estante para evitar que las abrieran fácilmente.

-Eres un idiota- gruñó Dara mientras recorría el camarote buscando por dónde salir y preguntándose cómo llegar a la orilla de Wayak' estando tan lejos.

-Me lo han dicho- Neico casi parecía avergonzado. Casi. Dara consideró arrojarlo también, pero era obvio que iba a necesitar su ayuda para salir de ahí. El camarote estaba debajo del nivel de agua, la gigantesca ventana resguardada por un grueso vidrio lo confirmaba. En otras circunstancias a Dara le hubiera encantado la vista-. ¿Puedes hacer ese truco de viento a gran escala?- ella lo miró inquisitiva-. Si diriges el barco con tus habilidades mutantes hacia la orilla podríamos escapar rompiendo la ventana.

-¿Y que toda el agua entre inundando el barco y tal vez matándonos?- ella cuestionó irritada.

-Tienes mucha razón, pero ¿qué vamos a hacer?- Neico se cruzó despreocupadamente de brazos e incluso se atrevió a revisar las uñas de sus manos. Dara consideró romper la dichosa ventana con su cabeza-. Estamos encerrados, toda la tripulación está afuera queriendo despellejarnos, obra tuya, por cierto; son como treinta hombres y una mujer, y ella es más peligrosa que cualquiera de ellos, y no hay otra forma de salir más que la ventana, así que si tienes otra idea, te escuchó.

-Bien, sostente porque esto será rápido- Dara cerró los ojos, extendió los brazos hacia sus lados y luego los llevó al frente bruscamente,

repentinamente el barco cambió de dirección y elevó su velocidad. Dara hizo ese movimiento tres veces más para finalmente tener una velocidad constante. Neico entonces le indicó que estaban yendo a otra dirección, ella esta vez sí lo mandó a volar.

Después de un par de maldiciones de Neico y un cambio de curso, ambos jóvenes se quedaron en un cómodo silencio. Uno relativo, puesto que los otros marinos seguían forcejeando con la puerta. Escucharon maldecir a Lot el haber invertido en puertas dobles de seguridad puesto que eran prácticamente indestructibles. A través del ventanal podían ver el lecho marino cada vez más claro. Pronto el barco estaría lo suficientemente cerca de la orilla como para poder llegar nadando a la isla. Tenían que ser muy precisos en su plan, una vez que destruyeran la ventana y el agua entrara serían arrastrados por ella y tendrían que esforzarse por salir y después nadar a la orilla; además de asegurarse que los demás no los siguieran de cerca ya que, al permitir el agua entrar, el barco terminaría inundado y ellos también tendrían que ir a tierra firme. La única ventaja para Dara y Neico era saber la dirección del Templo del Aire.

-iCapitán- se escuchó fuera del camarote-, veo tierra, si seguimos a esta velocidad terminaremos estrellándonos!- Dara escuchó esas palabras, detuvo el aire que lanzaba y con otro movimiento pudo detener el barco por completo. La nave entonces permaneció en silencio flotando suavemente sobre el tranquilo mar.

Solucionado ese asunto Neico se dirigió a la ventana y apuntando un arma de fuego, que a Dara le pareció sumamente anticuada, se dispuso a romper el vidrio. El disparo resonó en todo el camarote y fuera de él. Un pequeño agujero apareció en la antes intacta ventana y de él el agua comenzó a entrar. Pronto la presión dañó el vidrio y ambos jóvenes podían oír cómo crujía. Finalmente la estructura ya no pudo soportar más y estalló violentamente. El agua ingresó con rapidez y, como había predicho Dara, fueron arrastrados con la corriente. Neico entonces expresó que sin duda la boda hubiera sido menos estresante.

-iNeico, estoy escuchando como estás destruyendo mi barco!- Lot golpeó desesperado las puertas del camarote- ¡Te juro que le diré a mamá!- Un escalofrío recorrió la espalda del joven marino a la mención de su madre. Finalmente miró a Dara y consideró que, de los dos males, el menos terrible era seguir a la chica. Así que, una vez que el agua dentro del camarote estaba lo suficientemente elevada ambos jóvenes hicieron el esfuerzo de salir por la ventana. Dara, por causa de la corriente, terminó hiriéndose la pierna contra el cortante vidrio; Neico, al ser un marino experto, le ayudó a nadar y saliendo a la superficie comenzaron a nadar a la orilla. Dara, para darse tiempo, obligó al viento a soplar al lado contrario de tal manera que el barco, aunque ya estaba hundiéndose, se alejara un poco más. No obstante Neico le aclaró que no lo alejara tanto

porque su hermano, el capitán, no sabía nadar.

Dara no supo responder, o mejor dicho, no quiso hacerlo. Jamás, ni siquiera con Diego molestándola cada día en la escuela, había tenido la necesidad de maldecir y decir varios improperios, sin embargo, como eso de seguro provocaría matar a Neico, decidió quedarse callada.

-¿Estás bien?, ¿puedes nadar?- Dara asintió débilmente con los labios apretados aún. Neico prefirió pensar que era porque le dolía la herida en la pierna. Hubo un pequeño rastro de sangre que se diluía rápidamente en las aguas antes cristalinas cosa que al marino preocupó- Necesitas nadar más rápido, si un squil percibe el aroma de tu sangre nos atacará y en el agua él tendrá la ventaja- Dara no preguntó qué forma tenía un squil, no obstante imaginó que sería algo similar a un tiburón y con eso le bastó para seguir adelante con todas sus fuerzas.

-iNeico, Dara, algún día los atraparé y me vengaré de esto!- gritó Lot desde el barco mientras intentaba descender, con cierto temor, a uno de los botes salvavidas- ¡Odio mojarme!- Dara lo escuchó maldecir. Un día de estos, si estaba muy aburrida, le preguntaría a Neico por qué su hermano tenía un bote si no sabía nadar y tampoco le gustaba el agua.

Llegando a la orilla se dieron un respiro breve para recuperar el aliento. A lo lejos vieron a los marineros intentando rescatar a Lot que había caído al agua, eso les daría una ventaja aún mayor. Dara sugirió a Neico que podía culparla de todo y regresar con su hermano, él se rio despreocupadamente y respondió que, en primer lugar, nadie iba a creerle y en segundo lugar le comentó que seguramente era su destino encontrarse. Después añadió que realmente le gustaría saber la historia de los elegidos, las Tribus y los emblemas. Dara comenzó a relatarle todo, de cómo comenzó esto en su mundo, el portal, sus padres biológicos, Ahuitz, la profecía, Carlos. Todo le pareció a Neico fascinante, pero a la vez muy triste, sería una guerra muy cruel si se llevara a cabo. Más aun entre hermanos. Lo que sucedió con Lot no era nada comparado con lo que vendría después.

-Si escogen caminos distintos tú también pelearás contra tu hermano, ¿podrás con eso?- Dara se entristeció mucho, no había pensado en eso, más bien no quiso hacerlo. Se enfocó en su meta de pelear sin matar, pero realmente no podía afirmar que los demás llegarían a la misma conclusión.

Un temblor sacudió la tierra nuevamente y algunos árboles cercanos se marchitaron de pronto. Ambos notaron cómo la temperatura descendió bruscamente. Ella le dijo a Neico que probablemente tomar los emblemas habían dañado de alguna forma a Wayak', tal vez tomar las Tribus sería peor. Él, por su parte, negó la idea, esos temblores habían iniciado mucho antes de su llegada, además le dijo que también en su mundo eso estaba

pasando. Dará lo miró sorprendida, ella creyó que él pertenecía a Wayak', pero el marino le dijo que su mundo se llamaba Adonoc. También le confesó que ha estado en otros mundos, pues él se dedicaba al comercio, y en cada uno de ellos la situación era la misma. Los mundos estaban muriendo y nadie sabía por qué. Dara se preguntó si esa era una razón por la cual habían sido traídos aquí en primer lugar.

-Vamos, no podrás resolverlo si te quedas aquí, tienes que ir por esa armadura o Tribu o como desees llamarlo- le extendió la mano para ayudar a levantarse- .Yo te acompañaré, tienes lastimada tu pierna.

-Neico- ella sonrió-, si me acompañas y empiezas a decir idioteces te juro que te mando a volar- ella amenazó mientras él le ayudaba a caminar.

-Suenas justo, cuñada- Dara cumplió su promesa.

Capítulo 12

CAPÍTULO XII

LAS TRIBUS

Habían pasado ya dos semanas desde que Diego, Farid, Dara y Carlos fueron transportados a otro mundo. Eva, la madre de los gemelos, se encontraba muy pesimista por lo que pudiera pasar y no se encontraba con ánimos de nada. Ahora todo era peor para ella después de que Antonio y Canek habían partido también. Se sentía peor sabiendo que los padres de Carlos y los de Dara seguían buscando desesperados en hospitales, delegaciones, y la misma calle sin descanso alguno. Ella e Isaac muchas veces tuvieron que hacer lo mismo solo para tapar las apariencias. No podían decirles la verdad, no les creerían; y en el hipotético caso de que lo hicieran, confesarles que en ese mundo estaban destinados a destruirse, no era mucho más alentador.

Claudia siempre aconsejaba decir la verdad, que era mejor saberla, aunque no fuera alentador, que ignorar que era posible jamás volver a verlos. Isaac respondía que, ignorantes de todo, podían tener esperanza de que sus hijos volvieran.

-Si eso es cierto- susurró Eva-, significa que nosotros ya no tenemos esperanza de verles jamás- el silencio que siguió a esa declaración fue más pesado y revelador de lo que ninguno admitiría jamás. El canal de noticias estaba en la pantalla del televisor, temblores, incendios, huracanes, todo se repetía en el mundo.

Ahora que los cuatro chicos tenían sus emblemas cada uno se dirigía hacia su Tribu, aquella armadura legendaria capaz de proteger todo un pueblo o destruirlo. Ya nada podría hacerlos desistir, cada uno de ellos creía saber lo que buscaba o necesitaba, pero incluso era algo más, la Tribu les llamaba, el emblema que estaba en su posesión había despertado en ellos un instinto más primario, uno conectado con su elemento. Tenían la necesidad de seguir adelante.

Farid, después de tener una larga conversación con Anom, Ixchel y Nemantini había partido al mar del norte. Justo a la entrada del Mar de los Espejos. Si bien era cierto que había aclarado algunos puntos con Anom y este último había expresado su arrepentimiento al tratar a Balam terriblemente, aseguró que no tuvo nada que ver con su muerte. Farid le creyó, aunque más por la palabra de Goh y Vhan que la del mismo

gobernante de Ahavil Sasil. Convencido de que era necesaria la Tribu para llegar a la tierra más allá del Mar de los Espejos siguió sus instintos y decidió despertarla.

Diego estaba atravesando la selva al sur de la isla. Giraba el anillo, con el emblema del agua grabado, sobre su dedo. La Tribu Ha' era tan necesaria y poderosa que habían intentado matarlo para robarle ese poder. Se tuvo que defender, eso era un hecho, pero no estaba seguro de si había defendido su vida o su nuevo poder. El respeto y el temor que despertaban las Tribus no era nada despreciable, y si él, Farid, Carlos y Santos eran los únicos que podían tener una quería decir que todos los demás estaban por debajo de ellos. Incluido Anom, el gobernante del reino más poderoso de este lugar, podía temerle.

Dara intentaba no matar a Neico por sus terribles ocurrencias, pero mientras caminaban entre ruinas en el este, ella sospechó, por lo que había sabido de Ahuitz, que aquí habían estado las Montañas que Nunca Duermen, y ahora que Carlos había obtenido el emblema de la tierra, el lugar había quedado sin vida. Estaba preocupada por los acontecimientos que pronto vendrían, no estaba segura de que la historia no se repitiera, al final venía de un mundo donde era normal que fueran siempre las mismas guerras, los mismos hombres, las mismas fechas, todo se repetía, nunca aprendían. Este lugar podría no ser diferente e, inevitablemente, la historia quedaría exactamente igual. Por lo menos, en esta travesía, encontrar a un amigo que la distrajera de todos los problemas había sido esperanzador.

Carlos cruzaba el río en el oeste, pudo sentir que el lugar donde caminaba ahora hubo, en algún momento, un reverente poder. Seguramente un emblema. La tierra estaba suelta y lisa, nada había crecido ahí en mucho tiempo, no estaba quemado el lugar, tampoco había rastros de agua, así que supuso que el emblema del viento estuvo ahí hace poco. No se había equivocado al percibir que los otros también aumentaban su poder. Bien, si ellos podían hacerlo él no se quedaría atrás. No le daría la satisfacción a nadie de verlo inferior, incapaz, o no digno de algo. Él lo demostraría, demostraría a todos, su valor.

-Lo que tenga que suceder sucederá pronto- comentó Antonio a las afueras de la Torre Oscura. Notó cómo las estatuas de los cuatro hijos de Atonatiah, los guardianes de resguardar la entrada, ahora carecían de magia y vida.

-Es verdad, los elementos se están agitando, están muy cerca-contestó Canek-. Falta muy poco. Pronto sabremos lo que sucederá, es mejor que

estemos preparados para todo lo que pueda venir.

-¿Exactamente qué misión te encargó Balam a ti, Canek?- Cuestionó Antonio- Sospecho que no es la misma que me dio a mí y eso no lo consiento.

-Si él hubiera querido que supieras te habría dicho, excelso padre- la burla no pasó desapercibida por Antonio-. Sin embargo, te diré que tu misión complementa la mía. Todos estamos del mismo lado.

-¿Y tú sabes cuál es?- cuestionó el hombre retando al hijo. Canek sonrió.

En Ahavil Sasil la discusión entre Anom, Nematini e Ixchel se extendió hasta el atardecer. El temor se apoderaba poco a poco de ellos aunque lo disimulaban muy bien. Anom estaba agradecido de tener a sus hijos a su lado en estos momentos de angustia. Una vez despiertas las Tribus nada las hará dormir hasta que el portador muera. Así que, si ellos resultaban enemigos, no serían capaces de protegerse frente a tanto poder.

Ixchel, en un arrebato un tanto infantil para la hija del jefe, abrazó a su padre de forma tierna. Él sonrió sujetando la mano de su hija y mirando a Nematini. La fuerte mujer esperaba que su padre viviera mucho más, pero desde pequeña había sido instruida para gobernar cuando él faltara y, en su interior, sospechaba con gran desagrado, que ese momento se estaba acercando.

-Ya verás que superaremos esto- susurró Ixchel conteniendo las lágrimas.

Entre tanto, Farid llegó a la del Templo de Fuego, era una cueva, era tan grande y tan profunda que ningún rayo de luz lograba entrar en ella. Caminó cautelosamente unos metros asegurándose de sentir la Tribu Kaak en el interior. Aquí lo había traído su emblema, aquí sentía el poder de su elemento con más fuerza. Encendió un poco de fuego y avanzó entre caminos angostos y abismos profundos. No era un camino especialmente peligroso, pero entre más profundo el oxígeno era menor, era obvio que necesitaba mayor energía para mantener el fuego encendido. Solamente el guardián del fuego podía llegar al final. Finalmente llegó a una pared que no le permitía seguir, alumbró todo el lugar pero solo pudo ver un pequeño orificio en el centro. Era del tamaño perfecto para que encajara su emblema.

Farid tomó lo tomó de su muñeca, lo zafó de la pulsera que Goh le había entregado y jugó con él un momento entre sus dedos. Era hora, una

vez colocado el emblema despertaría un poder que jamás soñó. Debía estar seguro de tomar la decisión correcta. Respiró profundo y estirando la mano permitió que el emblema se elevara para incrustarse en la pared. Se fusionaron ante sus ojos, de tal manera que Farid perdió el rastro de en dónde había estado el emblema antes. Nada pasó durante un momento y el joven creyó que debía hacer otra cosa o ir a otro lado, sin embargo, poco a poco un brillo dorado comenzó a iluminar toda la cueva. Primero eran delgadas líneas que salieron desde el sello y caminaron por las paredes de la cueva, era como si oro fundido pasara por los canales de la caverna y dejaba ver lo que había en su interior; luego se iluminaron unos símbolos que Farid no pudo saber a qué idioma pertenecía, pero sí podía leerlos a la perfección. Era el nombre de la Tribu.

Cuando él pronunció las palabras, en un lenguaje extraño, detrás de la pared se pudo escuchar un ruido, era como si una cerradura muy grande se abriera. Los canales de la cueva comenzaron a apagarse lentamente oscureciendo el lugar nuevamente. De forma inesperada, debajo de Farid, con una luz intensa, apareció el emblema de fuego, el guardián se hizo a un lado para verlo mejor y el sello comenzó a girar rápidamente a la vez reducía su área, finalmente solo quedó un punto rojo brillante en el piso. Cuando Farid se acercó para ver qué era repentinamente el círculo se volvió a abrir con un remolino de fuego y dejó al descubierto el emblema.

Farid frunció el ceño, ¿eso era todo? ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Había imaginado un armadura como los soldados en la edad media, o incluso los romanos o por lo menos un arma que pudiera sostener, pero lo único que había recibido de vuelta había sido su emblema. Tal vez al final no era digno de portar la Tribu, así que, decepcionado, con los hombros caídos, tomó nuevamente el objeto en sus manos. Estaba caliente, pero no quemaba, era como si estuviera vivo, como si tuviera un calor corporal.

-Estás viva- susurró Farid y de inmediato un remolino muy delgado de fuego comenzó a rodearle el brazo y siguió avanzando hasta cubrir su cuerpo entero. Él sintió que si no tenía control el fuego lo consumiría, las llamas entonces se elevaron con gran violencia y se tiñeron de rojo, azul y morado hasta que finalmente terminaron apagándose.

Parado, en medio de la cueva, Farid vestía la legendaria Tribu Kaak. Parecía estar hecha de piel de jaguar, pero él notó que era un material aún más resistente. Su cara sobresalía de las fauces abiertas del jaguar, la piel gruesa y manchada, cubría su espalda, costados y brazos hasta los codos, era una sola pieza, no había en ella ninguna unión. Sobre los hombros, a cada lado, había unas uñas de garras que parecían salir de debajo del traje, también llevaba un collar que tenía cuatro garras. El pecho no estaba cubierto por piel si no que lo recubría hueso de color negro entretejido, Farid notó que era flexible, pero muy resistente. No tenía ni idea de cómo funcionaba en realidad. Llevaba también un par de

muñequeras y de ellas salían dos garras largas. Tenía puestos unos pantaloncillos que llegaban a la rodilla, también estaban hechos de piel, pero a los costados tenían el hueso de color negro entretejido. Estaba descalzo, pero si era totalmente honesto no sentía ninguna molestia en las plantas de sus pies. Podía sentir cómo la Tribu le animaba a llamar más poder y, de forma natural, extendió la mano y una llamarada de fuego se formó frente a él formando en ella su arma. Era muy parecida a un bate de críquet, estaba hecho de madera, pero el centro era de ónice y zircón rojo. En el costado de la madera tenía incrustado decenas de pequeñas piedras talladas como si fueran dientes. Estaban sumamente filosas. Sobre la empuñadura tenía escrito el nombre de la Tribu.

Finalmente tenía esta legendaria armadura, se sentía más poderoso que nunca. Podía apreciar cada mínimo detalle de ella y cómo, al vestirla, sus sentidos se habían expandido. Se sentía más ligero y fuerte, más despierto y en contacto con su elemento. Tomó su arma y la puso frente a él, el reflejo sobre la piedra de ónice le dio una interesante vista, sus ojos eran los de un jaguar, eso explicaba que pudiera notar más detalles de pronto.

Relajó su cuerpo y pensó en cómo quitársela, en ese justo momento ésta desapareció volviéndose una pequeña bola de fuego la cual se guardó en el emblema que tenía en la muñeca. Farid reflexionó que la Tribu podía sentir sus deseos. ¿Eso la hacía más o menos segura?

En el oeste, en un profundo abismo, se encontraba Carlos intentado buscar la entrada al Templo de la Tierra, a pesar de que estaba completamente oscuro él sabía perfectamente hacia donde se dirigía ya que sentía donde se encontraban cada una de las rocas. Cada vez se adentraba más y más. Hace ya un rato que no veía la entrada del abismo, y en este punto le daba exactamente lo mismo tener los ojos abiertos o cerrados a raíz de que ni un solo rayo de luz podía llegar ahí, además no se escuchaba ni un sonido; aquí solo eran él, la oscuridad, y toneladas de rocas.

Mientras caminaba, bajo sus pies, sintió un muy pequeño temblor, cuando se dio cuenta el suelo del camino por el cual había andado se desmoronó, no podía verlo, pero sí sentir cómo ese espacio ya no estaba. Siguió avanzando adentrándose aún más, su mano izquierda la colocó en el muro a su lado permitiéndole sentir cada diminuta piedra con mayor precisión. Era como leer un mapa del lugar con su sentido del tacto, fue cuando lo sintió, había, sobre el muro, una roca diferente. No se sentía como las otras, no estaba seguro si se veía igual que las demás o no, pero sin duda alguna estaba cerca de su Tribu. Cuando se colocó frente a ella comenzó a brillar una figura, una imagen que él ya conocía, la forma de su emblema. Se sintió emocionado de que por fin después de tanto

esfuerzo y de una cruel pérdida estaba a punto de tener lo que buscaba.

La luz que emanaba de ahí le permitió ver un pequeño orificio, era del tamaño y forma preciso de su arete. Se lo quitó y mirándolo de nuevo pensó que tan necesario era hacer esto, despertar la poderosa Tribu. Una perturbación en el ambiente lo alertó, pudo sentirlo, alguien había tomado su armadura. Una de las cuatro había sido despertada. Gruñó apretando el arete con fuerza en su mano, ahora no había vuelta atrás. Tomó su emblema, lo colocó sobre la roca y embonó perfectamente, pudo observar por el brillo que se desprendía que se fusionaban en una sola. El emblema fue penetrándose poco a poco en la roca hasta desaparecer, Carlos se quedó quieto esperando que más pudiera suceder, pensó que tal vez tenía que ir a otro lado, incluso pensó decepcionado, que quizá solo era quien debía despertarla mas no poseerla. Pensando en esto, al fijarse donde había colocado el arete, apareció su insignia dibujada en la pared con un color dorado, primero era del tamaño de su palma, pero rápidamente fue creciendo hasta casi ser de su tamaño. Del emblema, justo de en medio, pequeñas piedras comenzaron a salir, parecía agua brotando de un orificio, pero eran piedrecillas que se desbordaban como si se tratara de una fuente, y la grieta de donde salían se hacía más grande a cada segundo.

Carlos permaneció en su sitio, la luz del emblema le permitía ver lo que sucedía, pero sus habilidades lo instaban a sentir cómo era posible que esto pasara. Tocó la pared buscando la fuente de las piedras y no pareció encontrar el origen, parecía salir del mismo emblema. Fue cuando se dio cuenta, el emblema estaba formando la Tribu Luúm con las piedras, eso tenía sentido para él. Realmente se alegró mucho cuando de aquella grieta comenzó a emerger una figura, pero su sonrisa cayó cuando se dio cuenta que lo que había salido era el mismo arete que él había metido momentos antes. Frunció el ceño enojado, alguien ya había despertado a su Tribu ¿y él no podía aun estando prácticamente frente a ella?

Tomó el emblema dispuesto a arrojarlo, pero en cuanto su mano lo envolvió sintió una calidez inmensa envolver sus sentidos. El arete, antes frío, ahora despedía cierto abrigo que calentaba al joven guerrero. A Carlos le pareció sentir que el emblema tenía vida, algo absurdo, si lo pensaba lógicamente, pero estaba seguro de lo que sentía.

Se colocó el arete nuevamente sintiendo la conexión y la calidez, golpeó el suelo con su pie y al momento brotaron cuatro grandes placas de roca que lo encerraron. Al chocar una contra la otra con semejante fuerza se rompieron y permitieron ver lo que había sucedido. Carlos llevaba puesta la Tribu Luúm. Era intimidante para cualquiera que lo viera, en su cabeza había un pequeño cráneo de un venado y de él grandes y poderosas astas se erguían orgullosas, el cabello de Carlos, ya largo, creció aún más. Una gruesa capa de piel de ciervo cubría sus hombros, sus costados y brazos. Era una sola pieza y no había costura en ella. Un

pequeño pantalón hecho con la misma piel cubría sus muslos, sin embargo, el pecho desnudo estaba cubierto por el gigantesco cráneo de un venado, era tan grande que cubría todo el pecho, estaba sujeto con unas bandas negras a la piel de ciervo y hacía ver a Carlos más grande y fuerte de lo que realmente era.

Sonrió entendiendo lo que su Tribu quería mostrarle, al parecer era igual de orgullosa que él, así que, extendiendo las manos, brillantes luces golpearon la tierra y emergieron dos hachas gemelas de ella. Eran largas y pesadas, sus hojas filosas eran damasquinas y sus empuñaduras estaban parcialmente cubiertas con piel curtida. En la parte baja, para ganar un poco de contrapeso, tenían anillos gruesos hechos con esmeraldas, y tallado en la madera, el nombre de la Tribu.

Sus pies descalzos se plantaron firmemente sobre la tierra, sus sentidos se habían agudizado, podía trazar un mapa mental de cada piedra a metros y metros a la redonda. Cada vibración en el suelo llegaba a él, nada podía compararse con esto. Tomó las hachas y mirándose unos ojos negros lo recibieron. Sonrió, se veía aterrador. Aunque le gustaba la sensación de tener la armadura con él también notó que requería, por el momento, mucho esfuerzo, su cuerpo debía acostumbrarse. Necesitaba quitársela. Giró las hachas y las arrojó al suelo incrustando el filo en la tierra, en ese momento la armadura comenzó a volverse arena rodeando rápidamente la mano izquierda de Carlos, cuando la arena se solidificó quedó en su lugar el arete. Ahí quedó dormido, momentáneamente, el poder de la tierra.

Saliendo del bosque, en el sur, Diego pensaba que él era el único que sabía que sus padres esperaban todo lo que ahora estaba pasando. Balam, su padre, sabía de este lugar y esperaba que sus hijos pelearan entre sí. Apretó los puños enojado al recordar que tuvo que acabar con la vida de dos personas para salvar su nuevo poder, para salvar su vida. Hizo una mueca al reconocer el orden de sus pensamientos.

Se repetía una y otra vez que lo más importante era obtener la Tribu Ha', ahora que había sentido el despertar de dos de las cuatro armaduras, estaba convencido de que si quería mantener su ventaja debía ser más fuerte que los demás. No permitiría que su padre o una tonta profecía lo guiara, no obstante, no podía quitarse de la cabeza que él había recibido un don y cada vez estaba más convencido de que estaba en todo su derecho de reclamarlo.

Se hallaba en un risco observando el mar frente a él. Finalmente había llegado, podía sentirlo. El emblema en su dedo lo había traído hasta aquí. La duda llegó a su cabeza, si tomaba aquel poder podría ser el inicio de la guerra entre él y su hermano como su padre había dicho, pero si no tomaba no podría hacer nada para evitarlo tampoco. Además él era uno de los cuatro elegidos, aquellos guardianes de los elementos. Eso debía

significar algo.

La brisa marina acarició su cuerpo llenándolo de vida nuevamente, era la hora, lo que tenía que venir, vendría sin problema alguno. Él siempre se sentía capaz de salir adelante sin importar las dificultades, se sentía seguro consigo mismo y confiaba en sus habilidades. Su hermano y Santos siempre creyeron que él era arrogante por su dinero, y en parte era así, pero no era ciego, sabía que los chicos de la escuela no eran sus amigos, no obstante, buscaban un líder a quien seguir como ovejas y él estaba encantado de dirigirlos a su conveniencia. Este mundo gritaba lo mismo, pero esta vez lo organizaría de tal manera que no tuviera que pelear contra Farid.

Así que sin más contratiempos Diego se acercó a la orilla del risco y se arrojó a las profundidades marinas, el agua era muy cálida, o por lo menos lo era para él. Incluso era amigable, Diego sentía mucha satisfacción de estar ahí. Llegó al lecho marino, puesto que no era tan profundo donde se había sumergido y ahí vio, justo bajo sus pies, un pequeño y abandonado arrecife. Múltiples colores adornaban sus puntas y en medio de él una figura parecida al anillo que Diego llevaba.

Él sacó su emblema y con cuidado lo colocó en el orificio. Encajó perfectamente y el arrecife envolvió el objeto uniéndose con él. El aire se escapaba rápidamente de los pulmones de Diego que, impaciente porque nada parecía suceder, quiso salir a flote, sin embargo, el agua marina pronto comenzó a agitarse y arremolinarse a su alrededor.

En un abrir y cerrar de ojos el agua cálida se enfrió como si hubiese un témpano de hielo cerca. Diego quiso salir nuevamente y al dirigirse hacia la superficie, justo arriba de él, se hallaba la imagen de su emblema pintado de un azul intenso y brillante. Se detuvo para ver lo que sucedería después, sin embargo, frustrado, solo fue capaz de ver cómo el emblema desaparecía entre las olas y el anillo era soltado nuevamente por el arrecife que, de forma increíble, era absorbido por el objeto. Diego ya no aguantó más la respiración y, tomando el emblema, salió a la superficie. Respiró agitadamente asegurándose de recibir todo el oxígeno que su cuerpo necesitaba y luego golpeó el agua con violencia. Era claro que era el lugar correcto, ¿por qué no tenía la Tribu todavía?

Cuando se calmó recordó que el emblema todavía estaba en su mano. Lo colocó en su dedo y al instante supo que había obtenido lo que había venido a buscar. Un pequeño remolino de agua comenzó a formarse haciéndose cada vez más ancho hasta que dejó de crecer hasta rodearlo. En un instante el remolino lo rodeó y la violencia del movimiento lo llevó a la orilla.

Diego emergió de la espuma marina con la Tribu Ha' ceñida a su cuerpo. Sin duda no era lo que esperaba, iera todavía mejor de lo que

jamás soñó! Pudo notar como su fuerza y energía aumentaban considerablemente. Caminó hasta la playa orgulloso de sus pasos y admirándose. La Tribu Ha' estaba representada por la tortuga, así que su armadura, desde la cabeza, estaba formada por gruesas y grandes escamas que cubrían su pecho, espalda y brazos hasta los codos. El pecho era de color ámbar y relucía contra los tonos azules y verdosos de toda la armadura. Los pantaloncillos, también formados por escamas, terminaban en punta sobre las rodillas y sobre los antebrazos, como medida protectora, tenía una pequeña protuberancia con picos.

Su instinto se fusionó con el de la Tribu y Diego sintió que le animaba a conocer todo de ella, así que él formó una esfera de agua frente a él y con ella formó un disco poco mayor a medio metro de diámetro, lo hizo girar cristalizándolo en hielo y cuando se rompió quedó frente a él un escudo, el arma de la Tribu Ha'. Estaba adornado con formas y figuras marinas, era de cuero, metal y lapislázuli y sobre él, tallado, el nombre de la Tribu. Diego colocó el escudo en su espalda y realmente le gustó la sensación de portarla. Con facilidad podía entender el flujo y movimiento del mar y hasta percibir el flujo del río que se encontraba no muy cerca de ahí. Él quería llegar con la armadura puesta a Ahavil Sasil, marcar una diferencia, sin embargo, la armadura le instó a no hacerlo. Requería mucha energía mantenerla activa y, por ahora, no tenía ni el control ni la fuerza suficientes para lograrlo.

Él, entonces, expulsó la armadura de su cuerpo y, cuando la tuvo enfrente fue absorbida por el anillo en el dedo de Diego. Ahora solo quedaba que el último guerrero despertara su poder y así comenzaría el principio del fin.

En el este, justo en medio de una tierra desierta, se encontraban Dara y Neico. Ella le comentó que tres Tribus habían sido despertadas, él, asombrado, le preguntó si estaba preocupada y sonriendo, ella respondió que solo podía ser responsable de sus acciones, no de los demás. Así que se enfrentaría a una cosa a la vez.

-Me alegra que me hallas acompañado, no me gusta estar sola- confesó Dara.

-Es obvio que te sientes bien conmigo- respondió Neico serio y luego sonrió-. ¡Solo mírame! Soy un encanto.

Ella estaba dispuesta a responderle, seguramente con alguna amenaza, cuando un poderoso viento los sorprendió y un fuerte sonido siguió después. Parecía un quejido triste y fúnebre. Dara se dio cuenta, el emblema la había traído al Templo del Aire y éste anunciaba su lugar. Dara instó a Neico que se quedara ahí mientras ella iba por su Tribu. Cuando no recibió respuesta ella giró el rostro buscando a su amigo y lo encontró a varios metros de distancia, sentado tranquilamente y levantando su

pulgar para animarla. Ella rodó los ojos, debió adivinarlo.

Con temor avanzó por las dunas cuando volvió a soplar el viento y el sonido resonó más cerca. Aun sin el lamento ella podía saber con exactitud dónde estaba la entrada al Templo del Aire, un instinto muy primario, guiado por el emblema, la llevaba sin dudas al lugar. Entre las dunas encontró una enorme cúpula de piedra en donde al pasar el viento surgía aquel terrible sonido. Dara se acercó un poco más para ver aquel lugar, ella estaba tranquila, serena y segura de sí misma. Era una sensación de satisfacción, sabía que estaba hecha para aquel poder y la decisión que había tomado le instaba a seguir.

Sintió que el viento se acercaba violentamente así que se mantuvo firme y, estirando la mano contra él, lo detuvo. Caminó nuevamente hacia la cúpula, al entrar vio ahí, en una placa incrustada en la pared, el lugar donde debía ir el relicario. Dara lo tenía colgando del cuello, sin más ceremonias lo tomó y, abriéndolo, lo colocó en la ranura, ésta comenzó a hundirse lentamente hasta que quedó fusionada con la placa. Dara aguardó un momento, pero nada pasó, no obstante sentía cierta tensión en el ambiente.

Finalmente se escuchó un pequeño sonido metálico y el relicario volvió a salir, Dara tomó el emblema nuevamente y lo miró confundida. Había esperado algo más que esto; se colocó el relicario en el cuello y cuando cerró el seguro, de ambos extremos de la cúpula, llegaron corrientes de aire, una fría y la otra cálida haciendo un torbellino justo frente a Dara. Ella entonces lo sintió, la Tribu Ik le llamaba. Estiró la mano hacia el torbellino y éste, en cuanto la sintió, envolvió su cuerpo violentamente. En un instante sus ropas fueron reemplazadas por la legendaria armadura del aire.

Dara salió caminando de la cúpula buscando a Neico que esperaba recostado mirando el cielo. Probablemente sintió que algo había cambiado porque se sentó sin previo aviso y miró en dirección a la chica. En su rostro se veía la sorpresa y la admiración, puesto que lo que vio no era poca cosa.

La Tribu Ik cubría el cuerpo de Dara. El rostro de la joven estaba enmarcado por el tocado de un ave, los hombros, el pecho, la espalda y los brazos estaban cubiertos por una capa de plumas multicolores. Parecían ser de quetzal, había verde, amarillo, rojo y azul. El pantaloncillo que cubría hasta sus rodillas estaba hecho del mismo brillante plumaje, pero sin duda lo que realzaba la imagen era que todo su cabello había sido reemplazado por plumas de color azul, rojo y violeta, plumas tan brillantes y largas que cubrían toda su espalda y llegaban más allá de sus muslos. Neico, osadamente, extendió la mano para tocar dichas plumas, y ambos confirmaron que su cabellera larga no había sido oculta, si no

reemplazada. El marino expresó su fascinación con un silbido simple.

Él cuestionó si la Tribu no debería tener un arma, ella asintió. Le dijo que la armadura se comunicaba con ella o por lo menos eso era lo que sentía, pues algo dentro de ella le instaba a conocer todo de la legendaria Tribu. Dara entonces sopló un poco de viento sobre la palma de su mano derecha y de ahí surgió un arco hecho, al parecer, de madera flexible adornado con anillos de piedra aguamarina, la pala inferior era delgada y angosta, pero la superior era gruesa y curva, seguro para tener un ataque cuerpo a cuerpo de ser necesario. Dara, al haber utilizado un arco antes en casa de Ahuitz se dio cuenta que el arco no tenía empuñadura y tampoco cuerda. Ella lo sostuvo en sus manos y se dio cuenta de lo ligero del arma, sintió cómo la Tribu le instaba a disparar, a conocer más de su poder. Así que con firmeza extendió el brazo izquierdo con el arco en ella, no obstante, la palma jamás tocó el arma, era como si flotara con la guía de la mano; finalmente, con la mano derecha, fingió tensar la cuerda del arco, el viento se arremolinó entre sus dedos y Dara liberó la energía. Neico miró asombrado cómo la arena y el polvo se abrieron paso y se dispersaron al momento en que una flecha de viento atravesó el lugar.

Dara sonrió, no había duda que el poder de las Tribus era impresionante, no obstante estaba segura que eso implicaba mayor cuidado y advertencia. Era fácil herir y destruir, pero mantener a salvo a todos sería un reto mayor.

Suspiró y en la exhalación la Tribu y el arma se guardaron en el relicario. Pudo notar la gran diferencia en su cuerpo, antes se había sentido con mayor fuerza y agilidad. No obstante también se sintió un poco cansada, lo suficiente como para comprender que para mantener la Tribu activa se necesitaba mucha energía. Tendría que aprender a ser más fuerte para lograr sus metas.

-Ahora, chica pájaro, ¿a dónde vamos?- preguntó Neico en burla.

-Ahavil Sasil es nuestra mejor opción- respondió ella con una ceja alzada-, y si sigues molestando te mandaré a volar, de nuevo.

Carlos estaba corriendo por los senderos que había encontrado en la selva. Estaba seguro que había humanos en algún lugar, pero también sociedades de bestias, bestias inteligentes y parlantes. Aun se cuestionaba si eso les daba el mismo valor que un humano y si debía buscarles para pedir ayuda o dirección. A decir verdad no tenía ni idea hacia dónde tenía que ir. Escuchó un río cerca y fue cuando notó lo sediento que estaba, así que se desvió para beber algo de agua.

Después saciar su sed, alzó la mirada y del otro lado del río se encontraba Diego mirándolo fijamente. Ambos solo se analizaron por varios minutos, a cada lado del río que no era lo único que los separaba.

Finalmente Carlos fue quien formó un puente de roca y piedras para que cruzara Diego, éste último sonrió y caminó seguro sobre la nueva construcción. Al llegar frente a Carlos el puente cayó sin dejar evidencia de su existencia.

-Has despertado a tu Tribu- inició Diego sin ningún otro tipo de saludo.

-También tú- respondió. Ambos sintieron el momento exacto en que la Tribu Ik despertó-. Esa fue Santos.

-¿Por qué estás tan seguro?- cuestionó el gemelo.

-No lo sé- Diego más tiempo a Carlos, luego, finalmente, le dijo que lo mejor era permanecer juntos hasta saber qué era exactamente lo que estaba pasando. Todos necesitaban respuestas. Se pusieron al tanto en su travesía en medio de la selva, ambos confesaron hasta donde fueron orillados con tal de sobrevivir-. Este mundo es horrible. Nos ha obligado a matar- la ira invadió los ojos de Carlos y las piedras a su alrededor vibraron-. Sé que no soy ningún santo, créeme, pero jamás imaginé que yo...

-Estoy de acuerdo contigo- confesó Diego-. Mi padre sabía de este lugar y esperaba que Farid y yo viniéramos y que nos matáramos entre nosotros.

-Me enteré que Anom, el gobernante de Ahavil Sasil mandó a matar a su propio hermano, un tal Balam- Diego frunció el ceño al escuchar las palabras de Carlos-. Lo hizo para quedarse con el poder, así que tal vez venga de familia.

-No solo somos especiales, comparados con ellos, también tengo derecho sobre el trono- Carlos sonrió al entender lo que Diego había dicho. Bueno, no era sorprendente, siempre fue arrogante y prepotente en la escuela-. ¿Qué tanto quieres vengarte de este lugar?- Diego extendió la mano para estrechar la de Carlos en común acuerdo. El guardián de la tierra sonrió con suficiencia, si esa era la forma de callar sus demonios internos, por supuesto que la tomaría.

-¿Estás totalmente segura que Carlos es tu hermano?- cuestionó Farid a Dara. Se habían encontrado en medio de la selva cuando ambos se dirigían a Ahavil Sasil y ambos se pudieron al corriente. Farid confesó que su padre había sido hijo del gobernante de aquella ciudad y Dara también comentó su linaje unido a Wayak'- . Él es un imbécil y es obvio que tú no.

-Estoy segura que Ahuitz me dijo la verdad- Dara respondió con sencillez-,

pude verlo en sus ojos.

Mientras ambos jóvenes tenían esta conversación, Neico había ido a buscar algo de comer. Él conocía mejor el lugar que los otros dos, así que en un sorprendente despliegue de madurez, dejó a Dara y Farid tener una conversación íntima. Ellos lo agradecieron mucho pues tenían varias cosas que contarse. Poco después llegó el marino con gran variedad de frutos, semillas y flores para comer.

-Esta fruta de aquí- dijo Neico mostrando algo muy parecido a una ciruela, pero de color verde- es realmente deliciosa y te proporciona energía rápido- la miró más de cerca- o es venenosa y te matará lentamente. Honestamente no me acuerdo- Farid y Dara de inmediato desecharon la fruta.

Mientras caminaban Farid no pudo evitar reírse por lo que Dara había pasado en el barco de Lot. Ella a regañadientes admitió que, en retrospectiva, la situación pudo ser graciosa, sin embargo le hizo ver que si no fuera por su poder, probablemente ella estaría casada obligadamente. Esta afirmación hizo callar a los tres un momento, el tiempo suficiente para reflexionar.

-Lo siento- Neico se disculpó sorprendentemente-. Honestamente no me había percatado de eso. Yo... icasí te obligamos a casarte!- Dara pareció conmovida por el arrepentimiento del marino, golpeó su brazo juguetonamente y avanzó sin añadir más. Todo había sido dicho- Aunque para ser honesto creo que fue mi hermano quien esquivó la bala- susurró el marino a Farid que hizo un lamentable intento por no reír. La mirada amenazante de Dara los hizo callar.

Neico tuvo que cuestionar a Farid sobre perdonar a Anom, según la ley de Wayak' él y Diego tenían derecho a vengarse y reconocer su dominio sobre el trono. El guardián del fuego confesó que quedarse en el pasado no resolvería nada. Anom parecía realmente arrepentido y juró que no tuvo nada que ver con la muerte de Balam, cosa que creyó más por la palabra de Goh, si era completamente honesto. Además añadió que él y su hermano serían terribles gobernando, en primer lugar no podían ni siquiera gobernarse a sí mismos, en segundo lugar no conocían a la gente de Ahavil Sasil, sus necesidades y su cosmovisión, tampoco cómo se manejaba su sociedad. Tenían nulo conocimiento sobre Wayak', sus criaturas, sus culturas. Y por último, quería regresar a casa y Wayak' definitivamente no era su hogar.

-La chica pájaro puede estar de acuerdo contigo, antorcha, pero ¿el gemelo malvado y el hermano perdido lo estarán?- Neico preguntó mientras veían la cúspide de la pirámide mayor de Ahavil Sasil- Dara me

habló de la profecía, eso no suena bien.

-Es por eso que hay que ir más allá del Mar de los Espejos- respondió Farid y Neico se atragantó con su propia saliva. El guardián del fuego quiso ayudarlo, pero Dara lo detuvo afirmándole que estaba activado su modo drama. Al ver que nadie lo ayudaba, el marino tosió levemente, y se incorporó-. Realmente eres un idiota.

-Lo siento, era para darle énfasis a la locura que acabas de mencionar- el marino se cruzó de brazos-. Ir más allá del Mar de los Espejos es demencial. Nadie jamás ha vuelto de esa travesía- Neico de pronto tomó los hombros de Farid lleno de miedo-. ¡Mi tío me dijo que había criaturas horribles que devoraban hombres y la tierra más allá era fétida y llena de terrores!

-¿Cómo lo sabría tu tío si nadie ha vuelto jamás de esos lugares?- cuestionó Dara. Neico la miró de vuelta. Todos guardaron silencio.

-Diablos, el infeliz me engañó- murmuró el marino-. Pero el punto es que todo el mundo sabe que ir más allá es la muerte.

-Goh me dijo lo mismo. Pero si queremos entender la profecía, realmente entenderla, es necesario ir- otro temblor sacudió la tierra y un viento gélido los goleó. La temperatura había vuelto a descender. Neico se abrazó a Farid con fuerza- ¿Qué diablos estás haciendo?

-Tengo frío- respondió Neico con obviedad-. Calientame- Farid gruñó y elevó la temperatura de su cuerpo hasta el punto de quemar al marino. Éste último se alejó con un grito, muy poco masculino- Bien. La chica pájaro puede calentarme con sus plumas.

-Primero muerta.

-Eso puede arreglarse, Santos- la voz de Diego resonó detrás de ellos.

Capítulo 13

CAPÍTULO XIII

LA MUERTE DE ANOM

Carlos y Diego habían estado caminando en un tenso silencio. Jamás habían sido amigos y ciertamente no lo eran ahora. Podían definir su relación como una sociedad, una en que ambas partes sacaban provecho de la otra, no obstante, la confianza era completamente nula entre ambos. Siguiendo su instinto y plan primario caminaron hacia Ahavil Sasil, fue cuando escucharon voces no muy lejos de ellos. Diego de inmediato notó la de su hermano, y estaba seguro que había una voz femenina, muy probablemente Santos, pero había una tercera voz que no dejaba de hablar de forma bastante vulgar si tenía que admitirlo.

Carlos fue quien se abrió paso entre la maleza y Diego le siguió. Pudieron observar como un joven, probablemente de su misma edad, abrazaba a Farid y el gemelo, con cierta calma, había impedido que siguiera haciéndolo. Por lo que escuchó después era claro que la Tribu de Santos estaba relacionada con un ave y, por tanto, con el aire.

-Eso puede arreglarse, Santos- Diego no pudo evitar burlarse, y por mucho que ella fuera también una elegida, no podía olvidar ese desprecio que sentía por ella. En cuanto la vio se intensificó aún más-. Es algo con lo que estoy dispuesto a ayudar.

-¿Quién dijo que la caballerosidad había muerto?- bromeó Carlos. Al no recibir una respuesta inteligente y mordaz de la chica se irguió. Ella parecía asustada y nerviosa y no paraba de ver a Farid como pidiendo ayuda- ¿Qué?

-¡Hola!- Neico apareció de pronto frente a ellos, por un momento lo habían olvidado. Él estrechó sus manos con tal rapidez y seguridad que Carlos y Diego no pudieron evitarlo-. Soy Neico. Es un placer conocer finalmente al gemelo malvado y al hermano perdido.

Decir que Diego y Carlos estaban confundidos era un eufemismo. Por un lado, Neico no dejaba de hablar y considerando que todo lo que salía de su boca había logrado decirlo solo con una respiración, los recién llegados dudaban de que fuera humano; por otro lado, si bien podían comprender el apodo de gemelo malvado, cosa que incomodó un poco a Diego, no entendieron por qué llamó hermano perdido a Carlos.

-Y entonces tu hermana hundió el barco...

-¡Neico!- Dara gritó al momento que comprendía dos cosas. La primera, Neico y Lot definitivamente venían de la misma familia, la número dos, el marino era absolutamente imprudente. El gemido de desesperación que salió de la boca de Farid había confirmado que él pensaba lo mismo. Ella tomó varias respiraciones intentando calmar los latidos de su corazón, cosa que jamás logró.

Finalmente ella hizo a un lado al entrometido chico y habló con la mayor calma posible a los chicos frente a ella. Diego miró a Carlos y luego a Dara, lo hizo varias veces intentando ver las similitudes.

-¿Estás segura de que él es tu hermano?- cuestionó Diego- Él es un imbécil y, por mucho que me desagrades, tú no lo eres- Carlos frunció el ceño al guardián del agua y luego miró a Dara. La chica realmente parecía temerosa y algo esperanzada. Finalmente Carlos soltó una fuerte carcajada, tan larga y tan estridente que los demás consideraron que algo malo estaba pasando.

-Me importa menos que un carajo lo que el viejo dijo- sentenció Carlos- ¿Qué esperabas? ¿Qué correría hacia ti y te abrazaría tiernamente? Nuestra vida, niña, ha sido una mentira. Abandonados por nuestros padres y criados por...- Carlos se esforzó por terminar la frase, pero nada más llegó-. Hace años supe que era adoptado. Todo era una sarta de mentiras, ellos me mintieron. Tú solo eres una mentira más.

Carlos extendió los brazos con fuerza empujando grandes rocas contra Dara. Fue tan repentino y explosivo que ni los gemelos ni Neico lograron reaccionar, no obstante Dara empujó el viento en defensa para detener el ataque del guardián de la tierra, sin detenerse, en un nuevo giro, la guardiana del aire golpeó el cuerpo de Carlos con la fuerza del viento arrojando al joven varios metros.

-No me subestimes, Carlos- Dara habló pausada pero firmemente-. Tampoco es que tenga sentimientos de hermana por ti ahora, pero si podemos abstenernos de pelear sería conveniente.

En respuesta el arete de Carlos brilló y en un estruendo de piedra y polvo vistió la Tribu y atacó nuevamente. Sus filosas hachas emergieron debajo de la tierra dispuestas a atacar, Dara permitió que el instinto de su armadura la guiara, en un torbellino de viento emergió ella con su Tribu cubriéndola y con su arco bloqueó el filo de las hachas. Era evidente que ambas armas eran igual de fuertes. Carlos avanzó con violentos ataques; un arma en cada mano y rocas intentando golpear a Dara. Ella respondió con bravura, bloqueando cada ataque hasta que él finalmente pudo golpearla con suficiente fuerza para que cayera varios metros a la distancia. Carlos sin detenerse levantó una pesada roca y la arrojó contra

ella, Dara apuntó con su arco y soltando la flecha de viento ésta se dividió en varias más golpeando la roca múltiples veces logrando romperla.

Los otros tres hombres estaban sorprendidos tanto por la violencia de los ataques de Carlos como por el control de Dara al momento de recibirlos y atacar sin herirlo realmente. La pelea estaba sucediendo muy rápido, sin duda las Tribus no solo aumentaban el control de sus respectivos elementos, también aumentaban la fuerza, velocidad y agilidad.

-Debemos detenerlos, Diego- Farid anunció, pero no hizo ningún ademán para moverse. Una cosa había sido sentir cierto poder gracias a la Tribu, pero ver lo que realmente puede hacer, el poder que puede salir de ella, lo conmocionó. Si no tenían cuidado podían destruir con gran facilidad todo a su alrededor. Diego también se había quedado quieto, no obstante sus pensamientos eran diferentes. Saber que podía moverse de igual manera que ellos dos, que podía enfrentarlos y, si era inteligente, vencerlos, lo emocionó.

-¿Sabías que papá vino de aquí?- Diego preguntó desviando la atención de Farid. Él asintió mirando los ojos de su hermano. Ambos lo comprendieron, sabían de Anom- Tal vez en esta isla tener hermanos sea algo negativo. Papá y Anom, Carlos y Santos. Podemos romper el ciclo, hermano.

-Lo que sea que estés imaginando sácalo de tu cabeza, Diego- Farid enfrentó a su hermano dándole la espalda a la pelea que se disputaba esperando que no viniera otra-. Papá no querría esto.

-Papá no es quién pensábamos, hermano- Diego lo miró herido-. ¿Sabes qué es lo que querría papá? Que tú y yo nos matáramos- Farid intentó contradecir a su hermano, pero éste último le dio una bofetada-. La única ventaja que veo de esto, hermanito, es que podemos tomar lo que era nuestro por derecho- Diego alzó la mirada hacia la pirámide principal de Ahavil Sasil.

De pronto sintió un golpe en su barbilla que lo tiró. Su hermano había regresado el ataque. Ni siquiera sabía por qué había esperado que Farid estuviera de su lado. Su anillo brilló y al levantarse el gemelo mayor tenía puesta su Tribu y había lanzado su escudo con fuerza contra su hermano; éste último rodeó su cuerpo con fuego que emergió de su emblema y detuvo, con gran esfuerzo, el escudo que venía contra él. Quiso tomarlo de vuelta, pero jamás pudo moverlo. Ambos hermanos se miraron en comprensión, solo el dueño podía blandir el arma de su Tribu. Farid estuvo dispuesto a atacar cuando un hacha se incrustó en el suelo frente a él, los gemelos miraron a Carlos extrañados, pero se dieron cuenta que solo

había sido desarmado por Dara; ella tampoco tenía su arco.

-¡Demonios, Santos!- gritó Carlos frustrado-. ¿El viejo también te enseñó a pelear?- Dara estaba a punto de responder cuando perdió el control de su Tribu y ésta se guardó en el relicario. Exhausta se arrodilló intentando respirar profundamente. Carlos sonrió, ella no era tan fuerte físicamente como para mantener activa la armadura. Estaba dispuesto a tacar cuando fue golpeado por el arma de Farid en la cabeza, cayó mareado levemente, pero pronto la furia lo invadió. Fue admirable es esfuerzo del guardián del fuego por defenderse de los ataques de la tierra y el agua. El escudo y las hachas eran apenas detenidas por torbellinos de fuego y las garras de sus muñecas. Pronto la energía se le agotaría y ellos habrían vencido. Desesperado, expulsó todo su poder calentando el ambiente lo suficiente para quemar todo a su alrededor. Tanto Carlos como Diego fueron heridos por la fuerza del ataque. Cuando se levantaron Farid ya no tenía su Tribu puesta, pero el daño estaba hecho, ambos jóvenes tuvieron que prescindir de sus armaduras para recuperarse, sin embargo, ninguno tuvo dudas, si no hubieran estado protegidos, el poder de Farid los habría matado.

-¡Eso estuvo increíble!- Neico salió de alguna parte mientras aplaudía. Durante toda la pelea se había escondido para no salir herido, pero era obvio que había visto todo-. ¿Me darían un autógrafo?

-Ahora no, Neico- Dara con trabajos se había incorporado. Miró a su alrededor, el daño de la batalla, una que no había durado ni diez minutos, había sido considerable-. Wayak' y los mundos se están destruyendo y nosotros lo estamos haciendo peor.

-¿Mundos?- Diego pudo levantar su cabeza lo suficiente del suelo para ver a la chica. Sentía que todo el cuerpo se incendiaba-. Joder, Farid, me arde todo- nuevamente recostó su cabeza agotado.

-Créeme, no me siento mejor- Farid sintió que iba a vomitar en cualquier momento-. Jamás volveré a hacer eso, creo que prefiero el hacha- Carlos gruñó en algún lado como afirmación de lo que el gemelo menor acababa de decir.

Neico miró a todos con cierto asombro, burla y lástima. Afirmó que buscaría algo de comer para todos y algunas plantas para hacer un bálsamo para curar las heridas. Escuchó cuatro gruñidos en respuesta, seguro ninguno se levantaría en los siguientes minutos. Con total confianza los dejó mientras se adentraba a la selva y buscaba alimentos. Esta vez se aseguró de recordar cuáles eran venenosos y cuáles no, probablemente. Encontró flor de encino, combinado con la sabia de otro de los árboles cercanos les ayudaría con sus heridas. Cuando volvió ninguno de los guardianes se había movido. Dio a cada uno comida y preparó el bálsamo para luego cubrir las heridas con él. Todos guardaron silencio durante una hora entera, excepto por Neico que seguía hablando

de cualquier cosa que se le viniera a la cabeza, Carlos golpeó su cabeza contra el suelo repetidas veces intentado desmayarse para dejar de escucharlo.

Todos analizaron lo vulnerables que eran después de utilizar sus Tribus. Seguían completamente agotados después de pelear entre ellos y ninguno tenía energía suficiente para controlar su elemento. Neico sugirió, entre todo lo que había hablado, que tal vez necesitaban entrenar física y mentalmente para tener un mayor control de su poder, de esa forma no quedarían desprotegidos después de cada pelea.

-Sí sabes que estamos en lados opuestos en este momento, ¿verdad?- cuestionó Diego- ¿Cómo planeas defenderte una vez que recupere mi poder y siga con mis planes?

-De rodillas- respondió Neico-. La súplica siempre ha sido uno de mis fuertes- Dara rodó los ojos al escuchar la respuesta.

-Eres un idiota.

-¿Por qué todos me llaman así?- Neico la miró- Comienzo a sospechar que es mi tercer nombre.

-¿Cuál es el segundo?- preguntó Farid mientras masticaba fruta.

-Neico- respondió el marino encogiéndose de hombros.

-¿Tú nombre es Neico Neico?- Carlos se irguió solo para mirarlo, la confusión enmarcaba su rostro- Que estupidez.

-No, Neico es mi segundo nombre- Carlos murmuró que era igual de estúpido-. No les diré el primero, es ridículo- respondió malhumorado el marino-. Es bastante conque algunas personas, no necesariamente cierta chica pájaro, pero algunas personas ya creen que soy una especie de bufón. No les daré más armas.

Mientras recuperaban su fuerza los cinco jóvenes fueron encontrados por un grupo de personas que definitivamente no eran amigos. Su vestimenta y máscaras recordaron a Diego los enemigos que tuvo que enfrentar cuando buscaba su emblema, definitivamente estaban en clara desventaja. Difícilmente tenían energía para estar parados, no podían vencerlos si atacaban. Neico, aunque vio a los recién llegados, siguió hablando tranquilamente. Luego se levantó, tomó una pera y caminó hacia los visitantes. Se presentó tan animadamente como lo había hecho con Carlos y Diego, sin embargo jamás buscó estrechar la mano de los hombres.

Con sumo cuidado los otros jóvenes se incorporaron y agruparon para considerar sus opciones. Vestirse de las Tribus era imposible, no tenían fuerza ni para llamarla; consideraron un ataque cuerpo a cuerpo, pero no tenían tanta experiencia para eso. Correr e intentar escapar parecía la opción más sensata, no obstante estaban seguros que serían pronto alcanzados.

Neico mordió la pera despreocupadamente y luego se limpió la boca con la manga. Inmediatamente después, para sorpresa de los recién llegados, no tanto para los jóvenes, el joven marino se arrodilló y puso sus manos en súplica.

-¡Por favor, no me maten!- exclamó- Soy demasiado hermoso y útil como para terminar así- la facilidad con la que hablaba Neico siempre abrumaba a quien lo escuchaba y este caso no era diferente-. Les prometo que tengo la receta de un pulque de flor de cempaxúchitl que...- el marino sonrió al desviar su mirada- ¡Oh!, hola Nematini.

Los hombres enmascarados giraron para encontrarse con el hijo de Anom y varios de sus guerreros. En cuestión de segundos fueron eliminados. Nematini tomó la mano de Neico y le ayudó a levantarse, ambos se dieron un abrazo amistoso.

Diego y Farid explicaron rápidamente quién era Nematini. Carlos hizo la molesta observación de que era su primo. El guardián del agua gruñó al sentir que pronto tendría migraña, de nuevo. El guerrero se acercó a los jóvenes con cautela, Neico le había comentado que ya eran portadores de sus Tribus, si esa información no bastaba, la destrucción que había en el lugar sin duda era una pista fuerte. Nematini inclinó la cabeza en forma de saludo jamás se ofendió porque nadie hizo ningún ademán de vuelta.

-No es normal que los guerreros de Ahavil A'ak'abil estén tan lejos de su territorio- anunció Nematini-. Los están buscando, será mejor que vengan con nosotros.

Carlos estaba a punto de negarse, pero Diego lo detuvo, luego miró a su hermano para afirmar su decisión. Nematini pareció comprender porque se hizo a un lado para permitirles pasar. Mientras lo hacía ordenó a uno de sus hombres adelantarse y preparar comida y un lugar para que los guardianes descansaran. El camino de regreso a Ahavil Sasil fue tenso, todos parecieron notarlo excepto por Neico que no dejaba de silbar. Carlos se sintió lo suficientemente fuerte como para abrir un hoyo y que cayera el marino en él.

Después de sacarlo siguieron su curso. Llegaron a un río que los separaba de la ciudad, bebieron agua y atravesaron el puente que los llevaría a la entrada del lugar. Cientos de personas los miraron llegar, pero de inmediato siguieron con lo suyo. Al parecer se estaban alistando

para salir. Hombres y mujeres se cubrían con un ichcahuipilli, que era una especie de armadura hecha con algodón y maguey. Cuando Dara notó que también sujetaban diferentes armas comprendió que estaban alistándose para la guerra.

Llegaron a la base de la gran pirámide y Anom e Ixchel también vestían sus armaduras solo que más adornadas y con adornos de plumas de quetzal. Cuando Anom fijó sus ojos en ellos Diego de inmediato lo sujetó contra la pared con una burbuja de agua. Nematini, los guerreros a su alrededor e Ixchel atacaron de inmediato, pero fueron detenidos por Carlos; Farid a su vez buscó distraer al guerrero de la tierra para que los demás alcanzaran a su hermano. Dara entonces tomó el arco de un joven guerrero a su lado y corrió hacia Diego, de un solo movimiento golpeó sus rodillas por detrás y lo derribó, la caída permitió que soltara el agarre de Anom y el gobernante finalmente pudo respirar de nuevo.

-¿Cómo te atreves a atacar a mi padre?!- vociferó Ixchel apuntando a Diego con una lanza.

-Él mandó a matar al mío- respondió Diego-. Tengo derecho a vengarme y reclamar este gobierno.

Todos los soldados alrededor se miraron confundidos. Uno de ellos, de mayor rango, preguntó si él y Farid eran hijos del gran Balam, hermano de Anom. Los gemelos asintieron y un silencio invadió nuevamente el lugar.

-Una cosa es cierta- Anom respondió mientras caminaba hacia Diego-, tienes derecho a reclamar el trono, pero es una mentira que tuve que ver con la muerte de tu padre- Diego se levantó custodiado por los guardias de Anom-. Yo me equivoqué con él, lo admito, pero arreglamos las cosas antes de su muerte. Él me perdonó.

-Eso dices tú- escupió Carlos-. ¿Cómo podemos saber que es cierto? Este mundo solo está lleno de escoria igual que todo lo demás.

-Veintidós de febrero- pronunció Anom. Diego y Farid fruncieron el ceño. Ese era el día de su cumpleaños-. Nosotros no seguimos su calendario, pero memoricé ese día. Balam vino a decirme lo orgulloso que estaba, tenía gemelos- una risa opaca salió de los labios de Anom-. Puedo decirles cuánto pesaron, cuánto midieron. Incluso la hora en que nacieron- miró a los gemelos directamente a los ojos-. No cometan el error que yo hice, perdí muchos años en mi rencor y ese tiempo jamás volverá. Me perdí de verlos crecer. Si mi pago es la muerte- Anom hincó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza- la aceptaré como una vieja amiga.

Nematino e Ixchel avanzaron para proteger a su padre, pero ellos sabían que no podían hacer nada si Diego o Farid querían reclamar su

vida. Él mismo se estaba ofreciendo, no había ataque ni traición que perseguir en eso. Farid apoyó su mano en el hombro de Diego, él estaba completamente tenso y vinieron a su mente las palabras de su padre en aquel recuerdo que tuvo cerca de la Torre Oscura. Su padre había dicho que Farid y él se odiarían, pero jamás dijo que estarían en bandos diferentes. Tal vez su hermano tenía razón, necesitaban más información.

-¿Por qué parece que se están preparando para una guerra?- Diego preguntó dando pasos lentos hacia atrás. Nematini exhaló el aire que había contenido en sus pulmones e Ixchel abrazó a su padre entre lágrimas.

-Ahavil A'ak'abil vienen contra nosotros- Nematini respondió por su padre-. Jamás han tenido la fuerza para derrotarnos así que algo extraño está pasando. Cuando los encontramos a ustedes fue porque los seguíamos a ellos.

-Sospechamos que están aprovechando el desequilibrio en Wayak' y el despertar de las Tribus para encontrarnos desprevenidos- Anom se armó de cuchillas de obsidiana y una lanza-. Casi lo logran.

-Por eso Tizoc intentó engañarme- Farid habló de pronto-. Ellos esperaban que la profecía se cumpliera como imaginaron que sería. Diego y yo peleando entre nosotros o atacándolos a ustedes, de cualquier forma no podrían defenderse de ambos- Ixchel asintió mientras se colocaba el tlahuiztli, una prenda que definía su rango.

-Me siento usado- Diego se cruzó de brazos-. Pelearemos y acabaremos con ellos.

-No- sentenció Anom-. En primer lugar esta es nuestra pelea. Ustedes no saben nada de nuestra historia con ese pueblo y mucho menos las enemistades que formamos- Anom miró a cada uno de ellos-. No es sabio pelear batallas que no se han vuelto tuyas. Además...

El grito de varios guerreros interrumpió a Anom. Una maldición de Nematini se escuchó en algún lugar. Las órdenes fueron claras, Ixchel había tomado el oeste de la ciudad, ella protegería ese flanco, Nematini y sus hombres habían corrido hacia el sur, Anom, flanqueado por los guerreros más leales y mortales, había ido en dirección suroeste. Otros guerreros, con rangos avanzados, concentraron su energía en defender el este de la ciudad. Neico se ofreció a llevar a los jóvenes a un lugar seguro donde había comida y un lugar para dormir. Cuando no escuchó respuesta alzó la mirada y ninguno de los guardianes se encontraba cerca, el marino se encogió de hombros.

-No tengo interés alguno en salvar este mundo- Carlos dijo mientras corrían y esquivaban algunas flechas-, pero me niego a ser solo un

espectador mientras ustedes se divierten.

-Lo único que quieres es volver a sentir ese poder en tu cuerpo- Farid se detuvo y con unas llamaradas detuvo a varios hombres que venían contra ellos-. Debemos tener cuidado, es adictivo.

Carlos sonrió y caminó hacia atrás sin dejar de mirar al gemelo menor, con un brillo de su emblema la poderosa Tribu Lúum apareció. Podía ser adictivo el poder, pero eso era lo emocionante para el guardián de la tierra. Sorpresivamente fue Dara quien lo siguió para portar su Tribu, ella no dudó en sacar su arco y sumergirse en la pelea. Diego no pudo evitar notar cómo ella era especialmente precisa en sus ataques, jamás mataba a nadie, pero definitivamente no les permitía volver a moverse. Los gemelos fueron los últimos en vestir sus legendarias armaduras, Diego comentó que él ayudaría a Anom en el suroeste, mientras que los demás debían quedarse o ayudar a Ixchel y Nematini. A todos les pareció una buena idea y se dividieron.

Nematini era un joven serio, de mente aguda y muy determinado. Su forma de pelea lo delataba, jamás se distrajo con nada que no fuera su siguiente blanco, por eso se sorprendió cuando una flecha enemiga logró herirlo en el hombro. Él, enojado, miró a su agresor, era una bestia de la selva. Debió imaginar que Ahavil A'ak'abil había hecho alianza con otros pueblos menores. Sin pensarlo más Nematini atacó con furia a los enemigos que venían contra él, nunca dejando de ver a dicha bestia que le volvía a apuntar, en un segundo, una gigantesca roca había aplastado al animal. El hijo de Anom miró a sus espaldas y vio cómo Carlos peleaba con gran facilidad con sus hachas. Había escuchado cientos de leyendas sobre las Tribus, pero tuvo que admitir que ninguna se acercó a la realidad.

Farid hizo una pared de fuego para evitar que el grupo enemigo se acercara más al ejército de Ixchel. Ella dio órdenes de agrupamiento y nuevas estrategias; habían pensado que la pelea sería solo contra humanos, pero era obvio que su padre y ella se habían perdido de muchas cosas que pasaban en la isla. Farid reconoció los loham en medio de todo el alboroto, solo que estos eran más grandes y rápidos. La mayoría de las bestias eran irreconocibles para él, pero otras las había visto en su viaje, seguro lo habían estado siguiendo todo el tiempo. Sacó su arma y corrió siguiendo las instrucciones de Ixchel que, a pesar de su apariencia, era sumamente fuerte y hábil en batalla.

Dara se había quedado en el primer punto, casi en medio de la ciudad. Su misión era proteger a los más vulnerables de la batalla y no permitir que ingresaran enemigos. Sus flechas eran muy precisas para herir y evitar que los guerreros se levantaran de nuevo, siempre comprobó que nadie había muerto por su mano. Cuando se vio rodeada por varios enemigos de cualquier tipo de raza ella realmente consideró romper el

compromiso que había hecho con ella misma, sin embargo sintió que su Tribu le daba un certero consejo. Sujetando su arco como un bate de béisbol, lo abanicó con fuerza generando una onda de viento que golpeó a varios enemigos con violencia, todos cayeron inconscientes. En el giro ocasionado por el movimiento de su cuerpo, su larga melena de plumaje multicolor se movió y de ella expulsó plumas filosas que atacaron a los enemigos que seguían en pie. Eran tan largas y filosas que atravesaron piel y hueso clavando a sus enemigos contra el suelo o paredes cercanas.

Diego había estado peleando lado a lado con Anom. Tuvo que admitir que el hombre se movía con mucha agilidad para la apariencia y edad que tenía. El gemelo lanzó su escudo contra un hombre hiriéndolo de muerte, con un ademán de su mano el escudo se convirtió en agua y nuevamente se formó en su mano. Los guerreros a su alrededor no pudieron más que mirar asombrados por tal destreza. Diego notó a lo lejos a un hombre sobre una colina, su vestimenta le indicó que era alguien con gran jerarquía. Señaló al hombre y Anom le indicó que él era Tizoc, el gobernante de Ahavil A'ak'abil, si lo capturaban detendrían esta carnicería.

Ambos fueron tras él. Anom dio indicaciones a sus hombres para que no retrocedieran un solo paso mientras él y Diego iban por Tizoc. El hombre, al ver la amenaza, intentó huir, pero un muro de agua lo detuvo. Girándose entonces, y viendo que sus tropas estaban diezmadas y algo lejos, arrojó sus pesadas ropas y empuñó dos grandes espadas. Diego sospechó que esas armas debían venir de otro reino pues eran muy diferentes a lo que había visto en Wayak' hasta ahora. Anom le pidió a Diego que no interfiriera en esa pelea porque sería una clara ventaja tenerlo a él como compañero.

Tizoc atacó con vehemencia y algo de locura. Anom esquivó y contrató con su lanza. Lo largo de su arma le permitió cierta ventaja defensiva y una distancia de ataque agradable, no obstante el gobernante de Ahavil A'ak'abil no era un novato en batalla y con un certero golpe con ambas hojas logró partir la lanza enemiga. Anom no diezmó su ataque tampoco, ahora, con cada pedazo de arma en sus manos, podía atacar y defender al mismo tiempo, sin embargo, el rango de ataque era menos y pronto ambos salieron heridos.

Anom, fiel a su estatus y jerarquía, atacó nuevamente. Arrojó un pedazo de la empuñadura de la lanza que tenía en su mano izquierda, Tizoc la bloqueó con sus armas y lo siguiente que sintió fue la filosa punta de la lanza enterrarse en su abdomen. Cayó de espaldas sobre el húmedo suelo, la herida fue suficiente para determinar el ganador, pero no para matarlo. Sacó una filosa cuchilla para él mismo terminar con su vida, sin embargo, la mano de Diego lo detuvo. Desarmado totalmente Tizoc

maldijo a Anom y al hijo del agua.

-Es hora de terminar con esta pelea- anunció Anom-. Diego, me harías el favor de...-guardó silencio al sentir la cuchilla filosa penetrar su armadura y llegar hasta su corazón. Los ojos de Diego lo miraron fijamente sin parpadear mientras lo mataba.

-¿Realmente creíste que te perdonaría?- Diego susurró en el oído de Anom-. Duerme, querido tío y salúdame a mi padre en tu camino- enterró aún más la daga hasta asegurarse que la vida había escapado de sus ojos. Una risa cínica se escuchó a sus espaldas, Tizoc había visto todo.

-Sí, isí!- el hombre no paraba de reír- ¡La profecía se cumplirá!- Diego se detuvo frente a él- Mis ojos se deleitan al ver el rostro del Tirano- Tizoc se arrastró lo suficiente para besar el pie de Diego con reverencia-. Ayuda a tu siervo, maestro- el guardián del agua clavó una de las armas en la espalda del hombre matándolo al instante. Ixchel apareció un segundo después, Farid tras ella. Ambos jóvenes vieron con horror el cuerpo de Anom sin vida y cómo Diego había matado a Tizoc.

-Tu padre me pidió no intervenir- Diego caminó hacia la chica-, no pude evitarlo- ella lo abrazó con fuerza. Estaba segura que él había vengado su muerte al acabar con Tizoc. Él le devolvió el abrazo y miró a Farid- ¿Nematini y los demás están bien?- su hermano asintió y luego cerró los ojos de Anom que habían permanecido abiertos.

Permanecieron así, en silencio los tres, abrazados Ixchel y Diego hasta que otros fueron llegando. Pronto el cuerpo de Anom había sido cubierto por flores de los campos vecinos. Mientras el cuerpo de Tizoc había sido enterrado sin ceremonias, echado a una fosa que Carlos abrió en un instante, los demás habitantes de Wayak' mostraban sus respetos a la memoria de uno de los gobernantes más apreciados de todos los tiempos.

La familia de los stors presentó sus armas frente al cuerpo del monarca, el rey Vhan exhibió su arma y la de su padre, los googsis presentaron sus diminutas armas también. Otras criaturas que jamás vieron los jóvenes hasta ahora hicieron lo mismo. Neico mostró la pistola con la cual había quebrado el vidrio del barco. Nematini e Ixchel no solo presentaron sus armas, cada uno besó la frente de su padre con reverente amor.

Inesperadamente fue Carlos quien, vestido nuevamente con su Tribu, sacó sus hachas y las mostró frente a Anom. Farid sacó su pesada arma y con la mayor delicadeza la postró ante el cuerpo. Dara, con elegante destreza, posó su arma también. Finalmente Diego se detuvo delante del improvisado ornamento, miró el cuerpo recostado sobre él e inclinándose con reverencia presentó su escudo. Todos a una voz entonaron el canto

fúnebre con el que despedían a sus seres amados. Con una señal por parte de Nematini, Farid, con algo de dificultad, inició el fuego que quemaría y consumiría el cuerpo de Anom. Nadie se movió hasta que el fuego, horas después, se consumió.

-¿Planeas reclamar tu derecho sobre el trono de Ahavil Sasil?- preguntó Nematini días después a Diego quien se alistaba para tener una reunión con los del consejo y los otros guardianes.

-Tu padre tenía razón, Nematini- respondió sin dejar de moverse-. No conozco tan bien el lugar ni la gente. Tal vez primero haga eso- un temblor, más fuerte que los anteriores, sacudió la tierra con violencia-. Supongo que primero hay que arreglar eso.

-El Tirano está despertando, los mundos tiemblan ante eso. Es una señal, él está cerca- caminaron hacia el salón sacerdotal donde generalmente tenían las juntas los líderes. Como era tradición el lugar de Anom estaba vacío hasta que, pasados los días de luto, Ixchel sea revestida con el título de su padre como gobernante o, en todo caso, Diego o Farid lo sean.

Se había discutido durante los últimos días la posibilidad de ir más allá del Mar de los Espejos. Neico, el marino más experimentado, siguió comentando que era una idea suicida, pero como era el único con una noción decente de navegación, estaba dispuesto a que le rogaran por llevarlos. Bastó un hachazo cercano a la cabeza por parte de Carlos para convencerlo. El guardián de la tierra encontró la idea entretenida y quería ver que tanto podían crecer sus poderes, además, confesó, si todos los mundos se destruían no habría lugar donde vivir. Aunque Dara encontró su argumento muy egoísta prefirió guardar silencio, si iban todas las manos y armas eran necesarias.

-Supongo que está decidido, entonces- Diego afirmó-. Requerimos un medio de transporte, un barco que nos lleve a nuestro destino- Neico asintió asegurándose que él se encargaría- Queremos respuestas, es tiempo de buscarlas- Diego jugó con el fuego de una vela cercana-, antes de que el Tirano nos encuentre.

Fin del primer libro

(Si has llegado hasta aquí, te ruego me des tu opinión sobre este trabajo. Tengo la idea de la segunda parte, pero sería bueno corregir algunos errores. Gracias por leerme, fue un privilegio)